

1841 7/120
35
E
M7

JUAN MONTALVO

1832 - 1889

GEOMETRÍA MORAL

CON UNA CARTA-PRÓLOGO

DE

Don Juan Valera



MADRID

EST. TIP. «SUCCESORES DE RIVADENEYRA»
Paseo de San Vicente, 10.

1902

45,100

*Es propiedad,
Traducción y re-
producción reserva-
das.*

GEOMETRÍA MORAL



AL SEÑOR

DON LEONIDAS PALLARES ARTETA

Paris.

Mi distinguido y querido amigo: En la carta que Teresa Panza escribió á Sancho cuando éste era gobernador, entre otras varias y muy curiosas noticias, le da la siguiente: «La Berrueca casó á su hija con un pintor de mala mano, que llegó á este pueblo á pintar lo que saliese. Mandóle el Consejo pintar las armas de Su Majestad sobre las puertas del Ayuntamiento; pidió dos ducados, diéronselos adelantados, trabajó ocho días, al cabo de los cuales no pintó nada, y dijo que no acertaba á pintar tantas baratijas; volvió el dinero, y con todo eso se casó á título de buen oficial; verdad es que ya ha dejado el pincel y tomado el azada, y va al campo como gentilhombre.» Aunque yo no he recibido ni espero recibir dinero alguno, aunque no me he casado con la hija de la Berrueca y aunque no he tomado la azada ni me he

ido á cavar, confieso que en todas las demás circunstancias me parezco mucho al pintor de mala mano. Si él no acertó á pintar tantas baratijas, tampoco he acertado yo á escribir algo que merezca publicarse sobre la obra póstuma é inédita de D. Juan Montalvo, á la que me pidió usted que yo pusiese un prólogo, y yo prometí que le pondría.

Muchísimo tiempo he estado apurando la paciencia de usted sin hacer nada y sin saber de qué suerte ni por qué lado acometer mi empresa y darle cima. Acaso, si no estuviese yo tan ciego, tan lleno de achaques y tan quebrantado de salud, no hubiera retardado tanto el cumplimiento de mi promesa, y hubiera salido de ella mal ó medianamente, porque satisfecho y airoso reconozco ahora que nunca hubiera yo salido.

Hice muy mal en prometer, pero ya no tiene remedio. De nada vale el arrepentirse. No tuve yo presente aquel sabio precepto de Horacio:

*Sumite materiam vestris, qui scribitis æquam
Viribus et versate diu quid ferre recusent,
Quid valeant humeri....*

El empeño en que me puse es dificultísimo. Esta consideración me consuela y suaviza las amarguras de mi desengaño.

Juan Montalvo no es un escritor así como quiera. Es el más complicado, el más raro, el más originalmente enrevesado é inaudito de todos los prosistas del siglo XIX. No basta para comprenderle y juzgarle bien leer tres ó cuatro veces la multitud de obras que ha escrito. Menester es estudiarlas con aguda y honda atención para desentrañar su sentido, para explicarle luego, para tasar en su justo valor lo que el autor piensa y dice, para colocarle en el lugar y á la altura que merece y para calcular y prever la importancia y el influjo que debe tener en la literatura hispano-americana y en la de todo el mundo.

Se me dirá que no se me exige hacer de Juan Montalvo un retrato de cuerpo entero, ni discurrir sobre todo cuanto ha dejado escrito; que puedo y acaso debo limitarme á tratar de la obra inédita cuyo prólogo prometí escribir y cuyo título es *Geometría Moral*. Pero ¿cómo decir algo de esta obra sin dar antes una idea de las demás del mismo autor, estimando sus propósitos y sus opiniones?

La dificultad ó la complicación todavía sube de punto cuando se considera que Juan Montalvo, en todo cuanto ha escrito y más aún en *Geometría Moral*, es un au-

tor extraordinario y singularmente sugestivo, valiéndonos de un término harto de moda en el día. Cuando yo leo algo suyo no puedo menos de pensar en la vida intelectual de la América que fué española y en los destinos futuros de nuestra raza, en aquel Nuevo Mundo adonde envió España á sus hijos, y con ellos sus creencias, su lengua y toda su cultura.

El concepto que formo yo de esta América y de sus habitantes reaparece con vigor en mi espíritu, y anhelo irresistiblemente columbrar lo que será en el porvenir, ora empleando para ello el desapasionado raciocinio, ora dejándome arrebatado por mis deseos, esperanzas y aspiraciones.

No pocas veces he tocado ya ciertos puntos que se presentan á mi consideración cuando leo á Montalvo, y que exigen que de nuevo diga yo lo que ya dije otras veces y que corrobore mis afirmaciones con más extensas pruebas.

Si nuestro pueblo, nación, casta, raza ó como queramos llamarlo, valiéndonos del término más comprensivo, tiene el ser y el brío que yo quiero que tenga, no sólo debe haber elevado á su altura á los indios americanos, confundándose y combinándose con ellos, sino que debe tam-

bién, á pesar de la corriente, por impetuosa y crecida que sea, de la emigración de otras razas de Europa, conservar el sello, el carácter primitivo, la marca indeleble de su españolismo. Yo quiero que tenga, y si el amor de casta ó de raza no me engaña creo que ha de seguir teniendo el elemento español que hay en América desde Tejas y California hasta el Estrecho de Magallanes, la plasmante virtud que identifique los otros elementos que se le unan. Así conservará en el conjunto ó compuesto la condición propia de una gente que, á pesar de la división política, siga siendo la misma: expansión ó renuevo más lozano, más florido acaso y más rico de sazonados frutos en las venideras edades que la planta de que procede, de la que recibió al principio poderosa y vivificante savia, y que tal vez hoy se marchita y decae en esta península del occidente de Europa.

Aunque no esté bien repetirse, acudo á una comparación varias veces empleada ya por mí. ¿Qué satisfacción no tendrían los habitantes de la decaída Atenas cuando viesen, notasen y admirasen la prolongación de su cultura, los estupendos productos de la difundida actividad de Grecia, ya en Sicilia, ya en colonias

más distantes, ya en Egipto, ya en Siria, ya en el remoto centro de Asia? Teócrito, Aristóteles, Luciano, muchos doctos y elocuentes Padres de la Iglesia ¿dejaron acaso de ser tenidos por griegos por haber nacido fuera de Grecia, y estorbó acaso su helenismo el que fuesen originales, y el que diesen gloria á la tierra distante, nuevo Estado y nueva patria en que habían nacido? De la misma suerte deseo yo, puesto que España decaiga, que la civilización española, que la fertilidad mental de nuestro espíritu, persista y hasta se magnifique en el nuevo continente.

Signo evidente de nuestra fraternidad es el común idioma; lazo de unión, no sólo entre la madre España y sus antiguas colonias, sino también entre las diez y siete repúblicas que de dichas antiguas colonias han nacido.

Nadie me negará que sería lástima que este lazo de unión se rompiese; que en cada República saliese la gente hablando idioma distinto. Y nadie me negará tampoco que sería fatigosa y larga tarea la formación de esos nuevos idiomas. Para que del latín se formaran y perfeccionaran las lenguas romances, fué menester que los pueblos que hoy hablan estas

lenguas hablasen sendas jeringonzas bárbaras durante más de mil años. Por estas razones y por otras no menos poderosas considero yo poseídos de muy insana locura á los individuos que en América anhelan inventar idiomas nuevos, desechando ó desfigurando el castellano y renegando así de su estirpe.

En extremo dista Juan Montalvo de contar entre los tales, y empezando por esto, no puede menos de serme simpático Juan Montalvo. No sólo habla y escribe el castellano puro, sino que le ha estudiado con amor; posee el rico tesoro de sus vocablos, giros y frases, y los emplea y ordena con inagotable facundia y con artística destreza para expresar sus pensamientos. No se le ocurrió jamás, por estupendos y peregrinos que sus dichos pensamientos fuesen, que no bastara para transmitirlos al prójimo el habla de Cervantes, de ambos Luises y de Santa Teresa.

La originalidad ó la novedad con que Montalvo soñaba no requiere ni pide lengua nueva, sino nuevas ideas. Y aun esto sin desechar las antiguas, sino sintetizándolas y poniendo sobre su ordenado conjunto algo que lo supere, hermosee y magnifique.

Este sentir de llegar más lejos y de subir más alto en todo, adelantándose á Europa, es muy general en América, y yo no le condeno, sino que le aplaudo. Si en Europa no hubiéramos ambicionado valer más que los hombres de Asia, no hubiera habido progreso, y aun viviría el humano linaje como en los tiempos de Nabucodonosor ó de Ciro. Bueno es, pues, que los americanos anhelan dejarnos atrás; ir más allá de donde hemos ido nosotros, aunque no desdeñando, sino aceptando lo que hicimos y poniéndolo como base de sus adelantos y ulteriores mejoras.

Nadie, á mi ver, concibió con más brío que Juan Montalvo esta aspiración en su alma. Así se explica su variada erudición, su clara noticia de cuanto en Europa se ha pensado, inventado y fantaseado, la prodigalidad con que lo aduce y lo recuerda todo en sus tratados y disertaciones, y la viva fe con que admira cuanto fué ó es grande, acompañando la admiración con el ahinco y con la esperanza de engrandecerlo más todavía.

Aunque se ofendan y murmuren de mí las personas muy exageradas en su americanismo, yo tengo por cierto que, sea por lo que sea, la América precolombi-

na estaba muy atrasada. No pocas de sus tribus eran salvajes. Las más cultas no habían logrado subir al grado de cultura que alcanzaron los primitivos imperios de Asia. En Méjico no había verdadera escritura, ni animales domésticos, ni más bestias de carga que los hombres, ni lámparas para alumbrarse en las horas nocturnas; pero había supersticiones horren- das y numerosos y frecuentes sacrificios humanos.

Los españoles, á pesar de las atrocida- des que cometieron, y que no queremos negar, hicieron un bien á aquellos indios. Acaso hubieran sido mayores las atroci- dades de la conquista si franceses ó in- gleses la hubieran hecho. Acaso no hu- bieran dejado un indio con vida. ¿Fueron por dicha más humanos que los españo- les los alemanes á quienes dió y confió Carlos V la explotación y colonización de mucha parte de la América del Sur, que forma hoy las repúblicas de Venezuela y de Colombia? En fin, y como quiera que ello sea, los indios de América surgieron de repente, desde el estado salvaje ó semibárbaro, al grado de cultura que había en España al empezar el siglo XVI. Desde entonces hasta el día de hoy, Europa ha adelantado mucho, mien-

tras que España, tal vez aislada en su engreimiento y tal vez encadenada por fanático y religioso celo, decayó y se atrasó, apenas siguiendo como á remolque á los otros pueblos progresivos. Las colonias de España sufrieron también este aislamiento y participaron de este atraso, á pesar de que, en mi opinión, fué, por lo común, en América más paternal que tiránico nuestro gobierno.

Vino, por fin, la independendencia. Las colonias españolas, convertidas en repúblicas, pudieron romper, y sin duda rompieron la verdadera ó imaginada clausura en que se dice que las teníamos, y el pensamiento moderno penetró en ellas por todos lados, resplandeciendo su luz aun en medio de la espantosa polvareda que armaban por allí, como también en la madre España, los incesantes pronunciamientos, los motines militares, las guerras civiles y las tiranías de desaforados caudillos.

Á esta luz del pensamiento moderno los espíritus más activos y perspicaces vieron desde América, con admiración algo candorosa, el espectáculo espléndido del saber, de las invenciones, de las letras, de las artes y de los demás refinamientos europeos.

Un poco parecida fué la situación de tales espíritus á la de aquellos varones esclarecidos que florecieron en Europa en la época del Renacimiento, y que veían y estudiaban con no menos admiración las desenterradas obras de arte, los primores literarios, la resurgida filosofía y la política, leyes y costumbres de la antigua Grecia y de la gentilicia Roma.

De aquí sin duda la semejanza, por premeditación ó por involuntario remedo del ecuatoriano Juan Montalvo con el célebre señor de Montaigne. Los *Siete Tratados* y la obra que publicamos ahora, y que debe considerarse como el tratado octavo, quieren parecerse, y hasta cierto punto se parecen, á los *Ensayos* de aquel francés ilustre: los mismos soliloquios, divagaciones, dudas y cálculos sobre cuanto al autor se le ocurre; el mismo ir y venir de una en otra idea y de uno en otro asunto, y la misma abundancia de citas, anécdotas, hechos y dichos tomados por el uno de los autores griegos y latinos, y suministrados al otro por la asidua y variada lectura de poetas, filósofos, historiadores, novelistas y eruditos de Inglaterra, Francia, Italia y España.

En los *Siete Tratados*, así como en este libro que hoy presentamos al pú-

blico, y que puede considerarse como el tratado octavo y último, lo primero que se admira es el saber vastísimo del escritor, la fuerza de su memoria con que retrae á la mente cuanto sabe, y la alada virtud de su fantasía con que une unas cosas á otras, y vuela natural y graciosa-mente de un asunto á otro asunto, sin que haya confusión ni obscuridad en lo que dice, sino mostrándose siempre claro y discreto.

Tal es la amplitud de la mente de Juan Montalvo, que ha penetrado en ella sin confusión y con holgura y orden todo el saber de Europa, desde los primeros tiempos de la clásica civilización greco-latina hasta el día de hoy; y tal es la pasmosa capacidad de su rico, pintoresco y brillante lenguaje, que por su medio expresa y transmite cuanto sabe: filosofía, religión, literatura y bellas artes, poniendo en todo, antes de expresarlo, el sello original y característico de su propia persona.

Acaso no haya en Juan Montalvo, ó acaso sea yo quien no acierte á verlo, una filosofía fundamental y primera que sirva de base y cimiento y que concierte sistemáticamente sus ideas todas. Acaso su espíritu, más apasionado y vehemente

que reposado y sereno, y más analítico y escéptico que generalizador, no se preste á formar una construcción sintética de todo cuanto ha aprendido; pero no se puede negar que Juan Montalvo aprendió cuanto había que aprender, y que el espléndido tesoro de ciencia y de experiencia acumulado en su alma brota de ella resplandeciente, con los vivos y variados colores de su imaginación, y corre y se precipita más como impetuoso torrente que como manso y caudaloso río.

Esta es la causa principal, mi muy querido amigo, de que yo haya vacilado tanto tiempo antes de escribir el prometido prólogo, y de que ahora mismo, en vez de escribirle, me dirija á usted para darle mis disculpas y suplicarle que me absuelva y perdone por no haberle escrito.

¿Qué punto de moral, de doctrina teológica, de dogmas y principios filosóficos antiguos y modernos no toca Juan Montalvo en sus *Siete Tratados*, y también en el presente libro póstumo, que, según ya he dicho, como su tratado octavo debe considerarse? No hay cuestión social, política ni económica que nuestro autor no procure dilucidar en el tratado de la *Nobleza*; en el de la *Belleza* expone y nos enseña su estética; en *El banquete de los*



filósofos nos deja ver el luminoso entusiasmo con que comprende y ama la poética y noble sabiduría de Sócrates, de Platón y de cuantos egregios varones florecieron en Atenas en el gran siglo de Pericles; en el tratado del *Genio* penetra en las profundidades del espíritu humano, ilumina con la luz de su entendimiento los centros más recónditos y oscuros que allí hay y traza una sutil é ingeniosa psicología; y, por último, en el tratado contra un *seudocatólico* manifiesta su manera, un tanto cuanto racionalista y quizá más liberal que ortodoxa, de concebir, de aceptar y de venerar la religión cristiana, contraponiéndose no poco, á mi ver, el fervor con que la acepta y sin duda la admira como la definitiva religión del humano linaje, con sus tremendas sátiras y audaces diatribas contra el clero secular y regular y contra la disciplina y jerarquía de la Iglesia.

En todos estos tratados de Juan Montalvo, así como en el tratado presente de *Geometría Moral*, el lenguaje castellano no puede ser más castizo, ni puede ser tampoco más propio, ni más exclusivo del autor. No es arcaico, no es neologista ó modernista; no contiene frase, ni giro, ni cláusula, ni vocablo que no prescriba

nuestra gramática y que no contenga nuestro léxico. En el estilo de Juan Montalvo no se advierte el menor vestigio de imitación de nuestros antiguos autores. Se diría que los ha leído todos, que los conoce todos, y que, apoderándose luego de la riqueza de expresión que cada cual poseía y empleaba, ha compuesto y ha logrado valerse de una muy singular manera de escribir, donde sin contraposición violenta pasa de lo más encumbrado y sublime, á lo más familiar, pareciéndonos siempre extraño y nuevo, sin perder la espontaneidad y sin que podamos tildarle de rebuscado.

Cualquiera de sus tratados, más que obra didáctica, parece soliloquio, meditación, libre y vago discurso donde la fantasía vuela atrevidamente sobre cuantos objetos se presentan á su paso, ilustrándolos el entendimiento con hermosa claridad y vertiendo sobre ellos la memoria los recuerdos y las nociones de otras mil cosas diferentes antes conocidas. De aquí algo á modo de derroche y de exuberancia prodigiosa de asuntos en cuanto Montalvo escribe. Tela hay, por ejemplo, en los tratados para no pocas novelas, cuentos y leyendas, que se han quedado por escribir y que sólo están allí apuntados y como en germen.

El desenfado, la volubilidad, la impetuosa violencia del polemista, tal vez menoscaban y ofuscan la serenidad del escritor filósofo; pero no puede negarse que infunden notable hechizo en cuanto Montalvo escribe. Su persona jamás se oculta: en cada página, en cada período, en cada sentencia está patente de continuo. Y desde el banquete, donde unos cuantos siglos antes de Cristo asistimos con Sócrates, con Platón y con Xenofonte, y los oímos discutir sobre el sér divino, sobre la inmortalidad del alma, sobre el bien supremo, sobre la vida futura, sobre la verdad y sobre todas las virtudes, el autor nos arrebatada de súbito, traspone con nosotros y nos lleva volando á Quito, á escuchar las sátiras y las burlas que dirige contra algún clérigo ó escritor ultramontano que le ha calificado de hereje, y la apología y defensa que hace de su modo de pensar, de sus escritos y de su conducta pública y privada en la república de que es tan importante ciudadano.

¿Qué he de decir yo de todo esto en un breve prólogo? Para juzgar á Juan Montalvo, para dar una idea aproximada de lo que vale y de lo que significa, sería menester escribir un grueso volumen. Para decidir si Juan Montalvo tuvo ó no una

filosofía propia suya, sería menester meditar y cavilar mucho. Y para exponer con nitidez concisa y con despejado orden didáctico la dicha filosofía, dado que Montalvo la tuviese, se requeriría, á no dudarlo, mil veces mayor habilidad y mayor paciencia que los que el cielo me otorgó para estos estudios. Así es que yo tengo por imposible y por superior á mis fuerzas escribir el prometido prólogo de *Geometría Moral*. No quiero que sea el prólogo esta carta, sino la modesta y sincera exposición de los motivos que tengo para no escribirle y para estar arrepentido de mi promesa.

Me arredra el gran valer de Montalvo. No son sus defectos los que me inducen á no hablar de él, porque yo hasta con sus defectos simpatizo. Más temor que de apreciarle en menos de lo justo, tengo de concederle una importancia excepcional y grandísima entre cuantos hispanoamericanos escriben en verso y prosa desde que llegaron aquellas repúblicas á separarse de la madre patria.

No quiero yo, ni Dios lo permita, que el americanismo borre ó destruya el españolismo; pero sobre el fundamento español, que no debe destruirse si nuestra raza es vigorosamente viable, bien puede

y debe brotar y desenvolverse un carácter especial que distinga y señale el ingenio, las letras y toda cultura hispano-americana. Hablar de cosas de América no negaré yo que valga un poco, pero sí diré que vale poco para esto. No es por el objeto, es por el sujeto por donde ha de surgir y mostrarse el americanismo. Bien pueden describirse con primor y elegancia la flora y la fauna del Nuevo Mundo y ser ensalzados con gran talento de historiador ó de poeta épico los dioses, semidioses y héroes precolombinos, sin que la persona que lo tal describe ó que lo tal ensalza logre señalarse por su originalidad flamante y deje de ser un mero imitador de antiguos escritores españoles. Y buscar la originalidad en seguir la última moda de París, como ahora hacen muchos, todavía tiene más lastimosa ineficacia. Quien tal hace, deja de ser español y deja de ser americano, y no alcanza ni goza ser substancial y distinto. Lo más que consigue es aparecer como reflejo pálido de una luz remota y como tenue y confuso eco de exóticos discursos cuyo significado apenas penetra ni mueve el alma de sus compatriotas. Muy diferente de ellos es Juan Montalvo. Él se hace europeo y recoge el saber

europeo para traerle á su Nuevo Mundo, marcándole con nuevo sello. Es como el hijo de Venus y de Anquises,

Ilium in Italiam portans victosque penates,

con la esperanza arrogante de fundar con ellos algo de más excelente y de más alto. Pero no es el ilustre hijo del Ecuador como el venezolano Baralt ni como el argentino Andrade. No imagina ni siente ni deja ver el mal disimulado deseo de que Europa caiga para que América se eleve. No es codicioso heredero sin piedad filial y sin paciencia que está soñando y casi anhelando la muerte de su madre para heredarla y poseer en plenitud todos sus bienes. Los del espíritu son para Montalvo como la luz. Se transmite, y lo que la transmite no se apaga ni muere. La lámpara que Montalvo trae en la mano, ni amengua el resplandor ni acorta la vida de otra lámpara donde él ha encendido la suya; y sin que ninguna se extinga, bien puede Montalvo, con orgullosa pero inofensiva soberbia, presumir que con el tiempo la luz que él trae acaso brille más que las otras y acaso difunda claridad más intensa y benéfica sobre todo el linaje humano.

Montalvo, permítaseme la expresión,

es un escritor violentísimo, batallador y pendenciero. En su admiración é imitación de Cristo, más que de la humildad evangélica, gusta él del momento en que el hijo de María echa mano de los cordones y arroja á latigazos á los mercaderes del templo; mas no por eso deja de ser Montalvo el más optimista de los escritores. Todo le parece bien. Por dondequiera ve el progreso, así en la vida presente como en la futura, así en la tierra como en el cielo. La duda no le atormenta. No se queja de su duda, como hacen tantos en el día. Él está seguro de que lo averiguará todo, de que todo lo sabrá en la eternidad en que cree. La duda es, pues, para él un precioso estímulo de curiosidad, un excitante al estudio mientras viva y un atractivo poderoso para la muerte.

Su espíritu ecléctico, ó mejor diré sincrético, de todo se enamora. Á esta pasión suya me atrevo yo á calificarla de *panfilismo*. Los más contrarios sentimientos y actos le agradan, y en ellos se complace. Ya nos pinta con morosa delectación la material hermosura de las mujeres y el deleite que de ella nace; ya nos habla, como el más refinado epicúreo, del grato sabor y del aroma de ex-

quisitos vinos y de las viandas deliciosas y salaces preparadas por los más hábiles cocineros y reposteros, desde los que hubo en Persia en tiempo de Artagerges hasta los Caremes y los Gouffé del día; y ya, prendado del ascetismo, del éxtasis y de la introversión del entendimiento en el abismo del propio ser, nos pinta algún varón piadoso, interior y místicamente iluminado, que siente y ve en aquellas internas profundidades lo absoluto, lo eterno y lo divino.

Para el mismo dolor, moral ó físico, y por muy grande é intenso que sea, Montalvo tiene siempre en los labios la frase del estoico y exclama: *nunca confesaré que eres un mal*. ¿Y cómo ha de serlo si el dolor nos limpia de manchas y nos purifica y habilita para subir á superior existencia, y si toda grande obra del espíritu nace con el dolor, como en los del parto nace la cría?

En suma, Montalvo es más optimista que el doctor Panglós, en medio de sus polémicas y á pesar de sus atrabiliarios furoros. No pretende destruir cosa alguna, pero aspira á superarlo todo, ó, al menos, á completar lo incompleto y á competir con lo insuperable. Esto, así como le indujo á ser el Miguel de Montaigne

americano, le llevó también á ser, como Addison, acabado modelo de periodistas, escribiendo y publicando un nuevo *Espectador*, y, finalmente, subiendo de punto su atrevimiento, á imitar lo que él mismo considera inimitable y á dar á luz el complemento del *Quijote*, los *Capítulos que se le olvidaron á Cervantes* y que llegan á sesenta.

El conocimiento de cuanto toca y atañe á la caballería, el primor del estilo, la gala y riqueza de la dicción, la fertilidad para crear aventuras, el noble sentir con que reproduce ó conserva el elevado carácter del hidalgo manchego, todo esto, y tal vez más, hay en el libro del imitador; pero, fuerza es confesarlo, carece de la espontaneidad, de la gracia y de la impremeditada sencillez, punto menos que divina, de la obra única del manco de Lepanto. Hay en éste algo de inspirado, de intuitivo, de anterior y de superior á toda crítica, que no posee ni puede poseer el muy crítico y reflexivo imitador ecuatoriano. El chiste además, lo suavemente ridículo, lo satírico, si satírico podemos llamarlo, que hay en el verdadero *Quijote*, todo proviene de una apacible dulzura, de una serenidad de ánimo, de una religiosa y noble resignación que se sobreponía en Cer-

vantes á los más crueles golpes de la adversa fortuna y de que el inquieto Montalvo enteramente carecía. La virtud filosófica que llamaban *ataraxia* los antiguos, es prenda de que nunca estuvo dotado el turbulento hijo de América, tan falto de sosiego. Harto bien comprendió él todo el mérito del príncipe de los novelistas; pero del comprender al llegar á ser como lo comprendido, hay enorme distancia, que Juan Montalvo no logró salvar ni en una sola página de las 433 que tiene su libro.

Su juicio sobre Cervantes y sobre el *Quijote* es, en cambio, admirable. Bien colocado queda Cervantes, por cima de nacionalidades y de particulares literaturas, en aquella elevadísima cumbre en donde los pocos que asisten y gozan vida inmortal no son honra y prez de determinada nación, sino espléndida gloria de todo el humano linaje.

Sobre un punto, con todo, no puedo ni quiero yo estar de acuerdo con Juan Montalvo. Pase con que no me ponga más que á Cervantes, á un solo y único español en tan encumbrado sitio; pero no me lleve tampoco ni encaramame en él á tan diversos é ilustres varones de otros países. Si Shakespeare y Racine han de estar allí,

pongamos por caso, ¿por qué no hemos de aupar á Lope, á Calderón y á Tirso para que con ellos se hombreen ya que no descuellen?

¿Cómo, repito, he de juzgar yo sobre tan rica y variada labor como la de Montalvo, estimar bien su mérito y tasar el justo precio que debe dársele? La dificultad sube de punto cuando se considera que sólo he recordado aquí las obras capitales de tan fecundo polígrafo, y ni siquiera he pensado en otras muchas manifestaciones de su prodigioso talento.

Juan Montalvo fué poeta lírico muy notable en su país; fué dramaturgo ingenioso, cuyas obras se representan en los teatros del Ecuador con general aplauso; y fué, sobre todo, el más apasionado y ardiente polemista que tomó parte en las agitaciones y convulsiones de su patria y combatió valerosa y fieramente en las discordias civiles y religiosas que la conmovieron.

Ambato, su ciudad natal, dicen que se parece á Florencia; al Arno, el río que riega y fecundiza su campiña; y á los montes que rodean y limitan los términos de la ciudad de los Médicis, los colosales Andes. Como Montalvo nació allí, sus compatriotas que siguen el mismo partido que él seguía le comparan con el Dante.

Fervoroso y terrible combatiente en uno de los bandos que se disputaban el poder en su patria, vivió después fugitivo de ella como el mismo Dante, y murió lejos de ella, en París, en 1889. Pero, ya en la propia tierra, ya lejos y desterrado, no cesó de pelear en defensa del liberalismo, que amaba, y en contra de los que él tenía por aborrecibles, fanáticos y rudos tiranos. Y no sólo en defensa de sus principios políticos sino en desagravio de su propia persona, injuriada ó calumniada á menudo por los del bando opuesto, luchó Montalvo con acre y violenta energía, y produjo no pocas obras, el valer de cuyo fondo no debo ni quiero yo estimar, pero que son maravillosas por la afluencia, por el brillo, por la riqueza y por la energía del estilo. Contra la elección para presidente de García Moreno, redactó *El Cosmopolita*; para emponzoñar el alma y para arrastrar por el lodo el nombre y el crédito del tirano Veintemilla, compuso las doce virulentas *Catilinarias*; y para vengarse del arzobispo de Quito, D. Ignacio Ordóñez, que le calificó de hereje y condenó por impíos los *Siete Tratados*, escribió la *Mercurial Eclesiástica*, donde maltrata al prelado y refuta la pastoral en que le condenaba.

De nada de esto me incumbe á mí tratar. Harto mejor y más cumplidamente que yo lo saben y lo juzgan los ciudadanos del Ecuador, cada cual según el bando que sigue. Todos, no obstante, á no ser que la pasión los ciegue por completo y los extravíe, convienen unánimes en que fué Montalvo el escritor de mayor talento, saber y facundia que ha florecido en aquellos países en la segunda mitad del siglo XIX. En esto convengo yo también sin el más pequeño escrúpulo y casi con la seguridad de no equivocarme.

A pesar de todo, insisto en declarar á usted que no sé escribir el prólogo imprudentemente prometido; que carezco de fuerzas para empresa tan ardua.

Exponer las doctrinas, contar la vida, trazar y pintar el carácter y analizar los escritos todos de Montalvo, es asunto que requiere mucho tiempo, honda meditación y largo estudio; que pide la composición de un grueso volumen y no la de unas cuantas páginas solamente.

Yo debo limitarme á discurrir sobre la *Geometría Moral*, obra póstuma que sale ahora á luz por vez primera. ¿Pero acaso puede decirse algo de esta obra sin dar antes noticia de su autor y sin emitir sobre él previo juicio?

La *Geometría Moral* acaso no es una obra terminada y completa. Acaso son apuntes un tanto cuanto desordenados que Montalvo conservaba entre sus manuscritos. Acaso Montalvo no había corregido ni dado la última mano á una disertación tan singular y curiosa. ¿Cómo he de desentrañar yo el oculto sentido que allí puede encontrarse, ver y hacer ver las alusiones á personas reales y á verdaderos sucesos, exponer la doctrina moral ó social que de todo ello debe inferirse y descubrir y mostrar el intento y el propósito que tuvo Montalvo al componer la mencionada *Geometría*?

De todos modos, el libro está bien que se publique. Nada de Montalvo debe quedar inédito. Su labor literaria es cual riquísima y extensa mina que debe ser denunciada y acotada sin que falte la menor dependencia, á fin de que las personas que puedan y sepan la laboreen ó la exploten, como se dice ahora.

Lo que es yo confieso que ando á tientas por el dédalo ó intrincado laberinto de esta última parte, y no atino con el filón aunque le busco. Sólo someramente me atrevo á hablar de ello.

El inimitable estilo, tan propio de Montalvo, las galas y la riqueza del lenguaje,

la asombrosa erudición y la abundancia de imágenes, de historias, de anécdotas y de personajes, fingidos ó no fingidos, pero bien evocados y trazados, todo muestra que la tal *Geometría* es digna hermana de los *Siete Tratados* anteriores. Pero si de cualquiera de ellos me siento yo capaz de extraer y de presentar al público una teoría, en este último *tratado* hallo harto más difícil la tarea, y por eso renuncio á escribir el prólogo, aunque en cierto modo le estoy escribiendo al hacer la renuncia, dado que usted consienta en que, á falta de otro mejor, sirva de prólogo esta carta.

Y volviendo á la *Geometría*, empezaré por decir, prescindiendo de su filosofía moral que apenas alcanzo, que es un libro bastante divertido, aunque maree un poco por la variedad de cosas que en él se contienen. Ocurre con él lo que ocurre cuando se visita y examina un espléndido museo de pinturas, esculturas y otros objetos artísticos, antiguos y modernos: se arma gran confusión y tumulto en la mente de quien va mirándolo todo.

De aquí que tal vez no perciba yo lo más substancial que hay en el fondo de la *Geometría*; tal vez no logre yo ahondar y tocar las raíces y me quede por las ra-

mas. Sólo superficialmente diré, pues, algo para terminar este escrito, tan insuficiente para prólogo como cansado y prolijo para carta.

Sin duda pretende Montalvo que cuanto produzca América, ya sea malo, ya sea bueno, tenga mayor ser, goce de superior energía y logre trascendencia más alta que cuanto se produzca en Europa. La belleza moral, intelectual ó física del hombre, sus elevadas prendas personales tienen sin duda por medida el poder más ó menos irresistible y casi mágico con que enamoran á las mujeres. La aptitud de dicho enamoramiento es el compás y la regla para medir y calcular el mérito de los hermosos, eminentes é ilustres varones, de los seductores, de los héroes y de los lozanos y elegantes mancebos. Sentir amor y saber inspirarle es por cierto una cualidad que causa admiración y envidia. Montalvo, en la *Geometría Moral*, discurre con amenidad y con gracia sobre cuantos anduvieron enamorados y sobre cuantos lograron enamorar, así en las antiguas como en las modernas edades. Paris, favorecido de Venus y robador de Elena, el elegante y heróico Alcibiades, el gran Julio César, se presentan á nuestra vista y nos pas-

man. ¿Cómo no habían de cautivar los corazones, robar la prudencia y el seso y excitar á las más recatadas princesas para que, á furto de sus padres y durante la noche, penetrasen en la cámara donde reposaba como huésped el gentil caballero, y á todo su talante se le rindiesen? La fama vocinglera se le había adelantado, refiriendo y celebrando sus hazañas. Su presencia luego, su cortesía y sus finos modales habían acabado de prender á la hija del rey. Así le sucedió á la bella Elisena con el gallardo Perión, que la hizo madre de Amadís de Gaula. Pero ninguno de estos casos, ora históricos, ora imaginarios ó novelescos, puede equipararse con los de un seductor ecuatoriano, cuyo vivo retrato Montalvo nos ofrece, y cuya peregrina historia nos cuenta. También se llama D. Juan, pero deja atrás, muy atrás á su tocayo Tenorio, y merece llamarse D. Juan Espantoso. No es un mortal cualquiera, es un volcán encendido, un Sangay, un Tungurahua, un Cotopaxi de pasiones eróticas. En coitejo con este D. Juan, por Montalvo creado ó reproducido, son feos y desdeñados niños de la doctrina los más traviosos y venturosos duques y marqueses del tiempo de Luis-XIV de Francia y de la Re-

gencia. Sólo es comparable con aquel famoso Abdalah, dichosísimo padre de Mahoma, por quien en la noche en que se consumó su matrimonio murieron de desesperación, de envidia y de rabia nada menos que 300 vírgenes: un centenar por cada una de las tres Arabias.

Lo simbólico, la doctrina misteriosa, la enseñanza esotérica que puede haber en este tratado de la *Geometría* son puntos que no escudriño yo, ni toco. Básteme reiterar de nuevo la afirmación de que el tratado de *Geometría Moral* es ameno, divertido y digno por otros varios conceptos de completar las obras de un polígrafo tan original, ingenioso y erudito como el ilustre polígrafo gloria de Ambato.

Y con esto doy fin á mi carta, consintiendo en que la haga usted pasar por prólogo, aunque no lo sea.

Siempre de usted afectísimo y buen amigo y seguro servidor q. l. b. l. m,

JUAN VALERA.

Madrid 25 de Agosto de 1903.





Don Juan Tenorio es la figura del libertinaje y el amor inicuo, esta oleada de pasiones y corrupción que va destruyendo por el mundo inocencia, reposo y honra. Anegadas se encuentran las mujeres en sus propias lágrimas, cuando despiertan del pérfido sueño que las estaba engañando con la sombra de la felicidad; sombra, pues siendo tan volandera, no siquiera es cosa real y positiva. Don Juan Tenorio es cosmopolita, ciudadano de todas las naciones: sus derechos viajan con él; sus deberes están en donde verdes años, salud, belleza, componen ese amable imperio cuyo trono pertenece á un muchacho sin vista. Molière se apropió el modelo castellano, y con él compuso una de sus obras maestras. Don Juan es enamorado terrible: tiene prestigio infernal sobre el

sexo femenino, si bien perfidia, engaño y oro entran por mucho en sus triunfos de mala ley. No desagrada su persona, mas nada puede si no da fuerza á la expresión con esas amables felonías con que los pícaros sin escrúpulo suelen vencer y pasar adelante. En Don Juan Tenorio hay mucho de Don Juan Fausto: el diablo, en forma de amigo y confidente, se halla de por medio, dando esos pasos ruines que obvian dificultades entre amantes impedidos. Don Juan es halagüeño, valiente, decididor: paréceme que es también hermoso, con esa hermosura varonil que en los hombres toma la denominación de gentileza. El amor de este demonio es un materialismo atroz: los ángeles no hallan cabida en su pecho, ni una mirada divina viene jamás á interrumpir y asustar el mar de sombras pecaminosas que inundan esa alma dura y perversa. El héroe de los placeres reprobados es al mismo tiempo impío; ni podía ser otra cosa un ladrón de honras, estafador de corazones, á quien ni conmueven lágrimas ni contienen desventuras. Hace víctimas, y se ríe de ellas; mueren por él, y se burla de la sepultura. Incrédulo atrevido, convida á comer á las estatuas: la estatua viene por la noche, llama á su puerta: el burlador

tiembla, pero no huye: Don Juan puede afrontarse con Satanás en persona. Es gran señor, badulaque regio, petardista ingenioso: si un acreedor entra á cobrar-



le, sale dándole más. Don Juan es bribón de marca mayor, pero bribón interesante. Su alma

está dada al diablo, mas ni por esto vive hundido en la negra tristeza que martiriza y vuelve infeliz al doctor Fausto. Don Juan Tenorio es alegre, no se mete en nigromancia ni consulta papeles

antiguos, ni busca horóscopos en las estrellas: la suya es buena, y sigue su camino tempestuoso arrasando virtudes y matando felicidades.

El seductor irresistible conocido con este nombre en España, se llama Lovelace en Inglaterra; pero Richardson lo ha pintado más negro: Lovelace es infame, y esto le vuelve repulsivo para los corazones bien formados, despreciable para hombres cuya virtud es un alto, noble orgullo. Cuando le vemos á este libertino de tono seducir con sus expresiones melifluas, subyugar con sus miradas encantadas, vencer con sus ardidés poéticos; cuando le vemos tan elegante, tan donairoso, tan bello, dando la ley del amor en las salas aristocráticas de Londres, le cobramos cariño verdaderamente; mas no podemos por menos que darle de puntillones al vil que consume un rapto con una mentira, y carga con una joven virtuosa á depositarla en una casa de prostitución. «¡Que yo me hubiera encontrado allí con mis francos!», exclamaba Clodoveo cuando oía referir las obras de los judíos para con Jesús. «¡Que yo me hubiera encontrado allí con mi látigo!», exclama todo hombre de pundonor, todo enamorado generoso, cuando

lee esas escenas crueles, donde la sangre noble, el alma elevada, el corazón sensitivo, el amor puro, están bregando con la bajeza de la plebe, el espíritu abyecto, el pecho bronco, el desenfreno asqueroso de la canalla que profesa el pecado por industria y el crimen por inclinación. Clara Harlowe despertándose de su letargo en el lupanar, mirando alrededor esas mujeres lívidas, respirando el aire pestilente de esa casa infame; sorprendida, asustada, aterrada; sin hallar con los ojos á su amante; sintiéndose bañada en sangre secreta; perdida sin remedio, cubierta de vergüenza, infeliz hasta el fin del mundo; víctima del desengaño y el engaño al propio tiempo; ayer señorita principal de la nobleza, hoy moza de alquiler en un establecimiento indigno; ayer ángel de amor y virtud, hoy criminal y bocado del crimen; ayer adorada por un hombre, hoy burlada, estropeada, vendida; esta mujer, digo, no podía hallar más amparo ni consuelo que la tumba. Muere la hermosa Clara, muere de dolor, santamente arrepentida. Á nosotros los pundonorosos y amantes fieles nos cabe la honra de entregar al verdugo al infame Lovelace, y la satisfacción de ver su cuerpo columpiando en la horca.

El corazón de Don Juan Tenorio, el Don Juan francés y Lovelace, es un polígono: cuerpo de muchos lados, con cada uno de ellos aman á una mujer; empero tan fugaz la imagen mal estampada en ese turbio espejo, el cual, por otra parte, es giratorio, que á cada vuelta va perdiéndose una y compareciendo otra. Esta figura no es el punto generador del universo, ni el santo triángulo, símbolo de un misterio; mas antes embolismo funesto, donde la Geometría, enmarañada, ofrece sus incógnitas á los espíritus infernales, muy más inaveriguables y profundos que los enigmas de la esfinge.

Si preguntamos qué cosa influye más favorablemente en las mujeres respecto de nosotros, no podremos sentar una regla general sin exponernos á un error grosero. El vulgo suele llamar destino esas conexiones misteriosas que aproximan á dos almas por vías no conocidas y las unen con los lazos del amor; y el destino, cabalmente, es divinidad oculta que obra según una ley secreta, y cumple sus fines señalados en la órbita de la creación. El destino no es el genio del vulgo; es, al contrario, el símbolo de la filosofía, que ejerce su poder con voluntad in-

contrastable, con mano irresistible, disfrazado de sombra, ó más bien de una nada que no está sujeta á la vista, al tacto ni al oído. Esclavos del destino, su intención es ley para nosotros: severas sus órdenes, y las cumplimos; dura su voluntad, y no hay resistencia. Destino es hecho consumado, contra el cual ni protestamos ni nos rebelamos. Destino es providencia: destino es orden de Dios, y todo está dicho.

«Será mi destino», responde la niña apasionada, cuando su madre pone en su conocimiento la justa pretensión del que la adora; «será mi destino»; y baja los ojos, confundida en delicada vergüenza. El destino está aquí supliendo al puro, dulce *sí*: el *sí*, encarnación del amor, en cuyas entrañas circunscritas viene apiñada una vida entera, esto es, felicidad ó desgracia de muchos años. El *sí* es un resumen temible. «Hágase el mundo», dijo el Creador, y el mundo fué hecho. «Sí», responde una mujer, y su mundo está hecho: si bueno ó malo, si bañado en luz ó revuelto en tinieblas, no lo sabe todavía. El *sí* es el destino; y, cosa rara, el destino, que es ley ciega, inexorable, brota de la punta de la lengua mediante la voluntad bien consultada. «Será mi destino»,

dice la novia para dar á entender que se somete á una orden de la Providencia; y ella misma, en plena posesión de su juicio y su albedrío, ha formado su destino con una palabra de dos letras.

« Fué mi destino, exclama entre sollozos la esposa desgraciada; esto es, dije *sí*, y me condené á las lágrimas; dije *sí*, y acepté maltratos, desprecios, insultos de parte de un hombre necio y grosero; dije *sí*, y no me aterraron engaños, deslealtades, ausencias inicuas de un libertino; dije *sí*, y no eché de ver el rostro sangriento de los celos, que con mirada agresiva me estaba amenazando; dije *sí*, y no me retrajo el hambre con su semblante descarnado; dije *sí*, y me veo sin fuerza debajo de este adorado peso de hijos perdidos, de hijas sin esperanza. » El *sí* le trajo en su seno diminuto á esa pobre mujer el mundo de padecimientos y dolores que no podrá echar á un lado, por más que se enderece y arroje gritos lastimeros. Fué su destino: la esencia del destino es matar, siendo contrario; dar vida y alegría, siendo propicio.

Esa muchachita cuyas mejillas están ardiendo en malicia de serafines, malicia que no es sino la inocencia apasionada; cuyos ojos son el prisma donde se están

reflejando los triunfos y las felicidades del tiempo venidero; cuyos labios sirven de instrumento á la música del cielo, pues no es otra cosa que música del cielo el armonioso guirigay de una niña pura y tierna, música sin medida, pero grata al oído; esos brazos descubiertos, cilindricos, blancos, donde la gordura reposa sin pecado; esa manecita que parece pinza viva de tomar flores del Paraíso; esa cabellera derramada por sobre los hombros en tirabuzones de oro; esos anillos de su propio pelo que le adornan la frente como rubias estrellas; esa garganta que semeja el torno encantado en el cual se han de labrar en otro tiempo los más expresivos y deliciosos suspiros; ese pecho donde la carne humana se está desarrollando al influjo de la voluptuosidad futura; esa pierna, gorda sin peligro, desnuda sin impudicia, á cuyo extremo el piecécito, bien calzado, huella en gracioso menudeo los picaruelos genios del amor, que van saltando alegres y siguiéndole; ese como ente divino, paloma en configuración humana, espíritu de Dios puesto á la vista en pura carne; ese extracto delicado de inteligencia y amor, fruto ha sido del fecundo sí.

El sabio, el poeta, el héroe, todos le

deben la vida al *sí*; al *sí* le debe el mundo sus héroes, sus poetas y sus sabios. El *no* es el reino de la nada, abismo que se está tragando esa gran parte del género humano que deja de nacer por falta de voluntad. El *no* es la muerte, vacío mezquino; la luz no halla elemento en sus espacios; ausencia egoísta, no contiene simiente de ningún linaje. El *sí* es vida, fuerza, poder; es el universo iluminado por la misericordia del Todopoderoso, que gira eternamente en la órbita de lo infinito, obedeciendo á la voluntad soberana, que es el inmenso *sí*, figura del Creador. El sol es un *sí* resplandeciente; esa estrellita que está pestañeando en un descampado de la bóveda celeste, visible apenas, á causa de los millones de leguas que la separan de nosotros, es un *sí* remoto, confuso, pero grato á los oídos del espíritu; suspiro ahogado en un océano de alegría, ay de felicidad incomprensible, suena y silencia, de modo que la oye y no la imaginación del filósofo que la contempla á porfía, rompiendo con la vista y el pensamiento las inmensidades que se dilatan alrededor, en círculo al cual no hay diámetro que alcance. Multiplicador sublime, el *sí* es origen y fuente de todo cuanto existe; el amor es

un *sí* incrustado en el corazón; el placer es un *sí* echado al mundo en forma de atrevimiento; el deseo es el *sí* que sube á Dios y le alegra, en siendo legítimo y puro; cae, y se convierte en demonio, como el ángel maldito, en siendo bajo y sin fuero. *No*, genio tenebroso, agente de la desesperación, yo te maldigo.

El *sí* es la línea recta en la Geometría moral; de un punto á otro se va sin que nadie la contenga ni la entorte. Diámetro del universo, le sirve al propio tiempo de eje, sobre el cual está girando y consumando las operaciones que, en forma de leyes naturales, son la voluntad cumplida del Altísimo. El *sí* va rectamente del un amante al otro, pasando sin torcedura por el sagrado tropezón que llamamos matrimonio. El *sí* de la madre es alegría para la hija; á los ruegos empapados en lágrimas de la una, la otra responde un *sí* endulzado con inefable sonrisa; á la pretensión del joven, pretensión tanto cuanto atrevida, el viejo consiente en un ligero menoscabo de sus derechos, é iluminando su fosca sonrisa con un destello de amor, profiere el *sí*, fuente de gozo. Entre el hijo y el padre, la hija y la madre, hay una línea recta que, entrándose por sus extremos en los

corazones, une las almas y reduce á una persona moral los dos cuerpos distintos; el *sí* es un dios propicio, en cuyo alegre pecho hierve una luz de mil colores. El *no*..... Animal ciego, *no*, pesado topo, tú no vives; sin luz no hay vida, y tú eres la noche del lenguaje humano, discordancia mezquina de voluntades. El *no* es una curva llena de quiebros; por esta línea fementida no podemos salir á ninguna parte. Cuando, á pesar suyo, nos metemos por sus dominios, todo es obscuro y cerrado. La ignorancia es un *no* rústico; la avaricia, un *no* sórdido vestido de andrajos. El hambre misma es negación desesperada; y la muerte, un *no* espantoso que ciega y aturde al mundo con su obscuridad y su silencio.

El *sí* en boca de la mujer, es su sentencia; juez en propia causa, mira muy bien lo que hace; justicia la salva, iniquidad la condena. ¿Qué hacemos los hombres para convencer á este juez? Convencerle, nada hay que le convenza; nuestro asunto es conmoverle. Destino es cosa no tan ciega como dicen; origen reconoce y motivos que le determinan: á unos hermosura; á otros valentía; á éstos inteligencia; á éstos generosidad;

á tales nombre excelso; á cuáles prendas y virtudes; á todos favorece el destino por alguna parte; ni hay desgraciado tan desnudo de méritos que no alcance en su vida un *sí*, bien que flaco y triste muchas veces, *sí* estéril, sin esperanza en su tiempo pasado ni ventura en el porvenir. Pero ésta es una falsificación; hablamos ahora del genuino, el puro y brillante, ese *sí* que brota apasionadamente del corazón, sube armonioso por la garganta y sale encendido por los labios: *sí*-amor, *sí*-voluntad, *sí*-felicidad; cadena de un eslabón que une estrechamente dos personas; y tan bien templada, que á todo resiste: oposición, rivalidad, tiranía; no hay cosa que la rompa. Ausencia, *sí*; ausencia larga y callada, la suele disolver como por encanto. Vieja hechicera, la ausencia tiene ensalmos con que todo lo deshace; hierbas con que labra olvido. Salvo que el corazón de un hombre sea espejo impregnado de una sustancia milagrosa, y la imagen de su querida se estampe en él para todo un siempre, por mano del ángel de la constancia. Olvido....., olvido..... ¿Cómo olvido? ¿Aun no principia la historia del amor, y ya tocamos con el *olvido*, cadáver invisible, cuya virtud es

no tener olor ninguno? Olvido es fin, amor principio: pluguiese al cielo que fuésemos infinitos en el no acabar de amar, y nos estuviéramos consumiendo en esa pasión divina siquiera hasta el día de la muerte. ¡Hasta el día de la muerte, pues hasta allí son los olvidos, los desengaños y las pesadumbres! De la sepultura al otro lado comienza el amor verdadero, amor grande, el amor en que arden los serafines, sin anonadarse en medio de esas llamas violentas de gloria que los envuelven, llenando la eternidad alrededor de Dios, que es la suma belleza. Este amor es sagrado: no lo profanemos; llenando de pureza las entrañas, templando la lengua á la música de los coros celestiales, hablaremos de él alguna vez; ahora somos profanos; las pasiones mundanas tumultúan en nuestro flaco pecho, y allá vamos á averiguarnos con ellas, rompiendo por el torbellino en que traen revuelto el mundo.

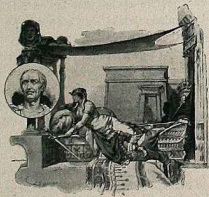
Las fuentes del amor son tan desconocidas como las del Nilo; las de éste han sido al fin descubiertas; para ese raudal estrepitoso, que corre fecundando y marchitando al mismo tiempo, ese raudal de emociones indefinibles, comprendidas bajo el título de «amor», no hay

todavía un Livingstone ni un Stanley. Existen continentes en el alma no visitados aún; regiones envueltas en el misterio y la ignorancia, adonde, menos que á esa nación perdida en las entrañas de una nube, llegará nunca viajero, ni por sabio ni por atrevido. Desde Sócrates hasta Bacón, mucho han descubierto los exploradores del espíritu; pero hay dentro de nosotros un África recóndita, á la cual no llegaremos, porque lo desconocido es lo más respetable, y conviene que haya en nosotros algo de respetable y aun de santo. Entre los dioses de Atenas había uno sin nombre; San Pablo, viajando por la Grecia, vió que ésa era la divinidad más acreedora al respeto de los gentiles, como la que más se aproximaba, por lo profundo y terrible, al Dios verdadero que fuera soñado por el más virtuoso de los mortales.

Las fuentes del amor, como de todas las pasiones, están en el corazón; lo que tratamos de saber es por qué y cuándo nace esa afección angélica. La electricidad positiva anima al hombre; la negativa á la mujer. Cuando estos fluidos invisibles se encuentran y chocan, brota de ellos una serpiente luminosa que se nos enreda dentro del pecho y se nos bebe el

corazón; á ese rayo celestial llamamos amor los hombres. Por donde venimos en conocimiento de que el amor proviene de la simpatía; y simpatía es la similitud y el ritmo que guardan en sus propensiones dos individuos de una misma especie. Ahora, pues, la simpatía misma debe tener causas determinantes: hermosura, valor, inteligencia, producen admiración en los que son para saberlas estimar; y de la admiración, que es una fuerte simpatía, al amor, no hay sino un paso; á menos que ella no esté como entreverada con ese afecto doloroso que se llama temor, porque entre el temor y el amor suele haber un abismo. Luzbel nos infunde maravilla cuando le vemos eruirse y hacer pie contra el Altísimo; pero no le amamos á ese gran criminal, que nos aterra con su ambición y nos deslumbra mortalmente con su gloria, encendida en las hogueras del infierno. Tomando ejemplo entre los mortales mismos, hallaremos gigantes que nos subyugan con la grandeza y la fama, siendo tál la superioridad con que nos dejan abajo, que no nos atrevemos á amarlos. Julio César fué el más feliz enamorado que nunca hubiese conocido Roma; fué el marido de todas las mujeres, con ser, como era,

inclito varón, y vivir, como vivía, en medio de las armas, bebiendo sangre y destruyendo ciudades. Pero sepamos que este monstruo era el pisaverde más seductor, el galán más insinuante que ha tenido secretos con el dios de las felices tinieblas, y que sabía achicar su grandeza y volverse pequeñito cuando su



buena fortuna andaba por los rincones. Gran cazador de reinos, era un águila; encúmbrese en vuelo sublime por las regiones del empíreo, contempla la tierra á sus pies, cae sobre el Nilo, y se levanta con un ave real en las garras. Cleopatra, presa dichosa, no se muere de terror, no da gritos desesperados, no procura libertarse: gime de felicidad, y junto con

su verdugo, está devorando un mundo de alegría. Y este mismo Don Juan, que tiene dares y tomars con testas coronadas, no desdeñará el embozo del enamorado nocturno, y como quien no dice nada, se meterá por las puertas de una humilde Atenais romana. Ambición, sed de gloria y amor, eran las pasiones de este hombre extraordinario: en medio del continuo ejercicio de ellas, tuvo tiempo para el estudio y la sabiduría. Mató dos millones de gente, se alzó con la libertad de su patria, dijo oraciones elocuentes, compuso libros, y nunca le faltaron cinco ó seis amores: ¡qué hombre! Con razón han dicho que la de Julio César es la naturaleza más cabal que ha producido el género humano.

Alejandro no sucumbió sino tarde á los embates del amor: no es célebre por sus hazañas en los campos de Citeres. Barsene dió al través con su larga continencia; mas no se fué el muchacho por esa pendiente á un abismo. Alejandro era conquistador, ante todo: irritábase contra su padre, porque, decía, nada le dejaba que hacer con sus victorias; y tan atrevido, que una vez se puso á suspirar mirando á la luna, con decir que nunca podría llevar sus armas á la bóveda celeste. La

viuda de Memnon le obligó á sentir y discurrir como hombre: verdad es que la susodicha Barsene era la diosa de la hermosura reducida á carnes humanas por obra y malicia de un Genio enemigo de la virtud. Praxiteles vió ó soñó esas formas para sus estatuas; estatuas en las cuales la mano misma del Creador está labrando las convexidades y derrames que vuelven ese cuerpo el modelo de la belleza. Fuera de Barsene, Alejandro dió pruebas de castidad y generosa continencia. «Decid á Darío, respondió al persa, que á nombre de este Monarca le rendía gracias por el respeto con que había tratado á su mujer y sus hijas prisioneras; decid á Darío que la moderación que ha visto en mí y el comedimiento para con su esposa no los atribuya á consideraciones por él, sino á mi propia virtud.» Julio César no se andaba en chiquitas: sus prisioneras eran luego sus queridas: testigo la hija de los Tolomeos. Mas no era suya la culpa: si le querían, hubiera sido un bonachón en disuadirlas de ese empeño. ¡Bonito era el amigo César para dar buen consejo á las que no lo habían menester!..... San Jerónimo es una cosa, y Don Juan Tenorio otra muy diferente.

Napoleón, á su vez, no amó sino á la guerra: su cabeza un incendio, sus entrañas un mar embravecido. Belona, di-
vinidad sanguinaria, le comunicaba ese como furor con que se iba por el mundo echando tronos abajo y rompiendo cetros en cabezas de reyes. La ambición era un océano dentro de su pecho, vasta cuenca donde entraban todos los ríos de la tierra. Y aun así, tengo especie de haber visto en las Memorias de Chateaubriand algo como celos en Napoleón; y no pudo ser cosa, puesto que de su campamento escribió á la bella Josefina: «¡Voy, llego; tiembla!» El mismo autor le imputa la violación de doce niñas andaluzas; des-
afuero que harlo se parecería á las proezas de Hércules, si fuese verdad histórica. Por lo demás, Napoleón mostró siempre tibieza á las mujeres, y nunca sucedió que la muelle y atractiva madre Ausonia suplantase á la resplandeciente Pallas en la carrera de ese héroe, á quien no le faltan sino dos mil años de antigüedad para ser un Genio de la *Ilíada*. Lo que experimentó dentro de sí por Josefina pudo ser amor; pero él lo tuvo por flaqueza, y, avergonzado, volvió sus potencias con más brío á la sangre y la conquista. Lloró una vez, mas no de amor:

¡pluguiera al Cielo que esas lágrimas hubieran sido el fruto de la reina de las pasiones, antes que una muestra de pusilanimidad y abatimiento! En verdad, en verdad, preciso era el testimonio de un Chateaubriand para que nos pusiese en duda estas pamplinas respecto del hombre menos hecho á enternecimientos y miserias. Páris dió la manzana de la discordia á Venus: Napoleón se la hubiera dado á esa deidad austera que con su hermosura temible estaba allí poniendo espanto en sus rivales. En el uno obraron belleza y amor; al otro le hubieran determinado valor y empuje irresistible. Una mujer hermosa en medio de la Cólera y la Desesperación, tal debería ser el emblema del escudo del gran aventurero que se vuelve Emperador y acaba en Samsón encadenado.

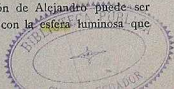
Las tres pasiones de César, ambición, sed de gloria y amor, componen un triángulo cuya base es la primera. Tuvo otros defectos, muchos y muy grandes; tuvo otras virtudes, raras y profundas: empero esas tres afecciones eran los arcos sobre los cuales estaba sustentado el cimborio portentoso de su inteligencia. Galán afeminado, lleva flojo el ceñidor de púrpura: su cabeza es almáciga de

perfumes donde el Arabia feliz tiene sus representantes adormecedores. Lucio Silla, cuya mirada penetraba el porvenir y escudriñaba el alma con la fuerza profética del genio, solía decir que en ese muchacho semenino veía más de un Mario. No de otro modo el primer Bruto, fingiendo bufonería é idiotez, estaba espiando el instante propio para dar en tierra con los reyes y proclamar la libertad en Roma; sino que Julio César se proponía lo contrario, esto es, darle un golpe mortal á la libertad de su patria, y fundar un trono sobre la tumba de los Fabios y los Emilios. Marco Porcio Catón, llamándole borracho en pleno Senado, no supo que tras el frívolo amante de su hermana Servilia estaba el más juicioso de los pícaros y el más cuerdo de los tiranos: la embriaguez no abriga amor ni valor en sus allagadas entrañas; el borracho es sepultura de sí mismo, sepultura bulliciosa no menos que pestilente, donde las brujas y los gnomos invisibles del cementerio están haciendo un diabólico alboroto. Equidad, pundonor, vergüenza, valentía, suaves afectos de cariño y benevolencia, todo está muerto en él: su alma es difunta; su cuerpo solamente vive animado por los

gusanos que le pican y le irritan ese crudo apetito de licores incendiarios, con los cuales ganan tierra su envilecimiento y su ruina. Julio César tomaba quizá con la risueña Servilia un vaso de falerno á la salud de Catón, pero no era borracho. ¡Borracho! ¿Cuándo? La corona de laurel, ceñido de la cual sube triunfante al Capitolio, acredita que debajo de ese calvo cráneo estaba hirviendo el juicio en olas espumosas de talento. El borracho no tarda en sucumbir: la crápula es nodriza infiel que ahoga á los niños pendientes de su pecho. Vitelio, vestido con el paludamento, entra en Roma cayendo y levantando: hoy es Emperador; mañana será arrastrado por las calles y arrojado en el Tiber como un perro. Los hombres grandes, los pillos de Catón, mueren en el Senado, y con su último grito hacen temblar el mundo. La túnica ensangrentada de César causa una revolución en el Imperio; el casacón de armas imperial de Vitelio, trapo que asquean hasta los mendigos.

El triángulo es la más augusta y misteriosa de las figuras; así, Julio César, con sus tres pasiones, es el más admirable y subyugador de los antiguos.

El corazón de Alejandro puede ser equiparado con la esfera luminosa que



va girando por el firmamento y se pierde en las regiones horizontales. ¿No sentía él mismo dentro de su pecho ciertas vagas conexiones con los astros, cuando echaba esos suspiros hacia arriba, al pensar en que no le sería dado uncir á su carro el astro de la noche? El de Napoleón, por la inversa, nos parece un cuadrado formidable, el cual no será roto ni por todos los monarcas juntos, á menos que su hada protectora le abandone y deje solo en el campo de Waterloo, pasándose al enemigo: fada ingrata, ora haya sido Linigobria, ora la dueña Fondovalle. Napoleón abrigaba en su pecho, ciertamente, un cuadrilátero de bronce, fortificación contra todas las naciones de la tierra: cuando esta figura tiránica se movía por sí misma, como los sillones del Olimpo, un trueno lejano tenía despierto al mundo durante una larga noche de pavor é incertidumbre. Afectos apacibles, deseos blandos: amor, dolor humilde, conmiseración, necesidad de reposo, nada penetra en ese cuadro endemoniado: ambición, delirio de la guerra, sed de conquista, son los soldados gigantescos que están formando la figura, en cuyo centro no hay sino incredulidad, vacío, nada tenebrosa.

La hermosura varonil da mucho en qué pensar á las hijas de Eva, no hay duda; empero no es requisito sin el cual no podamos entrarnos puertas adentro de su pecho. Feos hay que las cortan en el aire en esto de rendir voluntades, y muy feos que harían morir de envidia al más apuesto lechuguino de los más bien chapados de Valencia (1). Si Esopo fué el Páris de las griegas de su tiempo, no lo hemos visto en fábula ni historia; por lo que mira á Sócrates, no le sabemos otro amor que el agrio y penoso de su ingratable Xantipa. Sócrates, el más bello de los mortales, cuando la Divinidad resplandecía en sus facciones y resonaba santamente en su palabra, era el más feo de los nacidos. Poco le habrá importado á este filósofo que Lastenias y Elpinices se muriesen por él; él no se moría por ellas, viviendo como vivía colgado de la belleza infinita, prendido en las llamas de la inmortalidad, tan pungentes y dichosas. Si el feo se dignaba concurrir al estrado de las mujeres de moda, era grande el júbilo con que le recibían; esta

(1) No hay quizá en Europa ciudad en la que uno encuentre hombres más hermosos que en Valencia; el Turia va lamiendo cariñoso los pies de Apolo.

es otra: entonces nadie estaba por ver que no era un Narciso ni un Dailoco, sino que tenía en su casa á la sabiduría y la virtud. Teodota se aprovechó de sus lecciones, y, según ellas, puso debajo de la suela de su zapato á los más pintados atenienses. En cuanto á Esopo, mucho nos tememos que se hubiese ido á la sepultura con palma y guirnalda, para mayor gloria de San Jerónimo y alegría de las vírgenes del Hermón. Ése sí fué realmente feo; feo de más de marca; prototipo de los feos; lo que se llama feo, refeo; feo de Sur á Norte; feo en toda la extensión de la palabra y donde más largamente se contiene.

No sabemos si Pericles brilló por la hermosura; antes se nos alcanza que tenía deforme la cabeza, siendo ella sumamente prolongada de la frente al colodrillo; pero sí tenemos noticia de que Aspasia despidió á todos sus amantes cuando Pericles se hubo asomado por los umbrales de su casa. Los pisaverdes de Atenas eran Adonis todos ellos: bien apersonados, bien traídos; el manto de púrpura que los ricos iban arrastrando les comunicaba cierta majestad como de dioses humanos ó genios del amor dichoso. Blanca la tez, fino el cutis, entrapada

la cabellera, resplandeciendo los negros ojos, no abrían la boca esos felices manebos sino para agradecer el premio de sus afanes. Pues llegó Pericles, el personaje casi feo, y la reina de la moda echó fuera todo ese enjambre de seductores que la traían riquezas y placeres á haldas en un seno de su manto rojo. Pericles era varón de pro; Aspasia rendía homenaje al mérito: Pericles escudriñaba con la inteligencia los ámbitos secretos de la filosofía y la política; Aspasia era á su vez persona de elevado entendimiento: Pericles abrigaba el foco del fuego sagrado; Aspasia se sintió súbitamente encendida: los rivales de Pericles eran bellos; él grande: suya la palma.

Píramo y Tisbe, Leandro y Hero, Romeo y Julieta, bellos han de haber sido también unos y otros: amores semejantes no se nos vienen á la imaginación sino junto con una delicada hermosura en esos afortunados muchados; pero tenemos creído que si el héroe del Helesponto hubiera sido un Hudibrás chiquito, no por eso se hubiera muerto menos de amor su Hero idolatrada. ¿Y cómo no quererlo, aun cuando tuviese nariz como cresta de gallo el mozo de Cesto, en viéndole echarse por ella al agua todas las

noches, y vencer como un Neptuno ese eslabón formidable de dos mares? Cualquiera hazaña es paso de gigante en el pecho mujeril: proezas consumadas en honra y gloria suya, les quitan la vista, y á obscuras se entregan al dios del Eufrates, esa divinidad amable que, saliendo de entre los juncos y las cañas de la orilla, cogía la flor de las jóvenes de Babilonia. Nada era la vida para ese heroico enamorado: echábase al mar entre tinieblas, bregaba con las olas media noche, y por la madrugada tenía por recompensa tirarse de rodillas ante esa como deidad marina que le estaba esperando al otro lado. Una ocasión esperó diez horas; su amante no venía: despuntó el sol en el horizonte; Leandro no llegaba: Hero se dejó estar allí como una piedra, sin más vida que en los ojos. Buscáronla por todas partes sus parientes, y la hallaron difunta, al mismo tiempo que una barca traía á tierra el cadáver de Leandro.

Hudibrás es el terror de las mujeres: primado de los feos, arzobispo de Toledo en la vasta grey de tuertos, picosos, orejones, chatos, juanetudos, que brillan

por la nariz aplastada y los dientes comidos de neguijón, Hudibrás tiene el cetro de los desengaños y las esperanzas fallidas: cara larga, ojos diabólicos, nariz desemejable, boca de polo á polo, y barba que, naciéndole en los párpados, se le descuelga hasta el ombligo, aborrascada y feroz. Ni el demonio en forma de me-retriz pudiera cobrarle afecto al mancebillo: pues ¿cómo se le abraza, digo yo, cómo le mira una delicada criatura con enternecimiento y propensión favorable? Ni ¿qué términos de cariño han de hallar paso por entre esos labios cerdosos, adentro de los cuales están clavados, á manera de estacas, cinco ó seis docenas de dientes negruzcos debajo de una espesa toba? Si yo tuviera un profundo resentimiento con una bella, mi venganza sería ponerla en manos de ese agraciado cortejo, y allá se averigüe.

Beltrán Duguesclin, el más feo de los caballeros casi andantes de su siglo, fué, por el contrario, el hombre más feliz que podamos hallar en los padrones del amor. Angélica la bella se va con Medoro, el morillo barbilucio: con Beltrán Duguesclin no hay eso, porque éste no es el paladín furioso, ni se deja hacer la mamola por pindonga chica ni grande. Las seño-

rás de más campanillas de la Corte, las damiselas más repulgadas y soberbias, dan sus pedazos por ese caballero, que al valor une la cortesía, y no reconoce victoria si á la lealtad no sigue la magnanimidad. La mala cara es lo menos que en él notan las mujeres: ven la elevación de su alma, el empuje de su corazón, la fuerza de su brazo, prendas ó virtudes en que vienen rebosando todas sus acciones. Sobre esto, Duguesclin echa miel á raudales por los labios; miel de Hibla, suave y pura; miel fragante, esa que enajena con la embriaguez celestial que suelen traer consigo las accesiones de amor. Dicen de un filósofo que, hablando de Dios, se transfiguraba: la belleza suprema se imprimía misteriosamente en sus facciones, y estaba resplandeciendo como ángel vivo; no de otro modo ese enamorado paladín, feo en la indiferencia, fiero en la batalla, era hermoso y seductor irresistible al pie de las mujeres; caballero no ha tenido jamás ascendiente mayor en el sexo femenino: ellas componían, de reinas para abajo, ese amable partido que vendía sus joyas para dar su rescate cuando estaba preso. Valiente, generoso, cortés, amigo de grandes hechos, Beltrán Duguesclin todo él era ma-

neras insinuantes y expresiones seductoras; no fué mucho que las deformidades físicas hubiesen desaparecido en medio de ese cúmulo de prendas y gracias del espíritu, con las cuales venía á ser un Apolo á los ojos de esas cuya vista traspasa el cuerpo y va á deleitarse en las bellezas del alma. Un feo no levantará nunca llama en el corazón de una mujer vulgar; preciso es que ella misma sea distinguida por la inteligencia y la sensibilidad, para que halle qué amar en un feo adornado de virtudes. Amor é inteligencia tienen más conexiones de las que nosotros alcanzamos buenamente á concebir; muchas veces dos individuos se apasionan uno de otro porque se comprenden y se tocan, digámoslo así, las delicadas entrañas. Consuélese los parientes de Esopo con que no les desdeñarán sino las tontas; si un rayo de luz eterna les ilumina el pecho, por todas partes irán hallando corazones á los cuales tirar la chispa y prender allí la hoguera en donde se consuman y se pierdan en la efímera eternidad de las glorias mundanas.

Otro feo célebre, que se ha llevado la palma casi en nuestro tiempo, es Mirabeau: ¡quién dijera que esa cara de esfinge salpicada de resaltos indecorosos;

esa ardua greña que le cobija los hombros, convirtiéndole en figurón de fuente pública; esa mirada furibunda; esos labios hinchados de cólera elocuente; ese conjunto casi atroz, más para causar espanto que pasión amorosa, hubiera sido el hombre más querido del mundo, el de los placeres locos, amante que traía en sublime delirio á la más bella de las mujeres! Si preguntamos qué hallaba Sofía Monier en el tribuno, ella responderá quizá que hallaba la hermosura del varón, compuesta de talento y valor, audacia y generosidad, grandeza y fama, brillando todo junto en ese rostro de león, fealdad sublime que envidiara Alcibiades si no fuera él mismo el más intrépido é ingenioso, á la vez que el más gentil mozo de Atenas. El pecho del hombre apasionado suele abrigar un océano de lumbre mágica: nadie pasa por sus vecindades que no sienta ese calor amenazante: la que se le llega y mira adentro por los ojos, ya no es águila soberbia que vuela por las nubes, sino aturdida mariposa, que busca su ruina en la adorada llama y se entrega á su feliz desdicha.

Queda sentado que la belleza no es requisito indispensable del amor, puesto

que recomendación que predispone en su bien los corazones. Constancia, abnegación, sacrificio y valor, valor en todo, ante todo, son móviles poderosos para con nuestras blandas enemigas. Villano, tú que mientes; canalla, tú que niegas; cobarde, tú que huyes, ¿con qué derecho anheláis vosotros el galardón de la franqueza, la sinceridad y la hidalguía? Cuando por atender á una dama ó parecerla bien se echaba uno á los leones; cuando no se atrevía á saludarla sino rodilla en tierra; cuando para servirla tomaba por su cuenta empresas superiores al poder y el sufrimiento humanos; entonces la mujer era el árbitro de las virtudes, y por medio del amor las propagaba, cultivándolas en el sexo fuerte. Y no como en nuestros tiempos, en que no están por averiguar las señoritas cuál es el de más talento, más valiente, noble y generoso; cuál abriga alma de rey en su pecho, sino cuál tiene más haciendas y dinero. Unos y otras hemos bastardeado; ellas, con ser indiferentes á esas duras virtudes que volvían un héroe de cualquier señor de la Edad Media; nosotros, con tener por muy cara una sonrisa si vale una hazaña ó un acto de grandeza: ellas, con mostrar ruin apego á bienes que pueden ser patrimo-

nio hasta de un vil; nosotros, con preferirlos también á las riquezas del espíritu; ellas, con no mostrar alto desdén por la infamia, como venga tras un antifaz ruidoso de óropeles; nosotros, con no buscar á nuestra vez y darles la debida recompensa á esas virtudes femeninas, que ahora arden ocultas, temiendo los insultos de la bambolla alharaquenta y las burlas de la prostitución cargada de diamantes. El Paso honroso de Suero de Quiñones es un certamen de la barbarie de los siglos caballerescos: barbarie, mas ¡qué barbarie tan cortés, tan generosa y fina! El amante inconsolable ha incurrido en el enojo de la señora de sus pensamientos: esta culpa requiere penitencia proporcionada á su magnitud, de esas penitencias que Amadís hacía en lo áspero de una selva durante años enteros, y don Quijote de la Mancha imitaba en Sierra Morena. El enamorado Suero se echa á la garganta una argolla de fierro, y jura no quitársela mientras no éntre en gracia con su hermosa señora: pregona el Paso, pone carteles, cita á todos los caballeros del mundo y los desafía á batalla en desagravio de la sin par ofendida. Cuarenta lanzas rotas por el asta, són el precio de su rescate; rescate, pues él se tiene por es-

clavo de la argolla simbólica. De Provenza, Francia, Alemania y Portugal, acuden los justadores de más claro renombre: alto el morrión, baja la visera, cíñeles el coselete por todas partes, y en briosos caballos entran mantenedores y aventureros en la liza, meneando las resplandecientes armas. Recio fué el combate: Suro de Quiñones, aunque herido por Juan de Merlo, salió vencedor, y el desagravio quedó hecho. La religión sancionaba estos sublimes disparates, y aun los autorizaba con la presencia de sus ministros: Fr. Antón es testigo de que los enamorados no prescindían de ella para romperse la cabeza en sus locuras; locuras sangrientas muchas veces, para las cuales los reyes mismos daban campo y plaza, y los obispos y capellanes absoluciones. Onfala hizo mal en constreñirle al semidiós su amante á hilar á la rueca; y aun obró de peor guisa cuando le mandó limpiar los establos de Augías; pero no sería malo que nuestras reinas y señoras nos impusiesen algunos trabajos y proporcionasen ocasiones de ejercitar ciertas virtudes, sin las cuales ojalá nunca en la vida nos concedieran nada. En esos tiempos en que la hermosura tenía siempre en la mano una corona para el valor, nunca se vió que á

la competencia se presentasen ruines y cobardes á combatir con mañas y perfidias: Rugero echa en un pozo el escudo encantado, con el cual es imposible ser vencido: no quiere valerse sino de la fuerza de su brazo. Esta es la figura del amante leal, cuyas esperanzas tienen por fundamento el mérito propio: tesoros, promesas deslumbradoras, dádivas de presente, son el escudo encantado de Rugero, mediante el cual no es lícito vencer. Hidalguía, valor, generosidad, títulos verdaderos al amor de las mujeres y al respeto de los hombres.

Gusto da, y envidia, ver al héroe de Waterloo en medio de las más lindas muchachas de Londres que le besan apasionadamente el largo mostacho, á la vuelta del campo de batalla. Blucher, prusiano adusto, las va mirando al soslayo, y echa á salto de mata su sonrisa de preferencia. Esas blancas manos, cuyos dedos, sin reproche, están coronados de uñas de Psíquis, causan en el guerrero sensaciones más para adivinadas que para dichas. Las yemas de esos dedos, en contacto con las mejillas del hombre joven y ardiente, eran, sin duda, antorcha con que las Gracias estaban prendiendo fuego á la naturaleza, con ser como son púdicas y ver-

gonzosas. Veneras, medallas, cruces, nada son para con este blando homenaje de acariciarle á uno los bigotes y besárselos con labios abiertos y encendidos. Nunca pudo ser mayor su victoria para Blucher, que el instante de verse amado y cortejado por las hijas del Támesis, las más hermosas de las europeas. No de otro modo el general Bolívar, vencedor de los españoles, libertador de Colombia y el Perú, fué uno como Dios, con inclinaciones mundanas para las más elegantes y graciosas mujeres del Nuevo Mundo, cuales son las limeñas. Y este nuestro compatriota no era como Napoleón en punto á flaquezas amables y descarríos venturosos; antes dicen que le punzaba é incomodaba el niño flechero de manera de excitarle á la venganza. Gran enamorado Don Simón; pues fuera de la guerra, un moro gazul. Hizo bien: primero San Agustín y sus *Confesiones*, que el fundador de la escuela estoica, ese como Newton antiguo, á quien le espera una palma en el coro de los inocentes.





A inteligencia por sí sola nada puede: ingenios hay que llueven y no arden; ingenios claros como la nieve de los montes, que está fulgurando á la distancia y no tiene poder ninguno sobre nuestro corazón. El fuego es el simbolo del amor: donde reina el frío, las pasiones son cadavéricas, de personas imaginarias. Amar es hacer llama, quemar uno lo que toca, enviar por arte mágica serafinillos invisibles á la bóveda celeste, ó ángeles malditos al profundo. La inteligencia, sin el apoyo de la sensibilidad, es raro que apasione, si alguna vez apasiona: el ingenio encendido en la hoguera del pecho, el ingenio candente, que fulgura con una como alegría agresiva y se mueve amenazando, éste es el que abre llagas que due-

len con delicia, y fuentes de las cuales brotan, saltando, placeres y desventuras. Lord Byron, inglés famoso, obtuvo más triunfos con sus poemas que Wellington con sus victorias. Poeta, y ¡qué poeta!, ar-



mado de un cuchillo de dos filos, rompe el pecho y se va á herirle al corazón en su santuario. Si ruega, ama; si se queja, ama; si llora desengaños, ama; si acaricia esperanzas, ama: ama si ofende, ama si amenaza, ama si aborrece; todo él es amor: amor sus dolores, amor sus amar-

guras, amor su odio. El escepticismo, esa duda infernal que le devora, anda también vestido con los vivos colores del amor: amor satánico unas veces, otras celestial; pero siempre amor. El que pudo concebir en la imaginación, y dar vida á mujeres como Gulnara, Medora, Asilea y Parisina, no pudo menos que ser una máquina viva de amor, movida por la inteligencia: máquina en cuyos secretos anda una divinidad, cuyo mecanismo es un misterio de poder y belleza, semejante á los trípodes de Homero, que se trasladan por sí mismos adonde los dioses los han menester para sus juntas más augustas, de las cuales brotan los oráculos sin necesidad de Pitonisa. Mirábanle las mujeres como un Genio á ese poeta: era un silfo de Lutecia convertido en gnomo de Teutonia, sér amable y temible al propio tiempo. Temíanle, pero se iban tras él arrastradas por un prestigio como sobrenatural. La gentileza de su persona, el ruido de su fama, lo misterioso de su vida, eran ya triunfos para él; y él, unas veces de orgullo, otras de extravagancia, les daba con las puertas en la cara, si cabe la expresión, á las curiosas que hacían por conocerle. Llegando á Milán, ciudad galante y rica, lord Byron metió más ruido

que un monarca: su calle estaba de continuo atestada de gente para verle cuando saliera: Byron en los palacios, Byron en las casas de moda. El noble lord no honraba con su presencia sino las de mayor suposición, y se estaba allí un instante, fingiendo adustez y silencio. Cuando salía, las señoritas, escondidas tras las puertas ó las columnas del patio, le seguían con los ojos á ese hombre pálido, erguido, que iba despacio, claudicando elegantemente. Ese era Childe Harold; ése el conde Manfredo; ése el Corsario; ése Lara: Lara, personaje aterrante, que no sabemos quién es ni de dónde ha venido; Conrado, el sombrío pirata que tiene su trono de amor en una roca agreste; Manfredo, que trata con los recónditos espíritus de la naturaleza, y devora en negro silencio la sangre de Astarte; Childe Harold, el viajero hermoso que va cantando en divinos versos las virtudes y los vicios, los triunfos y las caídas del género humano, y lleva su último paso á Roma, sepulcro de la tierra. Sus lamentaciones melodiosas enfrente del sepulcro de Cecilia Metela; sus ayes profundos á media noche entre los gritos de la lechuza que asorda las ruinas del Coliseo; sus apóstrofes sublimes al Monte Aventino, son, cierta-

mente, voces de un dios nocturno, que anda infundiendo pavor amoroso y una como curiosidad infinita en los mortales.

Byron causaba terror á las mujeres, pero ese terror empapado en admiración, que cada día está en víspera de ser amor apasionado. Sus desdenes eran otro incentivo: para visitar á una y volvernos interesantes, lo mejor es fingir desprecio por ella: de la cólera pasa al deseo de venganza, y la venganza ha parado muchas veces en el más suave é íntimo cariño. En tratando las cosas como se debe, el que no es lerdo le habrá cortado el ombligo á la princesa más altiva y rostrituerta, con ponerla en las niñas de sus ojos. La furia de la paloma que da sus vueltas y picotea amenazando, todo es poesía: el arco iris arrollado en su cuello, le comunica mil tenues resplandores: el pecho, sobresaliente con esa pluma fina y abultada, es el pórtico de la voluptuosidad: los ojos, chispeando inquietos, son promesas de apaciguamiento y dichosa bonanza: así es la mujer: no hay más que tirarle con gracia unas miguitas de pan, de dulce, ó unos granitos de trigo candéal, ó pasarle la mano blandamente por la golilla: ese demonio que ahora poco se tragaba el cielo y el infierno, es un pi-

choncito desvalido que no quiere sino le abriguen en el seno. No hablamos aquí de la gigante Andandona, que gusta de segarle la gola al más pintado; ni de la reina Falabra, que se lleva á su marido, montado en un lobo sin cabeza, á degollarle en una cueva; ni de la brava ateniense que le echa un cántaro de agua á la cabeza al más pacífico é inalterable de los hijos de Adán: hablamos de esas niñas sensitivas que no desean sino entrar en razón y perdonar, dar la mano para que uno se la rompa á besos, y soltar la voz á dulces quejas empapadas en lágrimas. ¡Si yo doy con una Gorgona, vaya al demonio, cómase su furia, bébase su bilis! Al tigre no le ablandan caricias ni le embelesan cultos decires.

Iba á referir que lord Byron fué invitado á un sarao de lo más florido de Milán; sarao dispuesto en honor suyo. Condesas de Monteleone, Marquesas de Palavicini, señoritas entre las cuales brillaban fermosuras como la reina Pinti-qui-estra, todo estaba junto en un palacio. Byron, por cierto, fué tarde, muy tarde; ni podía ser de los primeros; entró como un príncipe de la India ó un emperador Moctezuma, majestuoso y callado: ¡y era poca cosa el silencio que

impuso al mostrarse en la cámara real! Siguió luego el chichisbeo, y luego las presentaciones. El poeta, á quien no le agradaba ser objeto de curiosidad, no estaba por ir inclinándose de una en una ante todas esas divinidades del Olimpo, ganó un ángulo de la pieza, y se dejó estar inmóvil como un fantasma pegado á la pared. La Condesa tal..... ¿No es éste el modo de designar á la persona de cuyo nombre no debemos acordarnos? La Condesa tal, señora de alto lugar, si por la belleza, si por el ingenio, quiso tratar al noble lord; negóse el noble lord. ¡Vamos, que era cuña el inglesito! ¡Muchacha de tales prendas como esa bella italiana! La italiana le llamó animal montés, se sacudió y se fué en su coche; el poeta se quedó muy tieso, y á poco salió también. Un lord Byron no podía quedarse hasta el fin del baile; hubiera sido ello contra el misterio de su persona. Y este mismo Nemrod que así trata á la milanese, coge á la más linda veneciana y se va con ella, dejándole al pobre Marqués de Guiccioli á cuestas con su amor y su rubor. La interesante fugitiva ha vivido hasta nuestros días; y, por más señas, acaba de dar á luz unas Memorias en las cuales le sale al frente á la deslenguada calumniadora

de su difunto amante, la célebre mistress Stowe. Esa anécdota respecto de lord Byron es una variante de la imaginación; la verdad del caso es que, sabedor que la función nocturna había sido dispuesta con el objeto de conocerle, se abstuvo de concurrir; si por altivo, si por corto, no lo hemos averiguado todavía. Quedáronse con la gana duquesas y marquesas, y se vengaron con llamarle oso, ogro y más cariños que las hembras suelen dirigir á los varones de difícil trato. El lance de la Condesa arriba mencionada tiene también sus visos de histórico; Byron fué siempre extravagante; extravagante de buen tono; no había sino buscarle, para que él se remontase á lo más áspero de su bravía naturaleza. Especie de Aquiles, gime á los pies de Deidamia; pero encerrado en su tienda de campaña, á solas con su ira y su dolor, niega la palabra á todo el mundo. Patroclo solamente alcanza un término de contestación. Byron, de malas con sus compatriotas, pasa adelante, y aborrece al género humano: misántropo sublime, vaguea solo por la tierra, mirando con ojos desesperados las naciones. Nunca inglés consiguió hablarle en pueblo extraño: venían á su puerta muchos de ellos, orgullosos de la gloria

de su gran compatriota; él se la cerraba, inapelable en su resentimiento. Y este poeta feroz no desaprovechó ocasión de manifestar la sensibilidad exquisita de su pecho, siendo suyas toda clase de acciones magnánimas. Un día, paseándose por la orilla del mar en una ciudad turca, echa de ver un golpe de eunucos que vienen custodiando una carga puesta al hombro de un esclavo. Á fuer de curioso de las costumbres y viajero averiguador, Byron sabía que los señores musulmanes castigan á sus mujeres ó sus concubinas que han caído en mal caso, con echarlas en el mar cosidas en una lona. Un rayo de luz alumbró al extranjero; mete mano á la espada, hiere, aterra, desbarata, pone en fuga esbirros y verdugos, y salva la vida á una hermosa joven circasiana. Ese hombre henchido de odio, vivía empapado en lágrimas de amor y pesadumbre. El más desgraciado de todos es el que no puede ser comprendido á causa de la superioridad de su alma: á los que como éste los aborrecemos, ya porque nos lastima su grandeza, que nosotros calificamos de orgullo, ya porque nos irritan sus virtudes, las cuales pesan sobre nosotros y nos abruma. ¿Cuántos hombres superiores no son locos para el vulgo, ó para

los que los rodean, á causa de que él no puede bajar hasta ellos, ni ellos subir hasta él? Tan luego como vemos en uno algo de que no somos capaces, porque para ello se ha menester gran carácter, abnegación y longanimidad, le calificamos de extravagante; y de la extravagancia á la locura no hay ni un paso. La felicidad está en la medianía; este axioma, que á fuerza de sabido es ya perogrullada, abriga una lección que ojalá nos aprovechara á todos. ¿Á todos? No. Seamos nosotros pequeñitos; mas para honra de la creación, preciso es que el género humano contenga algunos ángeles, aun cuando sean caídos. Luzbel, rebelándose contra el Omnipotente y descendiendo á los abismos, parece un complemento del universo. Lucifer habita el *pandemonium*, ciudad y palacio magníficos, rodeados de llamas eternas; y ese enemigo tenebroso de Dios es como un polo de la esfera universal, contrapeso del cielo que mantiene el equilibrio de las cosas.

Lord Byron fué un ángel caído, y la que caía en sus manos era para no levantarse. Las pasiones de este Satán hecho hombre acusan el alma de las que él mira con intención secreta; quema y ennegrece el corazón, y para hacerse amar no

tiene sino quererlo. A la inteligencia de primer orden une el valor, y nadie como él prevalece por la generosidad. Buen encaje de rostro, pálido, ojos negros, frente elevada, cabellera abundante, repartida en enormes anillos de azabache, labios gordos y sonrosados, dientes purísimos, aliento embriagador; la parte personal del poeta era realmente hermosa, aunque no seductora. Dicen, por el contrario, que una repulsión inmotivada apartaba de él á los que le veían por la primera vez; en sabiendo quién era, en oyéndole, ya todo parecía bien, todo admiraba. Este hombre tan aristocrático, tan elegante, cojea su poquillo: ¡mal pecado! Tiene un pie deforme, y éste es el tormento de su vida. Al pie defectuoso de lord Byron le deben las humanidades las obras poéticas más sentidas y bellas que ha producido quizá el ingenio en nuestro siglo. La amargura de su pecho, hirviendo en negra espuma, le sube á la cabeza, y allí, revuelta con la viva luz de ese cerebro, produce la música sublime que á raudales echa al mundo ese ínclito desgraciado. Hizo mal el poeta en tomar tan á pechos el asunto de su cojera; éste es el defecto que frisa más con el buen tono y la elegancia. Un hom-

bre de elevada estatura, recto, que sepa traer la cabeza imperialmente sobre los hombros y brille por lo amplio y pulcro del vestido, por conveniencia propia debe ser cojo, siempre que ande despacio, apoyándose en bastón con pomo de oro, y tenga nombre ilustre. Cojo se entiende, un sí es no es cojo; cojo intencional; ligera desinencia poética, endecasílabo intercadente por motivo de un acento supernumerario, pero que suena con gracia y encierra un elevado pensamiento. Cojo que va tocando al suelo con la oreja á cada paso, no puede ser donairoso, ni echar saetas envenenadas con miel de amor. Éste sí hace bien de tener el alma triste hasta la muerte, aunque él no está por eso: de nada adolecen menos los cojos que de melancolía; antes gozan reputación de malignos y camorristas, cuando no las dan de majos y enamorados. El cojear del noble lord era según todas las reglas del arte poética. Aristóteles no hubiera formado cojo más rítmico, más armonioso y medido con el cajón del verso; y, no obstante, el bello cojo acarreaba consigo negra pesadumbre. No sabemos si Anfbal, cuando perdió un ojo durmiendo á la luna en las márgenes paludosas del Arno, perdió con él la tranquilidad de la

vida; lo cierto es que no por eso dejó de dar batallas, obtener triunfos, subir su gloria y cultivar muy de propósito su felicidad en Capua, sin que hubiese habido en la ciudad de los placeres mujer de harto mal gusto que pospusiese á ese gran tuerto por ningún Cupidillo de ojos cabales de entre los cartagineses. La diosa de Chipre sí, la madre Venus, le hizo una pega al otro cojo: ¡y con quién, si pensáis! Con ese animal de bigotes como escobas, que se anda rompiendo el pavimento con sus bototas hasta las ingles, y no sabe ni guiñar, ni echar suspiro que no sea un zapote de duro y pesado. Va el cojo, pian, pianino, le echa su red, y le coge al jayanazo. El negocio no hubiera sido cogerlo, sino matarlo; si le hubo de soltar, ¿para qué le cogió? Sea de esto lo que fuere, y allá se averigüe Don Vulcano con sus aspas, lo que ahora nos conviene es tomar el hilo de nuestra historia, y añadir que solamente su mujer no le quiso al pobre lord. Dicen que con razón, la autora de *La cabaña del tío Tom* pretende haber demostrado que el incesto del poeta con su hermana Augusta no es imputación calumniosa. No queremos ver adentro de este negro velo; ése fué un grande hombre desgraciado, y no le hemos de mirar

ahora sino en medio de la aureola de luz que le circuye. Si pecó, perdonémosle; si fué inocente, hagámosle justicia.

El poeta Lamartine es otro de los amantes felices, gracias á la delicadeza y el amor de su talento. Lágrimas infinitas ha arrancado con sus *Meditaciones*, y vivos afectos ha encendido con la suave cadencia de sus versos. Su poemita *El Lago* ha vuelto loco más de un corazón; muchas, muchas enamoradas de una sombra, enamoradas solitarias y tristes, por falta de correspondencia, hubieran querido ser esa Elvira por quien echa el poeta los suspiros que todavía están despertando los manes de Eloísa y Julia, orillas del Bourget. El viudo de Elvira fué también de gentil parecer, y, por los modales, *el último de los caballeros franceses*, como ha dicho de él Timón, el ateniense francés que tan altamente califica á sus contemporáneos. El autor de este libro tuvo la honra de conocer á ese nobilísimo poeta: viejo era ya, anciano; murió á poco en París; mas hasta esa edad su persona conservaba los caracteres de la belleza varonil con que había resplandecido en los verdes años. Lamartine era un rey, aun en la miseria; rey caído, pero lleno de grandeza. Alto, sumamente alto;

cuerpo de Virgilio; cabeza bien plantada sobre los hombros, cuello largo; el color blanco, el cabello cano; hombre grave, sonreía quizá á los niños; palabra sonora, armoniosa. Tenía esa tarde pantalón de color de perla, anchísimo, el cual iba y venía, azotando el empeine de la bota encharolada. Ése era, ése, el amante de Graziella, que pasa cantando, al compás del remo cadencioso, por las ondas orelleras de Ischia; ése, el que á la hora del crepúsculo vespertino se halla en el Posilippo, solo y meditabundo, en tácito coloquio con la sombra del Mantuano; ése, el que sestea debajo de los naranjos de Sorrento, henchido el corazón de amor y poesía; ése, el que echa la mirada al valle desde la montaña, y encuentra vacío el mundo porque el objeto de sus sueños ya no existe. Lástima que Lamartine no hubiera muerto de amor; llegó para su mal á la edad de la ambición, y todo lo echó á perder. Pero si los desencantos vinieron en pos de la ambición, el amor no le trajo sino coronas. Yo quisiera que las naturalezas privilegiadas, esencialmente poéticas, no pasasen de cierto término; el mundo las estraga, la vejez enturbia su resplandor. Así como los más bellos fenómenos son transitorios, así-

mismo la vida de los hombres raros debe ser de poca duración. Yo he visto en el horizonte de cierto país andino cuadros portentosos que no hallaran cabida ni en la imaginación de Milton: las nubes, repartidas en largas plumas, se extienden desde el Occidente hasta el cenit en forma de abanico apocalíptico, ó de cola de un pavo real gigantesco. Esas plumas son blancas; el fondo azul, celeste, y la simetría tan perfecta, que realmente parece obra de un artista sobrehumano. La escala del sueño de Jacob no es ni más grande, ni más bella, ni más misteriosa: medio obscura ya la tierra, un suave fulgor ilumina todavía la bóveda celeste; en esa hora incierta, umbral terrible que pasa el día para hundirse en la noche, la imaginación menos pintoresca ve palpablemente un sinnúmero de ángeles saltando por esa escalera celeste, al són de la confusa y lejana música de los astros. El Domo de San Pedro, el sepulcro de Adriano ó castillo de Santo Angelo, las fortalezas de Sebastopol, la torre de Londres, todo está representado en ese horizonte grandioso por medio de pelotones enormes de nubes teñidas de púrpura, violadas, amarillas como el oro de Portugal, y mil y mil colores que presen-

ta en globo ese arrebol inmenso. El sol, en el trópico de Cáncer, se pone justamente tras el Cumbal, coronado de nieve perpetua. En una quebrada del monte se apiñan por la tarde enormes nubarrones; el sol, en su descenso, los hiere de soslayo, los enciende, y arden esas nubes figurando una hoguera suspendida en el firmamento; arden vivamente, como las entrañas de un volcán, de suerte que esas brasas sin fuego tienen hasta soflama que hace agresión á la vista del filósofo ó el poeta observador apasionado de esos portentos. Estos cuadros, dignos del Todopoderoso, delineados por su mano, coloreados por sus ojos, vivos con su aliento, son raros y fugitivos. El rojo se desangra, el amarillo palidece, el violado flaquea, el blanco desmaya; muere todo, y un pardo cielo se extiende por el universo, cuando no permanece visible en el horizonte sino un gigante retinto, que, cual vencedor del mundo, se queda dueño del obscuro anfiteatro.

Otras veces, las dos terceras partes del cielo han sido barridas por el dragón del Apocalipsis, que mueve la cola en parábolas inmensas, y la bóveda inconmensurable queda limpia; en medio de un fulgor vago que ya no es luz, y aun no

es oscuridad, la estrella de la tarde principia á rutilar casi perdida en un océano violáceo, de altura y extensión superiores al más profundo pensamiento. Tal cual nubecica, que habrá sido rubia ó purpurina media hora antes, está colgada en el otro hemisferio como un pañal del Niño Jesús, ó alma puesta allí para doce horas de penitencia. No hay poesía superior á la de la bóveda celeste; los cantos del poema universal están estampados allí en las nubes en forma de jeroglíficos grandiosos; empero así los idilios de Gessner, como los poemas de Homero, se desvanecen y pasan como la fantasmagoría de un sueño. Esto debe suceder, estábamos diciendo, con los hombres que son ellos mismos un trozo de poesía viviente, un cuadro cuya alma es el aliento de Dios, una pieza de música ejecutada por un coro de serafines. Rafael de Urbino muere á los veintisiete años de edad, devorado por su amor y su numen. Alfredo de Musset, cisne melancólico, sucumbe extinguido por la fuerza de su propia armonía. Mozart se deja consumir por la música con que endulza el corazón del mundo. Weber cae exhausto. La Malibrán, ave del Paraíso, sube al cielo envuelta en las ondas de su voz divina, can-

tando los dolores y los placeres de las almas puras. Estos delicados ingenios se van jóvenes todos, lo mismo que ese Byron de quien acabamos de tratar; ninguno llega á los cuarenta años. Lamartine pasa de setenta, y Goethe, el mayor de los poetas modernos, frisa con los noventa. Nuestro viejo Chateaubriand, por nada se hubiera muerto en edad temprana. Chactas y Atala, René, para la juventud, está bien; mas él debe crecer para ministro, gran hombre de Estado, émulo de Napoleón en política. La rosa que se cae de madura, deshojada por el tiempo, marchita, no es el símbolo de las más gratas pasiones; ese capullo grueso, apretado, redondo, que amenaza con reventar á los embates de su propia sangre, ése es el emblema de la poesía pujante y apasionada. Una tarde se encapota el cielo; negra cerrazón enlobreguece el horizonte; rugen el trueno en las entrañas de las nubes; la tempestad se desata en viento y pedrisquero furibundos; el botón de rosa, que no era ya una niña, sino una adolescente embarnecida y galana; herida, lastimada, rota, se abate, cae, perece. Esta es la poesía.

Tan mal contado les hubiera sido á las buenas letras la muerte prematura de

Juan Goethe, como la de Chateaubriand: Werther es el principio; el Doctor Fausto, el fin del poema; la vida de Goethe, gnomo de la Selva Negra, convertido en dios del Olimpo, es un poema. Atala y René, desde luego, haría nos hubiera dejado Francisco de Chateaubriand en habiendo muerto joven; pero el mundo no gozara del *Genio del Cristianismo*. Y ¿quién sabe cuántas obras estupendas hundidas en la nada antes de nacer, con la muerte de Rafael? El pintor de la *Transfiguración* era capaz de pintar á Dios vivo, á menos que, después de esta obra maravillosa, la divinidad infundida en ese alma hubiese dejado el terrenal santuario para levantarse á la gloria. En este caso, cuerpo sin espíritu, sepulcro vacío, la muerte era santa necesidad para ese artista sobrehumano. Demócrito, echando de ver que su inteligencia decaía, se dejó morir de hambre; todo egregio varón debe hacer lo que Demócrito. La nación antigua, en donde los hijos estaban obligados á reducir á cenizas á sus padres cuando éstos habían llegado á cierta edad, ¿habrá fundado esta bárbara costumbre, en un principio razonable? No lo creemos; é impugnando nuestras mismas proposiciones, sostenemos que Demócrito hizo mal,

por cuanto lágrimas no le hubieran faltado, aun cuando su inteligencia viniese un tanto á menos. Ancianos venerables, ruinas de jóvenes esclarecidos: los escombros de las ciudades ilustres son sagrados.





UESTO que el insigne bardo de Weimar nos ha salido al paso, y que de amor estamos tratando, natural es que Margarita sea de los nuestros. Goethe no ha descrito esa pasión en términos tan vehementes, sino porque del mismo modo la experimentó en su pecho; y experimentándola, supo infundirla en el ajeno. Margarita, seducida por el Doctor Fausto, mediante los buenos oficios del diablo, disfrazado de amigo, no es sino la joven plebeya á quien el poeta amó y sedujo, no como Lovelace, mas antes con la pasión sentida y comunicada por arte mágica. El dibujo de Margarita arrepentida, por Augustus von Kreling, nos está haciendo ver cuán puro había sido el corazón de la víctima, cuán austeros los sentimientos de su ánimo, cuán castas sus inclinaciones; y con todo,

sucumbe: es que el amor cae sobre esas blancas aves y las devora: castidad, honra, timidez: débiles cisnes que no oponen resistencia al águila hambrienta que les echa la garra.

Acuérdasenos haber calificado de pampolina la aserción de Chateaubriand cuando nos cuenta que, viejo ya, infundió amor profundo en una niña. Es la juventud requisito necesario del amor; empero ocurren casos que ni por inverosímiles dejan de ser reales y verdaderos. Las virtudes no se hallan sujetas á ese achaque incurable que llamamos vejez; ni en la hombría de bien caben arrugas, ni á la nobleza del ánimo la humillan canas, ni el buen proceder pierde la vista, ni la generosidad padece de sordera; bien puede ser que una alma grande, levantándose sobre un corazón magnánimo, obre sobre las facciones, y las transfigure, en cierto modo, á los ojos de las mujeres dotadas de aquel sentido tan raro de la vista interior, que pasa á recrearse en la belleza del espíritu, rompiendo y destruyendo el cuerpo. ¿Ó será que, como nosotros mismos estamos ya dando el paso, de muy mala gana, fuera de la edad florida, tratamos de halagar á nuestra futura vejez con doradas esperanzas? Todo puede ser, sin que

deje de ser verdad de á folio que el susodicho Goethe inspiró á su vez ardiente amor á una joven de diez y nueve años, siendo él anciano. Betina de Arnim mantuvo correspondencia epistolar con su adorado viejo; si no dió al traste con su virtud, fué porque los tiempos de Margarita habían pasado, y Mefistófeles, teniendo en poco su ruin oficio de trota-conventos, se había vuelto, si no de bien, por lo menos hombre de orden. ¿Qué le va ni qué le viene á este bellaco, en resumidas cuentas? Un pobre hombre pierde el juicio; una pobrecita, la inocencia; y él, holgándose, bien así de los tormentos que causa, como de los triunfos que proporciona su habilidad nocturna. ¡Cuántos pasos, cuántos ardides, cuántas trapacerías para crecer con una oveja la inmensa grey de que es legítimo prelado en la ciudad de Dite! ¿Vale la pena la triste y flaca alma de un médico, de que todo un Satanás, un Don demonio, como quien dice, un rey de los abismos, salga á la tierra, y ande de aquí para allí, con una pluma de gallo en la gorra, como un simple alcahuete de docena? El diablo es poético y grande cuando, echado alocéano por Gabriel, nada cuarenta días y sale al monte Cabet, de donde se pone á dar

gritos desafiando á los ángeles; es pícaro y sutil cuando toma formas de serpiente y se insinúa pasito con nuestra madre Eva; es terrible cuando da una voz de cólera en el Tártaro, y hace temblar esas negras murallas. Cuando le vemos llevando y trayendo, como dicen; urdiendo y zurciendo voluntades; engañando á una muchacha y apasionándola de su protegido, nos parece un canalla y nada más. Diablo perverso, pase; diablo mañero, diplomático, es corriente; diablo terrible, causa miedo; diablo grande, admira; diablo entremetido, diablo ruín, le damos con la punta del pie. ¿Con qué ese mismo individuo que pone á Margarita, muchacha del pueblo, en manos de su seductor, y se va, cerrando la puerta sobre sí; ése que vuelve al otro día, y con sonrisa de brujo le pregunta al galán *cómo le ha ido*; ése que anda al acecho de cuándo está sola la niña, para ir por el mancebo; ¿ése es el soberbio personaje que alza bandera contra el Omnipotente, hace temblar el universo, y cae al profundo arrastrando legiones de arcángeles y criaturas gloriosas? ¿Ése es el formidable campeón del espíritu de maldad eterna, que se toma á brazos con Miguel, enviado de Dios, y lucha desesperado, y rueda vencido, sin

dejar de ser grande? ¿Ése es el príncipe de las tinieblas, que, sentado en su trono de fuego, está rigiendo con cetro candente los destinos de los réprobos de todos los siglos? Para honra del infierno convendría que Mefistófeles y Lucifer no fuesen una misma persona; mas es propio de este grande hombre representar todos los caracteres, hacer todas las figuras, tomar todas las formas que caben en este hervidero de pasiones y sucesos que componen el globo de las cosas. Ya es emperador, ya pinche de cocina; ora pontífice romano, ora simple lego benedictino; cuándo filósofo y sabio meditabundo, cuándo mequetrefe zascandil que, á poco hacer, desciende á correveidile ó sube á padre de casa de mancebía. Camaleón infatigable, por su piel transcurren todos los colores del arco mundanal, y por sus manos todos nuestros asuntos, así los grandes como los chicos. ¿Todos? No: los hay que son de incumbencia divina: en éstos no da puntada el enemigo, y no los muerde porque sabe que son la lima que le abolla los dientes y le corta el alma, espesa y negra.

Así como Goethe á los setenta años de edad tuvo su Betina, así pudo el autor de *Atala* tener su niña enamorada cuando

viejo: esto no está fuera del orden de las cosas. ¡Quieran los cielos, donde más claros resplandecen, que con fianza de la propia experiencia nos sea dable acreditar de verdadera la afirmación de Chateaubriand, y transmitir como históricos á las futuras generaciones los amores del amante de Margarita con la hermosa Betina! El corazón de este poeta-filósofo debe tener algo de profundo é inconmensurable, cuando en sus pasiones interviene personalmente el sér inconmensurable y profundo que en el cielo se llamó Luzbel, en la tierra se llama demonio, y en el infierno Lucifer. Siguiendo nuestro paralelo geométrico, bien pudiéramos decir que el corazón de Goethe gira en su vasto pecho describiendo una parábola, esa figura que, sin dejar de ser una curva, jamás vuelve sobre el principio, ó ha menester millones de años para cerrar lo que sería elipse portentosa. Cometa visto por la primera vez, ese mortal privilegiado va describiendo en su arrebatada carrera una órbita casi infinita; si se aproxima á los demás, éstos sufren horribles alteraciones. Algo hay infausto en esa miedosa cabellera; pero en el centro de ese núcleo fulgura lumbre divina. Nadie hasta ahora ha podido saber qué

es un cometa; asimismo hay hombres que pasan como un brillante y muchas veces terrible, misterio. De éstos fué Gœthe, de éstos Byron, poetas entre los cuales hay similitud de inteligencia, proporción de afecciones y armonía de pensamientos. Entre la inmensidad de sus ahincos, la obscuridad de sus dudas, la intensión de sus dolores, va rodando su alma, y no acaba de llegar á ninguna parte, ni forma al fin el círculo dentro del cual naturaleza humana, reducida á su magnitud propia, pudiera comprenderse y reposar en elemento conocido. Byron y Gœthe, poetas del dolor, apóstoles de la desesperación, han pasado, ciertamente, cual esos meteoros que van dejando tras sí una larga huella de miserias y desventuras; precursores de grandes sucesos, nadie sabe si van dentro de ellos dioses ó demonios; pero la vista del mundo está fija en ellos, y mientras más los teme la ignorancia, mayor es la admiración con que los diviniza. Chateaubriand y Lamartine, por el contrario, describen con sus pasiones una figura más común y modesta: su pecho es una **elipse** en uno de cuyos focos arde el fuego sagrado, mientras en el otro está chisporroteando el mundano; en el uno, el amor de Dios; en el otro, el amor del si-

glo: profundamente religiosos, estos dos amables bardos fincan su felicidad en la fe; la fe no describe parábola ni hipérbola; la fe no describe nada, porque no gira en órbita ninguna; es una estatua de la religión que está girando sobre sí misma, sin desviarse un punto de su eje divino; y como va mirando al cielo por todas partes, el espíritu la sostiene, la luz la alumbra. Ciega es la fe, y nadie ve como ella, si, como lo tiene creído, es cierto que ve con Dios; dura es la fe, y nadie siente como ella, si, como lo piensa, es cierto que abriga la Divinidad en su seno. Chateaubriand y Lamartine están contentos con su elipse, la figura de dos focos; á un lado, amor de Dios; al otro, amor del mundo. «Siento dos almas dentro de mí, dice el Apóstol; la una que se humilla á Dios, la otra que contra él se rebela.» Los dos polos del alma del Padre Lacordaire son los dos focos de la elipse de Chateaubriand y Lamartine.





EPISODIO

SAFIRA



LEGÓ un día un extranjero á una ciudad pequeña de la Nueva Granada, y se estableció en ella sin ruido ni aparato de ninguna clase. Nadie sabía quién fuese ni de dónde viniese, porque no era él sujeto de entrar en conversaciones íntimas, ni los inquisidores officiosos hallaban resquicio por dónde dar con el secreto de la vida y la condición de ese hombre. Era, sí, persona de mucho modo, según lo estaban declarando su aire y sus modales; pero más adentro no hubo quien pudiese echar una mirada. Su trato y arreo eran conformes con los usos de la gente de su posición: para los pobres que á sus umbrales llegaban, la mano siempre abierta, lo cual presuponia ser aquél persona bien intencionada y de buenas facultades.

Donde reina la modestia, la liberalidad es opulenta, y ocurre que en pueblos no habituados al esplendor de las grandes capitales, cualquiera cuyo porte es decoroso, pasa por gran señor. El pro y el contra se combaten respecto de ese extranjero: los que le ven tan pronto al socorro del menesteroso, tan afecto á la inocencia, tan morigerado y sin género de vicios, le juzgan hombre de bien, quizá varón ínclito, sobre quien se han acumulado desgracias inmerecidas, y harto de amarguras ha huído de su patria. Los que están á la mira de ese amor ardiente á la soledad, al silencio impenetrable que acarrea consigo, sus costumbres extraordinarias, se inclinan, por el contrario, á pensar que sobre el desconocido pesa algún crimen tenebroso ó ha sido víctima de un mortal engaño. El vulgo, á su vez, no sabe á qué atenerse. Caridad, bondad, ejemplar comportamiento, le vuelven á sus ojos buen cristiano, casi santo, á ese hombre; pero no oye misa, ni va á la escuela de Cristo, ni manda decir responsos por el alma de sus mayores. Para unos, masón, hereje, condenado en vida; para otros, religioso, virtuoso, varón justificado. En vano será, por lo común, que en ciertos pueblos

hagamos el bien y practiquemos las virtudes; si no adoptamos los usos y respetamos las preocupaciones de la generalidad, luego habremos concitado la ojeriza, cuando no el terror, de la ignorancia, á la cual se une de buena gana la malicia para sus obras de exterminio. Luchó algún tiempo el extranjero entre el amor y el odio, el respeto y la agresión de los entre quienes vivía, sin que el miedo pudiese nada con él ni modificase un punto su manera de vivir, puesta la mira en granjear consideración que no debiera exclusivamente á sus merecimientos. Cuando en sus recreaciones solitarias le ocurría pasar por las casitas de las afueras del pueblo, las campesinas salían y le llamaban «buen señor». Otras veces, que no todos son agradecidos, los muchachos, mal enseñados de los clérigos, le gritaban desde lejos: «¡Masón! ¡Hereje!»

Triunfaron al fin sinceridad y fortaleza: el bien sin ostentación, la limosna á obscuras, la cuerda prescindencia de las cosas del lugar, la pureza de vida, y uno como resplandor que le circuye al extranjero, infundieron al fin un respeto que pasó á veneración; y perdonándole la falta de misa, no vieron en él todos sino el hombre inaccesible á los vicios y

el cultivador asiduo de las buenas costumbres. Llamábase Herculano el extranjero: alto de cuerpo, joven aún, grave, sumamente grave. Se levanta con el sol, gusta de ver romper la aurora, sube á los montes, descende á las quebradas, es gran amigo de la Naturaleza y del campo. Dicen que algunas veces desaparecía días enteros, sin que nadie supiese qué fuese de él ni dónde se encontrase: en casa de ciudad ni de campo no se hallaba; en pueblos vecinos no se le veía. Aun cuando hubiera querido hacerse olvidar, no lo hubiera podido: no era como todos, y todos tenían los ojos fijos en él; no hacía lo que todos, y todos trataban de averiguar qué hacía.

Herculano vive solo en una casa: sus criados mismos se retiran á las suyas por la noche, y el amo se queda sin más compañía que la de un perro enorme, cuyo nombre es *Belcebú*. Junto con tener nombre malo, la circunstancia de ser negro el animal hace decir que es el diablo, y que en todo caso Herculano es vecino peligroso. Mas por la mañana acuden á sus puertas ancianos y niños á pedir por los dolores de María Santísima, y ni el perro les amenaza, ni su dueño les niega la caridad acostumbrada; con lo

cual echan de ver que *Belcebú* no es el demonio, ni su señor tiene tratos con el enemigo. Al contrario, los muchachitos de la vecindad, desnudos de pie y pierna, gordos, sonrosados, traviosos como un duende en forma de serafín, usan de grandes familiaridades en casa de Herculano. La puerta es suya; entran cuando quieren, hallan á *Belcebú* tendido en el quicio, y se le montan en ese pezcuezo trémulo y crespo que harto semeja la cerviz del león. Muchas veces el bondadoso animal tiene tres jinetes sobre sí, uno tras otro, bien asidos por la cintura, haciendo un espantoso ruido de jilgueros. Miralos el perro con ojos llenos de benevolencia, agachadas las orejas, y con la undosa cola les da unos blandos hisopazos que les hacen morir de risa. Cuando por casualidad viene á impacientarse, porque le han arrancado mechones de lana más de lo justo, y empieza á gruñir calladamente, los volatincitos echan pie á tierra y se ponen en cobro á los de Herculano. Contéplalos éste con inefable terneza, y con la sonrisa que nunca le falta para los niños, parece que les está diciendo lo que Jesús: «Venid á mí los párvulos.»

Un día, después de un viaje que había

durado algunos meses, Herculano se hallaba aún con botas y espuelas: todo el pueblo sabía ya que *el señor* estaba de vuelta. Herculano era *el señor* para los niños y la gente del pueblo; para los principales era *el extranjero*, y para los malsines *el rey*; el rey, según aquella majestad y prosopopeya con que pasaba mirando al frente, nunca á un lado ni á otro. Estaba, como acabamos de decir, recién llegado *el señor*: entró una muchachita gordinflona, de cuatro años de edad, rubia, crespa, sin peinar: como del pueblo, no traía zapatos; limpia, eso sí, y bien ataviada, como una princesita plebeya. De entre el seno y el rebozo sacó dos huevos frescos, abultados, resplandecientes, y extendida la manecita, dijo: «Son de mi gallina negra. ¿De dónde viene el señor?—Del Perú, mi vida: ¿sabes hacia dónde cae el Perú?—Sí; por allá, por Tusandala.»

Luego llegó una vieja trayendo en brazos una chiquita ojinegra, boquirrubia, cuyo pelo ensortijado estaba en alzamiento popular. Entre el pecho de la mujer y sus propias manos, apenas si podía domar y sujetar un pollo subversivo que venía protestando por la imprenta, esto es, diciendo cuanta queja amarga y cuanta

desvergüenza atroz pueden caber en semejante tribulación. «¡Rosita! ¿No es ésta la Rosa?—Ella, señor: y el señor, ¿de dónde viene?» Llegaron en seguida dos pillitos de lo más simpático: era el uno un cholo moreno, no dos tercias de alto, achaparrado, bien comido, con una cara que estaba prometiéndole todo un Guzmán de Alfarache. El pantalón, á las ingles, se le caía á cada paso; él, mano á levantarlo. Levita, casaca ni chaqueta, no había para qué buscarla en su guardarropa: sombrero, Dios le dé: camisa era todo lo que tenía, salida y abombada alrededor: vivo como el diablo: la cara, un Gincillo.

Su compañero es rubio: pelo largo y liso, como Escipión Africano: garzos los ojos, blanca la tez, según que muchas veces del pueblo salen príncipes de sangre real. Este hijo de Luis XIV, á quien su padre hubiera puesto máscara de fierro, como al otro su pobre hermano, nó está requiriendo sino escuela y colegio para venir á ser periodista republicano y romperse la cabeza con Pablo de Cassagnac, ó clérigo de misa y olla que de canonjía en canonjía pasa al obispado, y asido de la mitra, reparte bendiciones y excomuniones á tontas y á ciegas.

Y ¿por qué ese bribonzuelo no ha de venir á ser diputado, ministro, y aun presidente, si tiene la vena revolucionaria y sabe tañer el pandero? «En manos está el pandero de quien lo sabrá tañer», dice un refrán, sin asonante, de los del Comendador griego: en las repúblicas de la Grecia, el pandero era el valor, la virtud, la elocuencia, el patriotismo: Alcibiades, Arístides, Pericles, Foción, tenían en la mano el pandero, y lo tañían, y al són de ese instrumento civilizaban al mundo y volvían gloriosa su gran patria. En la República romana el pandero estaba en manos, reinando las virtudes, de Cincinato, Fabricio, Camilo Jurio, y después, de Cicerón: éstos le sabían tañer, y fundaban la libertad, y exterminaban á los bárbaros invasores, y volvían á Roma la señora del mundo. En las repúblicas de Italia, el pandero estaba en manos de esos sabios florentinos, esos sabios genoveses, esos valientes venecianos que, siendo un puñado de hombres, se las tenían tías á un Rey de Francia, ó le apretaban las clavijas al Gran Turco. En nuestras repúblicas, duélenos confesarlo, el pandero es cuartel, la revolución, la inmoralidad, la ignorancia, sin que en el encumbramiento y el poder de ciertos

Pentapolines del arremangado brazo entren por nada valor, pundonor, amor patrio, inteligencia, nada. ¿Pues por qué aquel chiquitín con cara de Gil Blas de Santillana que Herculano tenía delante, no había de estar guardado escondidamente para príncipe democrático, y ser dentro de poco gran Capitán, gran General, y regir con la uña y la bayoneta los destinos de su pueblo? Sea de esto lo que fuere, aquel inglesito andino se abrazó con una pierna del señor extranjero, y se estaba á mirarle para arriba, mientras éste le acariciaba la cabeza, diciéndole: «Macario, Macario, te han puesto ya en la escuela?»

El que cultiva el amor de los niños está libre de mil males: la inocencia tiene cierto prestigio que, si no disipa del todo los malos pensamientos, desenturbia el alma y la pone á volar ligera por los ensueños de la felicidad. Este poder de los niños debe tener fundamento verdadero, cuando ha pasado á convertirse en convicción general y profunda: el filósofo que aconseja al hombre desgraciado y triste acompañarse de un niño, piensa lo mismo que esa buena anciana que deshacía el encanto yendo á pasar con un niño en los brazos por un lugar del cual

estaba apoderado el demonio. Hérculano tiene fe, sin duda, en el influjo de la infancia, y sabe que en medio del crimen mismo son descuentos que nos hace la justicia divina, el amor y la protección á la inocencia. Retraimiento, meditación, apego á la soledad; tristeza, negra y profunda muchas veces; odio por sus semejantes, no, ni desprecio sistemático é injusto por la sociedad humana. La misantropía, dice el príncipe de los filósofos, nace de la experiencia que vamos haciendo de los hombres, y de aquel prurito de generalizar lo que por ventura no corresponde sino á corto número de individuos. La misantropía que no tenga origen en las virtudes, será enfermedad y locura: Dios no nos ha echado al mundo para que nos aborrezcamos, sino para que nos amemos unos á otros. Mas esa tirria que algunos corazones bien formados, algunas almas puras, conciben por sus semejantes, siempre es horror al crimen, horror al vicio, y acerbo desengaño de las esperanzas que abrigaron al principio, de ver sus inclinaciones bien trabadas con las de los otros hombres. El odio nace del amor; esta paradoja, comprobada por el filósofo, llorada por el poeta, es una verdad, verdad terrible. Childe

Harold, René, Oberman, son personajes sublimes que representan la naturaleza humana caída; y bregando con las perversidades, las ingratitudes y las infamias que no pueden remediar, las castigan con negro aborrecimiento en los autores y dueños. El amor de Dios hacía ermitaños en tiempos antiguos; el odio al mundo ha hecho solitarios en todos tiempos. Herculano se retrae, pero no huye. En su patria nadie sabe lo que ha sido, porque nadie le conoce; en el lugar de su refugio es hombre austero, no montaraz; meditabundo, no melancólico; raro y valido, no del todo extraño al trato social. Respétanle los hombres; las mujeres le miran con cierto vago temor prendido en curiosidad. Cuando algo le preguntan de sus antecedentes, no responde; ni hay quien porfíe: ese silencio gravita sobre los indiscretos como la imprudencia consolidada en necesidad. ¿Qué está haciendo á solas en su casa toda la noche? Sus ventanas, alumbradas hasta el amanecer, son perpetuo asunto de cavilación para los vecinos porque saben que no se acuesta. Unos dicen que busca la piedra filosofal; otros, que tiene conversación con un espíritu, que evoca á la manera del conde Manfredo; otros, que

le persigue un espectro pidiéndole cuenta de no saben qué horrendo crimen. La sombra de ese huésped extraño pasa y repasa á los ojos de los que desde lejos le están observando: se pasea, medita; padece con los recuerdos, vive con la esperanza ó muere con la desesperación. Los que son para alcanzar el mundo de dolores que en forma de olas bravas se agitan en el pecho de ciertos grandes desgraciados, le compadecerían, sin duda, á ése, si se atrevieran á compadecerle; mas como en la lástima hay algo de humillante, á los hombres superiores no los podemos compadecer sin ofenderlos. Nunca se dirige nadie á esa noble fiera, que no salga con su empeño; y en habiéndole visto cara á cara, en habiendo tomado en el oído esa voz sonora, limpia, musical, ya sus detractores mismos no tienen otro afán que ir haciéndose lenguas de Herculano. Si él busca á los demás alguna vez, todos saben que es para hacerles favor; para pedirlo, nunca. Tal el antiguo filántropo iba en pos de los necesitados, los desgraciados, huyendo cuidadosamente de los ricos y soberbios.



ENTRE las familias distinguidas de la ciudad, la de D. Diego de Sufrén prevalece por la práctica de las virtudes y la consideración pública de que goza á justo título. Es Don Diego caballero chapado á la española, cuyas costumbres, sencillas al par que aristocráticas, vuelven su casa el centro de las personas de más lustre del lugar. Herculano fué de los concurrentes los primeros días de su llegada; bien recibido siempre, asiduo nunca; él sabe que de la familiaridad al menosprecio no hay ni un paso, y sólo quien sabe asimismo entenderse con las delicadezas y las aprensiones de la sociedad cortesana, escatima sus visitas hasta volverlas sumamente raras; de suerte que su presencia es siempre objeto de sorpresa y agradecimiento para los que se agradan con su vista. Pero sin ocurrencia escandalosa, sin motivo ostensible, retiróse de

casa de Don Diego hasta el punto de quedar por desconocido. ¿Vano capricho? ¿Razón secreta y poderosa? Nadie lo supo: creyeron, sí, notar los zahoríes de la tertulia cierto cambio en el humor y aun en las facciones de Safira desde la desaparición del extranjero. Safira, hija única del señor de Sufrén, tiene el cetro de la moda en la ciudad: joven de veinte años, su estatura es más que mediana; sus carnes alimentan esa gordura de la buena salud que, sin hacer ostentación hacia afuera, están rompiendo con su voluptuosidad expansiva los vestidos por dondequiera que éstos deben estar ajustados á los miembros. El seno, blanco, ostenta una comba primorosa, y del escote adentro, dos pechos de cisne forman las prominencias donde tropieza el alma del que la mira, y se queda allí encantada para siempre. Diana no tuvo mejor porte ni pareció más perfecta á los silfos invisibles cuando ganaba lo más secreto del bosque para bañarse á cuerpo desnudo, el pelo extendido por la espalda hasta la gorda pantorrilla. Safira no ha menester los favores del arte para brillar por la hermosura: su color es la resultante del jazmín y la amapola, un blanco sonrosado que en vano irían á exigir del pincel las

pretenciosas. Ella no, ella no sabe lo que es afeitte, este pecado nefando contra la belleza, apagador impío de la pasión que gusta de arder con sencillos y puros combustibles. Su cabellera, negra y profusa, de la cintura abajo está andando todavía; su boca no es chiquita, antes puede llamarse grande, y es preciso que lo sea para que alcance en ella ese mundo de gracia que en forma de sonrisa está depositado en sus labios. Sus ojos son rasgados, negra la pupila; las pestañas, largas, están asombrando al amor que reposa debajo de ese suave párpado. Safira es apacible, de poco hablar y mucho sentir; sí, esos suspiros que á sus solas echa, húmedos en lágrimas, son señales de sensibilidad y ternura. Con todo, era fama que nadie había sorprendido en ella síntomas de amor, siendo, por el contrario, del dominio público, que los más apuestos mancebos habían visto fallidas sus esperanzas respecto de ésa cuya mano estaba quizá guardada para el más feliz de los mortales.

Andando á pasear un día por las márgenes del río, convidáronla esas ondas claras que sobre dorada arena van rodando lentas y pacíficas. Ganó Safira con sus dueñas un recodo circuído de hinies-

tas y gayombas, y allí, poniendo el pie desnudo entre guijos blancos y amarillos, una túnica de lino encima, empezó á tomar posesión del agua con infantiles alharacas. Hundida hasta la rodilla, eran de ver esos aleteos de oropéndola con que alegraba las orillas, asordando las grutas de verdes juncos y rojas flores donde las náyades estaban escondidas á mirarla llenas de admiración. Cedió la arena á la presión del cuerpo, y ella bajó cosa de media vara: asustóse la hermosa, pero siguió riendo. La arena aflojó más; la niña tuvo miedo y quiso ganar tierra seca. Sus esfuerzos no hacían sino perjudicarla: la arena se iba abriendo, ella bajando. Sumergida hasta el cuello, dió con la corriente, que la arrastró á medio río: débil carga para ese formidable caudal, se fué como una pluma. Botóse al socorro una criada, sin más efecto que irse ahogando por su cuenta. Á este tiempo desembocaba por el lado opuesto un jinete al galope en un poderoso morcillo. Alcanzó éste á ver el poético naufragio: una gasa blanca en medio del verde río; unas manecitas de hada subiendo y bajando; una cabellera de mujer que se hundía y reaparecía. «¡Selim!» gritó el caballero para animar á su caballo; y de

un salto y cuatro braceos heroicos estaba junto al cuerpo perdido. Echarle mano por la cabellera, de un solo impulso ponerle sobre el arzón de la silla y picar de nuevo al noble bruto, todo fué uno. *Sellin* entonces, poderoso, triunfante, salió nadando y ganó tierra. La joven había perdido el conocimiento, pero no estaba



muerta: una tenue respiración daba testimonio de la vida. No había que hacer sino volar á la ciudad con ese cuasi cadáver, cuya hermosura estaba admirando y conteniendo á la muerte. Ésta fué la primera idea del caballero; mas luego, recapacitando en que la fuerza de la corrida pudiera perjudicarla, y en que el respeto al pudor le aconsejaba ese expediente, depositó el cuerpo en el suelo, en brazos de dos negras criadas, y á es-

puela batida el caballo, de un repelón estuvo en casa del señor de Sufrén. La generosa mujer que se botara á la muerte en pos de su ama, fué salvada por un Terranova como un león que, la lengua fuera, venía galopando tras *Selim*.

Al cabo de veinticuatro horas, Safira tuvo fuerzas y ánimo para preguntar quién la había salvado. «Herculano», respondieron. Ella guardó silencio.





A guerra civil bramaba por entonces y hacía pedazos la comarca. Liberales y conservadores, ó sean *rojos* y *godos*, habían venido á las manos con ímpetu y valor dignos de causa grande. Los romanos no tomaban prisioneros en las guerras civiles; todos los vencidos eran pasados á cuchillo; desde ellos hasta nosotros, las guerras entre padres é hijos son más cruentas y bárbaras que las internacionales; la quijada del asno es la peor de las armas. Y no se tome ésta por locución exagerada, ni vaya nadie á requerir malicia en el autor de este relato, pues las naciones que se precian de más cristianas y civilizadas son justamente las que en todo tiempo nos están dando lecciones de impiedad y barbarie, sino que parece anexo á la naturaleza humana esto de romperse en casa el

freno de las pasiones con más violencia que fuera de ella, computando nuestro amor fraternal por el número de parricidas. Los franceses, en sus guerras exteriores, jamás han sido tan desafortunados como en las domésticas; el Terror y la *Commune* serán monumentos inmortales plantados en medio de la historia, por cuyos jeroglíficos las generaciones futuras vendrán en conocimiento del grado de maldad y locura á que podemos llegar los hombres. Esta atroz flaqueza no es el gaje de esa nación, mas antes del género humano; todos los pueblos hacen lo propio, sujetos á esa negra ley que Caín grabó en el pórtico de la tierra. Liberales y conservadores, ó lo que es lo mismo, verdes y azules, güelfos y gibelinos, abencerrajes y zegríes, se estaban combatiendo sin tregua y degollando sin piedad en esas provincias. Después de varios combates sangrientos, los godos amenazaban con entrar á sangre y fuego la ciudad de Safira, y los vecinos todos, con sobrada imprudencia, pusieron en cobro sus haberes, los cuales á muchos de ellos pudieran después haberles salvado la vida, por ser tan antiguo y manual esto de poner precio á la garganta de nuestros hermanos. Vencidos los rojos

á corta distancia, cayeron los godos, en efecto, sobre la ciudad indefensa. No hubo degüello ni saqueo; no hubo sino contribución de guerra, y en el hacerla efectiva anduvieron los vencedores tan activos como inexorables. Aquí fué el lamentar la indiscreción de los ricos en haber transpuesto sus bienes de fortuna; aquí el arrepentirse de semejante arbitrio. Las casas, con guardia; las señoras, con centinelas de vista; los hombres que habían permanecido en el lugar, eran rudamente maniatados y presos en tanto que satisficiesen la justa y debida cuota impuesta por el vencedor. Don Diego de Sufren, con fama de rico, tuvo sobre sí cuatro mil pesos en oro, con plazo de veinticuatro horas. No era Don Diego hombre de sufrir ultrajes por semejante bagatela; pero el diablo era que no los tenía, ni los tenían sus amigos, habiendo, como hemos dicho, depositado lejos, en lugar seguro, dinero y prendas de todo linaje. El día de la evacuación de la ciudad por el enemigo, el señor de Sufren, la soga al cuello, á pie, en una sarta de prisioneros, salía con la tropa, Dios sabe á qué fortuna. Príamo no fué más venerable que este noble anciano; alto el rostro, larga la barba, iba marchando amarrado,

mientras su familia, en negra desesperación, no hallaba remedio á tamaña cuita. Salido habían ya del pueblo, cuando un oficial de órdenes, á caballo, viniendo al trote, presentó al Coronel la de poner en libertad al señor de Sufrén, en cuyas manos consignó luego este documento:

*Don Diego de Sufrén,
cuatro mil pesos en oro;
quito y solventado.*

El General,

El señor de Sufrén halló á su familia hiriendo el cielo á gritos; la sorpresa fué igual á la admiración y la alegría. ¿Quién consiguió el dinero? ¿Quién sacó el recibo? Nadie lo sabía. Hubo solamente quien dijese haber visto á Herculano entrar por una puerta excusada á casa del General. El señor de Sufrén le escribió á éste en el acto, dándole las gracias de la libertad y la vida, y acompañándole de una vez un pagaré de cuatro mil pesos en oro. Herculano contestó que no tenía noticia de semejante caso y devolvió el documento. Todos estaban confundidos; Safira solamente no dudó ni un instante de que Herculano fuese el salvador de su padre.



BISSUS abissum invocat, dice la Escritura: un abismo llama á otro. Un mal no viene solo, dice el refrán. La Escritura Sagrada y el pueblo son dos fuentes de verdades infalibles: en la una está depositada la sabiduría eterna en forma de dogmas y exhortaciones; en la otra hierve la experiencia en figura de dichos, proverbios ó adagios, que encierran debajo de su ordinaria corteza una máxima filosófica, una regla de conducta ó un sano aviso de política. El mal es cadena de muchos eslabones: un eslabón viene asido con otro; y así, cuando llega el principio, hemos de esperar que llegue el fin de esta negra serpiente, en cuyos anillos gimen los desgraciados. Una noche, cuando los perros ladraban y los gallos cantaban perdidos en obscuro silencio, las campanas de la iglesia comen-

zaron á tocar á rebato, y con tal ahinco, que los vecinos todos saltaron de sus lechos, temerosos de algún grave acaecido, como, verbigracia, un súbito regreso de los godos. Mas no era sino la casa del señor de Sufrén, que estaba ardiendo en llamas, toda prendida, desde el pie hasta la cumbre. Acudió la gente, mucha y muy aparejada para el salvamento, ya porque eso tiene el fuego, que apaga el odio y la envidia misma, ya porque ese buen cristiano era el hombre más bien quisto con sus vecinos que nunca habitara pueblo ni ciudad. Dos bombas, rodando sobre el empedrado con marcial ruido, acuden al instante y se aperciben para la lucha con sus cuellos largos y afilados. Sorbiendo á fuertes aspiraciones el agua del pozo, empiezan luego á vomitar chorros furibundos y á herir el foco del incendio en irritable curva que va y viene por considerable circuito. El agua y el fuego son enemigos á matar; siempre encontrados estos dos elementos, cuando pueden venir á las manos es de ver la saña con que se aferra el uno sobre el otro, bien como el tigre y el boa en las selvas africanas hacen gemir los grandes ríos con sus peleas estridentes. Acometido el fuego

en los dominios de su conquista, ruge, se ennegrece, saca el cuerpo y sale chisporroteando feroz por otra parte. La lengua encantada le persigue, le azota, le aterra; el fuego hierve por adentro, consume ávido los raudales enemigos, y sobre sus ruinas se levanta más colérico y ufano. Grandes vigas, tronzadas por la mitad, componen ángulos candentes; otras, quemadas el un extremo, han caído, y se están como pilares vivos; las soleras, extendidas sobre las paredes, arden á lo largo, cual cebo de una máquina portentosa destinada para hacer volar el mundo; las puertas, á medio quemar, yendo y viniendo sobre sus goznes con el viento, parecen banderas agitadas por las Furias; el pavimento está echando torrentes de irritado y negro humo, y un resplandor inmenso alumbra el cielo, amenazando las llamas á la bóveda celeste. Gime el hacha, lo despedaza todo, y el hombre, que en estos casos siempre es héroe, arrostra la muerte, se agita como un Genio dentro de ese alto infierno, y hace esfuerzos sobrehumanos junto con el agua, su aliada. Pero cuando el fuego agarra bien, nadie le puede: palacio, templo, casa en su su poder, son pavezno implume en garras

de alcotán, débil ciervo en uñas de jaguar sanguinario. El maderamen de la que ahora es su presa está crujiendo ya; lo que no ha sido consumido, va á caer fracasado, y en breve, el edificio que abrigaba en su seno riquezas y comodidades, será montón de negros troncos al pie de paredes enlobreguecidas. Sus habitantes se han salvado; todos, menos uno, aquél cuya vida es más preciosa, el más amable, el más querido. «¡Safira!», exclama en la calle un anciano, alargando los brazos. «¡Safira!», grita una matrona en ademán desesperado. «¡Safira!», dicen todos. Una mujer vestida de blanco entreparece por las llamas que circuyen la sala principal; desmelenada, aterrada, mira adonde quiera y no halla paso. Las gradas, en cenizas; los balcones, ardiendo; el pavimento mismo, el pavimento empieza á levantarse en ráfagas brillantes: perdida es Safira. Esa cabellera, que envidiara nuestra madre Eva para cubrirse en el Paraíso; esa garganta de Rebeca, blanca, bien torneada, alta sobre los hombros; ese pecho sobresaliente, frontispicio encantado de la felicidad: ¡todo va á arder, crujir, echar humo y caer hecho un horrible tizón! En medio de la angustia general, hé ahí que un

hombre rompe las llamas por atrás, y con la velocidad con que el águila cae sobre el cisne, tómalala por la cintura, hiende una cortina de llamas, salta por una ventana y reposa sobre el tejado inferior de la casa vecina. Por escalera, bajaron á tierra. Safira estaba medio muerta, pero sin lesión ninguna. Cuando al otro día abrió los ojos en la cama y preguntó quién había sido su salvador, oyó que respondían: «Herculano.» Silencio, cavilación, palidez, lágrimas ocultas, estaban declarando que el amor de Safira era ya profundo é incurable.





Los godos han llevado lo peor en varios encuentros: andan á la deshilada, y es muy de temer que vuelvan á la ciudad, bien para cobrar aliento, bien para saciar la venganza, que ahora es grande, porque saben que sus vecinos han ido á reforzar al enemigo con personas, armas y dinero. Temblando se halla el pueblo: perseguirlos el ejército liberal; mas será tarde. ¿A quién volver los ojos? ¿Dónde buscar amparo? Una mañana, un tropel de campesinos que vienen huyendo, advierten que el enemigo llega: mujeres á las iglesias, hombres á los subterráneos, niños á los agujeros, se dieron todos tan buena prisa en esconderse, que cuando los invasores, feroces y terribles, á paso de carga, y bala en boca, entraban en la ciudad, la hallaron como encantada. Su-

yos fueron los hogares desiertos; si alguien había en ellos, bien escondido estaba. Pero los escondidos, de las entrañas de la tierra eran sacados á la luz del día, y ¡para qué!.... En una casa, una mujer joven está en viva lucha con dos hombres, jayanes barbitaheños, de color bajo: parecen moros de Túnez los bandidos. La desesperación le comunica fuerzas: ese torneado, gordo brazo, como si fuera suyo el nervio del brazo del arcángel Miguel, le tiene mancornado al un violador, impeliéndole hacia tierra por la nuca, en tanto que el sátiro ha profanado el virgen cuerpo con levantarle los vestidos hasta la rodilla. El otro procura derribarla, contrarrestando, por dicha, á su socio en el crimen, de suerte que las pocas fuerzas se mantienen en equilibrio contra las muchas, hasta que el socorro divino descienda sobre ella y la liberte. El pudor hace la última resistencia: va á sucumbir, sucumbe.... Herculano salta allí en ese instante: con mano de fierro le ase por los cabellos al más próximo al delito, le obliga á enderezarse, le repele á cuatro pasos, y, poniéndole de frente, le vuela la tapa de los sesos. El otro pícaro no huye; echa mano por su bayoneta y arremete con el intruso: éste,

sereno y hábil, se sirve de su revólver como de florete, quita el golpe, y de un balazo en el corazón le extiende cuan largo es en tierra. La muerte de Herculano era segura si Dios no hubiera querido que á esa hora misma, ganando los rojos la ciudad á paso de carga, no diesen buena cuenta de los enemigos. El degüello fué espantoso, porque hubo resistencia; si algunos quedaron con vida, huyeron á los montes, y el pueblo salió como de la tumba, pálido y desencajado. Esta ocasión, Safira no tuvo necesidad de preguntar quién había sido su salvador; le vió y le oyó; y cuando ese hombre hermoso estaba allí de pie, contemplándola con mirada indecible, ella, cubriéndose el rostro de vergüenza, se tiró de rodillas ante él y rompió á llorar en desahogo sublime.

Este fué el último paso de la guerra: dos meses hacía que reinaba en la ciudad paz y consuelo, dedicándose grandes y pequeños á reparar sus males, aunque no á enjugar el llanto, que tantas desgracias mantenían fresco y volvían decoroso. Herculano dejó hasta de pasar por la calle del señor de Sufrén; debíansele allí favores; delicadeza, hidalguía, le aconsejaban no mostrarse ni poco ni mucho á

personas tantas veces salvadas, ora por su generosidad, ora por su valor; que uno de los visos más brillantes de la grandeza de carácter suele ser ese como desentendimiento nobilísimo que pudiera comunicarnos ventajas sobre los que nos deban vida ú honra, los cuales, si no son ingratos, suelen convertir en flaqueza su agradecimiento.

Una noche, tarde de la noche, están durmiendo todos: Herculano se halla en pie; se ocupa en medir con sus pasos su aposento. *Belcebú*, echado por ahí de largo en largo, ronca á modo de león. Profundo es el silencio: la Naturaleza, recogida, disfruta en sosiego de su obscuridad y su tranquilidad, en ese sueño en que ella misma gusta de yacer cuando no la sacuden vientos, ni truenos asordan sus oídos. Un gallo echa su canto á la distancia, largo, melancólico; un ave nocturna pasa del matorral á la torre dando gritos. *Belcebú*, en un pronto, se pone sobre sus cuatro patas, enarcando las orejas: no ladra, porque no tiene licencia para esto dentro de las habitaciones. Herculano suspende el paso, presta el oído: un tenue roce ha sonado en la puerta, cerrada sin emparejar. No es nada. ¡*Belcebú*, quieto! Échase el perro de barriga, alargando

el hocico sobre las dos patas delanteras, en esa postura vigilante que nada es menos que gana de dormir. Herculano sigue andando; á cuatro vueltas, el perro en pie, veloz como un relámpago. Herculano se detiene, calla, observa: una sombra tímida ha empujado la puerta. Her-



culano cree en los espíritus de la atmósfera, en los genios aéreos que rodean invisibles á los mortales; mas ni teme apariciones, ni le aterran hombres vivos. Travesuras del viento. ¡Belcebú, échate! Échase el perro de mala gana; su amo sigue andando. Ábrese de súbito la puer-

ta; una mujer vestida de negro aparece allí, y se queda inmóvil dentro el umbral. Herculano y Safira se hallan frente á frente, á media noche, en una casa abandonada, sin testigos, si no es la más ciega de las pasiones. Pálidos, mudos algunos segundos, se contemplan: cuando Safira recobra sus espíritus, da cuatro rápidos pasos, un grito, y se echa desmayada en brazos de su amante.





L ánimo generoso encarnado en grandes hechos suele obrar en un delicado corazón de mujer de manera decisiva: la abnegación las exalta, el sacrificio de un hombre que por amor suyo acomete peligros y prevalece sobre la muerte misma, las arrastra á esa dichosa obscuridad en cuyo seno ven las figuras celestiales del amor, y de ningún modo las imágenes austeras de la sana razón. El presente, en estos casos, se lo lleva de calle al porvenir: deshonra, lágrimas, castigo, son espectros que vienen quizá, pero no llegan; el crujir de sus huesos no interrumpe la música con que los ángeles de la malicia están sazonando la felicidad de dos mortales venturosos. Abnegación es la preferencia que las personas dotadas de alma sensitiva y nobles propensiones suelen dar al objeto de su cariño, con detrimento de sus in-

tereses propios; y sacrificio, el presente de los bienes de fortuna, el pundonor y aun la vida, que hacemos en aras de *nuestro dios* por salvarle de la muerte, la ignominia ó la miseria. Los trabajos de Hércules son el símbolo del poder que sobre las mujeres tienen las obras generosas y grandes; y si es verdad que la que se los impusiera, nunca se miraba satisfecha, es asimismo cierto que con cada nueva hazaña por ella exigida quería decirle al semidiós su amante: «Si eres tan valeroso que venzas al león de Nemea, posecrás mi corazón; si eres tan atrevido que vayas y robes las manzanas de oro del jardín de las Hespérides, yo te amaré; si eres tan humilde que, por obedecerme, acometas á barrer los establos de Augías, creeré al fin en tu cariño.» Sabido es que en las aventuras mayores de marca, los caballeros andantes se encomendaban á sus damas, y que las damas, por su parte, recibían este homenaje como debido á su amor y su belleza. Con el nombre de Oriana en los labios, Don Amadís se bate por las espadas, arremete jayanes, corta cabezas á gigantes desemejables. «¡Oh, señora mía Oriana, á la vuestra hermosura encomiendo el llevar á felice cima este

duro trance, y en las vuestras manos van puestas ahora mi vida y mi muerte: enviadle un pensamiento á este vuestro enamorado caballero, quien, si por la fuerza de su brazo no es acreedor al amor vuestro, bien merecidos se tiene el desdén y el olvido pertenecientes al villano y el cobarde.»

Perseverancia suele ser una de las virtudes más difíciles, y por el mismo caso, más rara en los hombres. Esa reconcentración de las potencias humanas en un solo objeto durante años enteros; esa tenacidad en amar sin correspondencia, servir sin retribución, desear sin cumplimiento, esperar sin término, vivir atada el alma en el seno de una triste noche sin asomos de luz por ninguna parte, son obras de héroes, los héroes del desengaño, quienes, si nada esperan ya de la constancia, buscan su dicha en la voluptuosidad de la desgracia. La desgracia tiene también sus incentivos: desgraciados hay tan bien avenidos con su suerte, que por nada consentirían en pasar á mejor fortuna: suspiros profundos, lágrimas secretas, sinsabores fieles, soledad querida, quejas al cielo, palidez romántica, abatimiento amable, toques son de verdadera felicidad; felicidad negativa, pero

de grato sabor para ciertos corazones organizados de tal modo, que, en siendo poesía, aun cuando sea la de la tumba. Si llegaran al fin á ese punto luminoso, en el cual tienen puesta la mira, ¡qué mundo de dichosos dolores desbaratado en un instante! Recuerdos son escombros de bienes pasados. Yo presumo que un hombre que hubiese vivido veinte años amando, deseando y siguiendo á una mujer, si alcanzara al fin correspondencia; si esa mano fugitiva viniera al fin á caer en la suya; en plena posesión del objeto apetecido tanto tiempo, se retiraría á meditar triste en su memoria, andando por entre sus recuerdos como por entre las ruinas de una ciudad famosa. Petrarca no hubiera querido, sin duda, que Laura viniese á ser suya al borde del sepulcro, después de treinta años de amor y constancia: la poesía estaba requiriendo que el poeta muriese con su pasión nunca satisfecha, y á la vejez llorase á su casta amada, dormida en la sepultura veinte años había. Este poeta es raro ejemplo de constancia: amó toda la vida, y nunca á otra mujer: si halló correspondencia en lo profundo del corazón de Laura, nadie lo sabe. Dicen que el señor de Sales, habiendo consentido en que Petrarca cele-

brase á su mujer, súbitamente mostró enojo y tembló de cólera en razón de cierta palidez y tácita melancolía que comenzaron á empoetizarla. Petrarca ganó una soledad abrupta, y allí, llorando su desventura y cantando sus amores, solo, absolutamente solo, vivió diez años, sin hacer otra cosa que amar, llorar y pulsar la lira, echando suaves rimas llenas de amorosa pesadumbre. Sus sonetos *in vita di Laura*, sus canciones *in morte di Laura*, descubren el manantial inagotable de sensibilidad de ese pecho, el mar de amor que abrigaba en ese corazón de santo, santo de amor y dolor, á quien el amor y el dolor han levantado altares los siglos posteriores.

La casita era pequeña, metida entre grandes árboles: una fuente viva estaba hirviendo de día y de noche entre el jardín y el patio: su melancólico dueño pasaba horas enteras en contemplar las burbujas que nacían y perecían en sucesión interminable, imaginando acaso que así somos los hombres, como esas bombitas de agua que van brotando unas tras otras, y se inflan éstas donde ésas se apagan. Una roca negra, erguida allá, era guardada de cuervos por la noche: el croajar de estos aciagos pájaros, junto con el

grito del mochuelo, formaban dulce música á los oídos del poeta de la tristeza. Laura murió: su amante, que la había cantado en vida, comenzó á llorarla muerta: cuando le hallaron, el último día



de su tiempo, sentado en un sillón antiguo, puesta la frente sobre un libro in-folio, muchas horas había que era muerto: frío estaba; pero dicen que, envuelto en un calor sobrenatural, un nombre parecía estar palpitando en sus labios. Francisco Petrarca era buen cristiano: al mo-

rir dijo «¡Dios!», sin duda; pero después de este santo nombre, otro sonó apenas, en locución tímida y misteriosa: cuando el moribundo hubo dicho «¡Laura!», ya nadie existía en esa casa.

Los que viajando por la Provenza lleguen á Aviñón, la antigua Babilonia de los papas, pregunten hacia dónde está Valclusa: probable es que no hallen ni paredes de la casita de Petrarca, el amigo de Rienzi, el amante de Laura, el rival del señor de Sales; pero la peña negra, la fuente viva, allí han de estar: la peña vive más que el hombre, y los días del agua son más largos que los nuestros. Dicen que el cuervo y la corneja viven cien años: para hallar en Valclusa un contemporáneo de Petrarca, sería menester un ave que viviera quinientos. Importa poco no halléis á nadie: ¿no se anda el viajero por las calles de Pompeya sin topar con sus habitantes? ¿No entra á sus casas sin llamar á la puerta ni preguntar por su dueño? Si en Valclusa oís un roce apenas perceptible; si veis la sombra de una sombra pasar de un escombros á otro en siendo el crepúsculo, decid que es el alma del antiguo residente de esa quinta. Mas no le busquéis compañera: esto sería levantar calumnia y hacer ofensa á una fiel

esposa y santa mujer. Si Laura amó, su pecado fué un secreto; pecado del corazón y nada más: al deber, á la honra, ciega obediente fué toda la vida: mujeres de su perfección no caen en mal caso. He visto una estampa que representa á Laura, señora de Sales, bañándose en un jardín: una cabeza masculina, una cara pálida se está entretanto asomando por una ventana; unos ojos ávidos están devorando esos divinos miembros. ¡Pobre Petrarca!..... Ese instante de tortura fué el único triunfo de su vida. Triunfo no; no fué sino un robo: Laura no tenía noticia de esa profanación apasionada. La corona con que ciñeron sus sienes en Roma, canonizándole para la gloria en festividad sublime, hubiera sido menos para él que un rizo de la rubia cabellera de Laura, ó un beso de fuego estampado en la mejilla de ese ángel adverso. Para ejemplar de constancia, Francisco Petrarca: Abelardo mismo había olvidado á su Eloísa á los veinte años de separación, ¡ingrato!, y ella, después de veinte años de encierro, le amaba todavía con ese fervor, ese delirio con que fué su querida desde luego ante las divinidades de la noche y el silencio, y su esposa después ante el Dios de la luz y ante los hombres.



En la ciudad de Florencia, capital de la Toscana, se veía hasta no ha mucho salir todas las tardes de un palacio un caballero sobre un morcillo elegante, cuyas herraduras iban hiriendo ruidosamente las losas del malecón. Este palacio existe todavía *lungo l'Arno*, como dicen allí, lo cual quiere decir á orillas del Arno. Las casas de los ricos en las ciudades principales de Italia, todas son palacios de piedra viva y mármol: en Roma el palacio Torlonia, en Génova el Pallavicini, son simples casas de personas particulares; y así en Milán, Ferrara, Venecia, Nápoles: pero ¡qué casas! Las columnas monolitas del palacio Torlonia las envidiarían las Tulle-rías: altas, gordas, negras, allí se están cual fantasmas obedientes que tuvieran sobre los hombros las residencias encan-

tadas de los cuentos árabes. El granito, el mármol, por todas partes: Carrara es pródiga de sus tesoros: sus entrañas sirven á la grandeza de potentados y señores, y ora son el fundamento de grandiosas fábricas, ora su gracia y ornamentación artística. El palacio de Boboli, en Florencia, es un portento: edificio lóbrego por fuera, semejante á los alcázares de los moros, risueño y espléndido por dentro. Su fachada ó frontispicio es de piedra negra sin barniz ni afeite de ninguna clase: embadurnar una obra maestra, allá se va con afeitarse una mujer hermosa: el mérito se queda oculto, oprimido debajo de la infame pintura, y la belleza está gimiendo su desdicha, á tiempo que maldice la impoética vanidad de los que así procuran destruirla. Al lado de Boboli no hay palacio que levante cabeza: ésta fué la mansión del Gran Duque antes de la unidad italiana, y como tal, es alcázar regio. Pero casi todas las casas de *lungo l'Arno*, ó el malecón, son magníficas moradas de gente de facultades. De una de éstas salía, como queda dicho, un caballero todas las tardes, y ganaba la colina de Galileo, ó cualquier otro lugar sin pueblo ni testigos, por donde se paseaba hasta entrada la noche, hora en que las

herraduras de su caballo volvían á asordar la casa, atrayendo al patio gran número de criados y servidores respetuosos.

Va siempre el caballero vestido de negro: cabizbajo, sombrío, nadie le oye una palabra. Rueda su corazón en un mar de pesadumbre, mar proceloso, cuyas olas se levantan hasta su rostro y sacan afuera el intenso dolor de ese hombre. Á pesar del luto de su alma y su cuerpo, es elegante, aristocrático; respeto impone, si no infunde simpatía, y á nadie le es dado pasar cerca de él sin dejar ir tras él los ojos. Algo hay de horror en esa persona gigantesca, austera, silenciosa: el vulgo le juzga nigromante, y le teme; la clase ilustrada ve en él un misántropo digno de un poema de lord Byron. Este lúgubre caballero es el conde Alfieri, autor de las catorce tragedias que todos han leído. Su dolor es un amor inveterado; su silencio, la desesperación oprimida. De repente el conde Alfieri desapareció de Florencia; nadie supo adónde se hubiese ido, ni hubo quien no preguntase: «¿Por qué no sale el Conde? ¿Adónde se ha ido el Conde?» Y en verdad que hacía falta las tardes, á las cinco, ese hermoso fantasma negro, yendo paso á paso á lo largo del baluarte, agachado, pero soberbio. Al

cabo de algún tiempo los periódicos de Viena y Berlín hablaron del conde Alfieri; Alfieri estaba en Alemania. Supieron después los florentinos que su poeta trágico se hallaba en Madrid; más tarde en Londres. Volvió á París, en donde ya estuviera, y de allí, por fin, á Florencia, su patria. Una tarde, después de mucho tiempo, los florentinos vieron á Alfieri salir de su palacio, con su mismo aspecto antiguo, y seguir sus costumbres, sin saludar á nadie, como si no hubiera faltado un día. El vulgo nada pensó ni dijo; pero los Argos de la ciudad echaron de ver que el viaje del Conde había durado el mismo espacio que el de la Condesa de Albany, mujer del pretendiente al trono de Inglaterra. Echaron de ver asimismo que la Condesa había estado en España, Alemania, Francia é Inglaterra, en las propias ciudades donde Alfieri se halló por casualidad. Casualidad no fué; antes bien, propósito y manera de obrar con pleno conocimiento de causa. El poeta iba siguiendo las huellas de esa mujer, ponía el pie en el punto donde ella había puesto el suyo, se agachaba, besaba las piedras con devoción ferviente. Amor era el del conde Alfieri; amor de esos que echan raíces en todo el cuerpo, y surcan

la razón, y abrazan el espíritu, bien como el haya se apodera del circuito donde nace, y oprime y asegura la tierra con sus uñas como garras de águila. Amor secreto, mudo; amor misterioso, en el cual ciertos fanáticos creen más que en los dogmas de la religión. Sombra taciturna, lenta, Alfieri va tras la viajera; ella no lo sabe, y si lo sospecha, vuelve, quizá, á hurto de su marido, los ojos llenos de inquietud á ese espectro que va arrastrando por medio de esa magia negra que ciertas mujeres poseen inconscientes, como ciencia infusa por el dios de las pasiones. Nunca se le llega la sombra; pero la ve de lejos, la hace temblar con esa mirada en la cual está rebosando el magnetismo de la felicidad revuelto con los deseos tempestuosos del crimen. Veinte años vive ya este amor, alimentándose en las entrañas de ese hombre con los sucos más delicados de su naturaleza; ingenio, sed de gloria, afecto por los seres que le rodean, todo sirve para la mesa en que la reina de las pasiones, hambrienta é insaciable, está devorando la vida del que en su seno la mantiene. Amor violento, como el de los serafines; amor eterno, como el de los ángeles; para ese hombre, en esa mujer está encerrada la

creación: felicidad, desdicha, cielo, infierno, todo es ella: con ella, la gloria sin fin; con ella, los suplicios perdurables; sin ella, el Paraíso sería un desierto desesperador; con ella, campos de luz y bienaventuranza los abismos. Pero ese amor es gigante mudo; sus anhelos, encadenados como fieras dentro de su pecho, no rugen; tristeza sin suspiros, desesperación sin alaridos, es ésa una tempestad cuyos rayos y truenos se están devorando ellos mismos en mudez aterradora. La esperanza, como un feto monstruoso que nunca llegara á sazón, se está allí, en lo más íntimo de su sér, fomentando las pasiones, cual dios mitológico informe y perverso que infundiera dolores en planta de deseos, y causara equivocaciones entre el bien y el mal, entre la dicha y la desgracia.

Amaneció un día, día de luz para Alfieri, de libertad para su amada: el Conde de Albany había muerto. Alfieri vuela al palacio de la viuda, se tira de rodillas por ese suelo, y exclama desesperado: «¡Aloysia, te amo! ¡Veinte años ha que te amo!» Aloysia de Stolberg, Condesa de Albany, viuda del último de los Estuardos, fué luego condesa Alfieri. Ese matrimonio sobre las cenizas calientes del difunto, de sangre real, parecerá estar deponiendo

contra la viuda; mas no es así: Aloysia de Stolberg vivía separada de su marido, el cual, bebedor consuetudinario, y por el mismo caso violento y brutal, había dado ocasión para que el Papa los separase con su autoridad soberana, sin declarar, con todo, disuelto el lazo conyugal. El viajero que visite la célebre iglesia de Santa Croce, en la capital de la Toscana, verá un suntuoso monumento, hacia el centro, á la derecha, y en su lápida de mármol, esta inscripción:

ALOYSIA, CONDESA DE ALBANY,
Á VITTORIO ALFIERI.

—
Canova sculpsit.



HEMOS hecho del corazón de César un triángulo cuyos lados son las tres pasiones preponderantes de ese héroe: amor, sed de gloria y ambición; el de Alejandro, en nuestras manos se ha convertido en esfera luminosa que gira encumbrada y rápida por los espacios de lo infinito; el de Napoleón se nos presenta en forma de cuadro inexpugnable, donde los monarcas se estrellan, por cualquier lado que embistan. Las pasiones de Byron y de Goethe semejan la parábola, cuya abierta curva es capaz de abrazar un mundo entero; Chateaubriand y Lamartine, más modestos, describen con sus pensamientos y deseos una elipse, figura de dos focos, en uno de los cuales brilla el amor divino, al paso que en el otro está ardiendo el amor mundano. Nuestra geometría moral está completa. Pero estos dos últimos personajes, tan apasionados, tan poéticos, tan

singulares, ¿no tendrán término de comparación en esta nuestra ciencia de Euclides, acomodada al dios Apolo? Sí, por cierto: las pasiones de Petrarca y Alfieri describen un círculo perfecto; sus radios van á dar á un centro equidistante de todos los puntos de la circunferencia, sin que jamás pierda su regularidad esta figura hermosa. Laura en el uno, Aloysia en el otro, son los centros en torno de los cuales viene girando el alma de esos dos poetas de la constancia: ni desdén los soberbece, ni frialdad los entibia, ni imposibilidad los abate: ¡qué hombres! Para la indiferencia, solicitud; para los obstáculos, esfuerzo; para las repulsas, lágrimas. Sabían ellos que el agua, con ser tan suave, cayendo gota á gota sobre la piedra, forma una oquedad en ella, y se la entra al corazón al cabo de cien años. Nada resiste á la acción constante y larga de un agente cualquiera; este agente llamado amor, que no es agua, sino fuego, ¿qué no vencerá al fin? ¿qué no incendiará? ¿qué no devorará? Las aras de los santuarios milagrosos están hondas y desfiguradas de tanto besar en ellas los peregrinos, y nosotros hemos visto una piedra en la cual el vulgo dice haber puesto el pie un santo, cavada alrededor por los labios

de los devotos. Enamorados quebradizos, enamorados inconstantes, á quienes un año de labor del corazón descorazona, ya habéis visto que Alfieri amó veinte años, y Petrarca toda la vida. Amad, amad; amad veinte, treinta, cuarenta años; y si la fada Morgana os convirtiere en cuervos, amar heis cinco siglos, porque mientras durare el encanto, vuestras pasiones no perderán un punto. Pero vais á responder: En cuarenta años de amor, ¡qué de revoluciones desastrosas en la belleza de las nuestras dulces enemigas! ¡Cuántas tersuras idas, cuántas arrugas venidas, cuántas rosas apagadas, cuántos lagrimales encendidos, cuántos negros rizos blanqueados, cuántas blancas manos ennegrecidas! Mirad esos ojos que brillaban cual estrellas obscuras, grandes, rasgados, límpidos, hoy opacos, mustios, recogidos; un ribete colorado los circuye; las pestañas, esas pestañas pobladas, encorvadas, en cuya hondura mil almas quedaban presas, volaron con el viento. La mejilla no es esa convexidad purpurina por cuyos declivios iban rodando voluptuosamente los amores, sino una como bolsa vacía, cuyos escudos de oro se fueron en vanidades y placeres. Esa garganta blanca, aterciopelada, suave á la vista,

que parecía obra maestra de un ángel pulidor, parece hoy el arma de una Euménide, donde esta fea deidad pulsara entonaciones infernales con sus uñosos dedos. La boca....., ¿se os acuerda esa boca? ¡Qué boca! Sus labios, grosezuelos, ardían en el fuego que las vestales arrancaban del sol; tras ellos, asomándose de cuando en cuando, los dientes, de puro esmalte, provocaban á tomar el toque con un instrumentito de oro. ¡Cómo hubieran resonado argentinas y puras esas piezas maravillosas! Hoy se ven allí tres ó cuatro piquetes mal clavados, que si atamos en ellos una mosca, se va con estaca y todo. Yo quedaré por impostor si no es toba esa capa amarilla que los cubre. Y esos dos pedazos de cuero con cerda mal pelada, que están allí sin poder acabarse de cerrar, ¿son los consabidos labios, cuyo color era el de la yema del dedo de un serafín femenino? ¡El pecho....., el pecho! Esa almohadilla de raso blanco de la China, embutida de claveles rojos, por entre cuyas eminencias, gordas, duras, erectas, pasaba un canal misterioso; ese pecho, por poco no es ahora guarida de murciélagos: seco, hondo, obscuro, terror infunde.

*¡Tente, impío!», va á exclamar alguna

adoradora de su *divinidad* pasada, que se siente grande en sus recuerdos. Y tú, y vosotros, ¿no habéis hecho el propio camino? Si mientras á nosotras nos convierte en arpias el tiempo, este viejo encantador tan enemigo de la hermosura, vosotros siguieseis disfrutando de la flor de la edad, pase aún que os solazáseis con darnos cantaleta; pero si donde nosotras parecemos nueces pasmadas, vosotros sois escopetas de piedra orinecidas y rotas, ¿qué nos venís con zarandeos? Diente por diente, amigo: entre el hombre y la mujer, el talión, ese Radamanto invisible, hace justicia: diente por diente, ojo por ojo, viejo por vieja. ¿Acomoda?»

Habló la señora como un oráculo; aquí no hay sino echar pelillos á la mar, hacer alianza ofensiva y defensiva entre hombres y mujeres, y oponernos á viva fuerza á las irrupciones de los bárbaros, que son los años. Tanto dará que lo tomemos al tiempo, el viejo encantador, y con empulgueras lo pongamos á buen recaudo. Preso una vez este bellaco, no habrá calvas ni desmotadas; ni hablará ninguna como por máquina, echando flema y chispas envenenadas; ni se le arrancarán de secos los brazos; ni los ojos se le convertirán en fuentes de amargura; ni las

orejas parecerán en ellas hojas secas de piruétano; ni las manos se le convertirán en ganzúas de diablo ladrón; y las querremos diez, veinte, treinta, cuarenta años, y aun más si fuere menester, puesto que á la frescura y la belleza del cuerpo acompañan los primores del alma, que son fidelidad, honestidad, modestia, diligencia y más virtudes, sin las cuales, aun cuando permanezcan jóvenes y hermosas como Abigail á los diez y siete años, no las querremos jamás los varones de corazón bien formado y juicio recto.





DON JUAN DE FLOR



Si el carácter de este hombre no estuviera dentro de la jurisdicción de la naturaleza, imposible hubiera sido imaginarlo. Don Juan de Flor no es como don Juan Tenorio, sino más feliz, más sincero, menos veleidoso y mucho menos pícaro. En cuanto á enamorado, su vida ha sido amar, amar en todo tiempo, en toda forma y en forma; porque éste sí que ha amado con el corazón, ha amado con el amor, no con la vanidad, como los necios; ni con la codicia, como los ruines. Amor de alma bienaventurada: inocente, puro, glorioso. Amor de paloma: voraz, insaciable, fuego nunca extinto. Amor de águila: alto, atrevido, soberbio. Amor de león: grande, airado, temible. Amor de serpiente: colérico, sanguinario, feroz. Amor de céfiro: leve, ligero, mudable. Amor de bóreas: rápido, arremolinado,

turbio. Amor de clavel, de jazmín, de tomillo: fresco, fragante, una delicia. Amor de monte, amor al cielo; amor de valle, amor al abismo. Amor de mar: ancho, largo, casi infinito en todas direcciones. Dicen que el primer amor es el profundo y verdadero: Don Juan ha tenido cuatro ó cinco primeros amores, cinco ó seis de segunda clase, y serán sobre diez ó doce los amorzuelos como pintadas mariposas que vuelan sobre el jardín de la vida batiendo las alas y chupando azucenas y margaritas. Estos amores ínfimos, ó amorzuelos, son pajarillos alegres que hierven alrededor de un hombre de natural sensitivo y delicado, bien como una muchedumbre de jilgueros chacotean y hacen bulla poética sobre las plantas y semillas que les incitan el apetito. Estos amores suelen causar un escozor agradable dentro del pecho, escozor que no corre al fondo y va á lastimar las capas del corazón. Un amor de tercera clase, ni ocasiona desazones profundas, ni labra despechos, ni es fuente de trágicas aventuras; pronto y liviano, se levanta como el favonio, corre, vuelve, huye y desaparece. Risueño como el arco iris, brilla con cien colores y se apaga cuando el sol se pone. Sobrio como un espíritu, se contenta con

una mirada, una sonrisa, un término impregnado de vagas esperanzas. Este amor no quita el sueño ni el hambre; come uno con él de buena gana, duerme sin pesadillas, levántase tranquilo, vive contento, y no le hace verter lágrimas silenciosas arpa lejana y gemebunda; ni le arranca ayes del pecho luna que se está asomando despacio por entre una rasgadura de calladas nubes.

Los de segunda clase han subido mucho: son gigantitos de menor cuantía, que suspiran mirando al cielo y alargan la mano á las estrellas. Éstos saben ya lo que es padecer, llorar y morirse, aunque no morir todavía; son monstruos segundones que dan golpes asaz violentos, producen insomnios, excitan á empresas y las acometen tanto cuanto arduas é inasequibles. Los amores de segunda clase nos ponen desmejorados si no son felices: callar es necesidad; reímos poco, sonreímos con una como amargura sospechosa; de cuando en cuando el corazón nos sorprende con un suspiro de bulto, que sale estrecho por la garganta, fuerza los labios y hiere los oídos de los circunstantes, preguntándoles tristemente: ¿Qué tendrá mi dueño? Si son felices, nos tienen llenos de luz los ojos; la alegría, en

largos derrames, nos inunda el semblante y pasa á comunicar con nuestros amigos. Todo posee la virtud de sernos agradable: un amante afortunado no aborrece á nadie; al contrario, el género humano es objeto de su cariño; afectuoso con los hombres, tierno con los niños, bueno con los animales, vuelve á la naturaleza en caudales de gratitud la satisfacción que de ella recibe por medio de ese agente de placeres y felicidades que llamamos amor. No así el triste apasionado sin correspondencia, ó aquél á quien honra, deber, obstáculos é imposibles, se le ponen de por medio y le defraudan de los triunfos que ya tiene alcanzados en los corazones. Éste sí que anda solo y cabizbajo; habla con dificultad y aspereza; el odio le resarce de las pérdidas del amor: ¡ay del mísero que le importune en una de esas negras horas de melancolía en que está gimiendo interiormente y rebelándose contra el mundo, que le oprime y subyuga! El amor sin ventura, cuando no se resuelve en un mar de lágrimas, está nadando en cólera; es ríspido, precipitado, violento. ¿Con qué derecho quieren que él contribuya al bienestar de los demás, cuando él no recoge de sus semejantes y el mundo sino desengaños, amarguras y

pesares? ¡Bueno está para hacerle versos á la niña en su cumpleaños, porque se los pide su novio, ese bribón que va á alcanzar su mano y coger la dicha con la suya! Bruto.... Y ¿por qué no los hace él? ¡Si es necia la señora! ¡Venirle con que le dé fiados cuatrocientos pesos á uno que no puede hallar ni una sonrisa donde la busca ansioso, ni una mirada, ni un término de consideración! Ha de ser buscona y menguada la vieja..... ¿Por qué no esperó esa ave sonsa que el caballero hubiese obtenido un apretón de manos, un «vuelva usted», una cita, un sí? Entonces, más que franco, pródigo, le diera el triple de lo que ella ha menester. La felicidad es dadivosa; el amante feliz es capaz de darle los ojos de la cara al que está pasando por la calle: la desgracia en amor es cutre, avarienta; no hay cosa que no rehuse. El enamorado mal correspondido anda solo por los extramuros, llorando hacia adentro, sin decir palabra, lánguido, tímido, casi ridículo, cuando la majestad del dolor no le vuelve augusto y sacrosanto; ó es grosero é impetuoso; va por las calles rodando sobre el carro de la furia, se estrella con los que vienen de vuelta encontrada, les da de empellones, los insulta ó los desprecia

con brutal silencio. Nadie negará que tenemos días en la vida de salir ex profeso á buscar con quién habérmolas, á desahogarnos con romperle la cabeza á un amigo cualquiera, á quien llamamos á tiempo canalla y pícaro; á producir un escándalo, una cosa, en fin, nueva y rara, que haga distracción á las horribles sensaciones debajo de cuyo peso nos consideramos los hombres más desdichados de la tierra. Pues todo eso no es sino ausencia de bien, el bien del siglo, bien profano; falta de goce, sobra de mal, desgracia que nos vuelve negra la luz, amarga el agua, desierto el mundo ó cuajado de fieras y sabandijas.)

El amor de primera clase es príncipe coronado: coronado de laurel, si dichoso; de espinas, si desdichado. Personaje principal en todo evento, grande siempre, ora en sus triunfos, ora en sus derrotas y caídas. (El amor de primera clase, amor alto, amor profundo, ese que arde chisporroteando de manera de meter fuego al cielo y la tierra; ese amor ciego que rompe el pecho con la fuerza de su vista; ese amor fuerte que derriba columnas y edificios; ese amor sutil que se cuele por rehendijas de puertas y ventanas; ese amor alado que vuela y devo-

ra distancias; ese amor atrevido que acomete aventuras increíbles; ese amor insolente que se les sube á las barbas á padres, madres, reyes y sacerdotes; ese amor voraz que consume el alma y reduce el corazón á un puñado de polvo negro; ese amor santo que diviniza el objeto amado; ese amor satánico que le arrastra consigo á los infiernos; ese amor alto como el firmamento, hondo como el Océano, impetuoso como el huracán, encendido como la fragua, ése es el de primera clase; y éste no suele buscar albergue en pechos mezquinos ni corazones broncos, mas antes en esos que resuenan con el amor como la bóveda celeste con el trueno; donde los placeres sonríen como relámpagos y los dolores rugen cual Euménides en los ámbitos lóbregos del Tártaro. Los amores de tercera clase sobreabundan: son mariposas en el prado,avecillas en el huerto. Los de segunda clase no son ya tan comunes. Los de primera son raros: son cometas que comparecen en el horizonte después de largas revoluciones, por órbitas que abrazan mundos desconocidos, aunque en períodos de término sujeto al cálculo. Estos amores grandes, amores fieras, amores dioses, son fatídicos ó propicios para el

género humano: los de Adán y Eva nos han perdido; los de Paris y Elena perdieron á Troya, y fueron elemento de la *Ilíada*; los de Antonio y Cleopatra fundaron el imperio del mundo y la paz de Octavio. Estos son amores de primera clase, amores monstruos. Dicen que los griegos antiguos no conocieron el amor; ¡bendito sea Dios, que no somos griegos antiguos! Conocerlo, no lo habrán conocido; abrigarlo en el pecho, y terrible, lo abrigaron. Clytemnestra, dando de puñaladas á su marido y limpiando el puñal en la cabellera del difunto, caliente, es una feroz enamorada: Egisto sabe si le quiere. Hermione, la bella Hermione, mandando asesinar de celos y venganza á Pirro en el umbral del Himeneo, es una feroz enamorada. Policena alargando la mano al enemigo de su padre, al matador de Héctor, el furioso Aquiles, es una terrible enamorada. Y Fedra, otra mujer de Putifar, empeñada en seducir al hijo de su marido; y Medea, la loca Medea, corriendo tras el amante que la huye; y Ariadna, que está llenando de lamentaciones desesperadas las riberas del mar, ¿no aman, no conocen el amor esas mujeres? El moro Abindarráez no fué griego antiguo, y por eso

la mora Jarifa la más dichosa de las mujeres. Cuando esta bella granadina, ardiendo en llamas celestiales, le decía á su amante: « Hazme mujer tuya, y llévame; si tú libre, yo libre; si tú cautivo, yo cautiva »; y el moro, apasionado, la juraba la fe conyugal para ir á entregarse, junto con su esposa, al alcaide de Antequera; éstos, digo, sabían lo que era amor de primera clase y lo sentían en el pecho. El doncel de Don Enrique, cubierto de todas armas, baja la visera, retando á Hernán Pérez en su delirio, y reconviniendo á Elvira, abrigaba en el pecho amor de primera clase. Diego Marcilla, muriendo con Doña Isabel de Segura, cual nuevos Romeo y Julieta, amaba con el amor grande, amor de primer orden. Este amor es unas veces vida, otras muerte: ved allí ese joven escuálido, de miembros cenceños, mirada turbia, cabeza lánguida y paso triste; vedle si recobra el fuego de los ojos, el color de las mejillas, el garbo del porte, la robustez del cuerpo, y vivo, alegre, pronto concilia animación y placer á cuanto le rodea. ¿Qué transmutación es ésa? ¿De dónde esa salud imprimida en su persona, esa gloria derramada en su alma? Dió en el hito de sus anhelos, y el amor triunfante

es mago que de tristeza hace alegría, de obscuridad luz redentora, de cadáveres hombres que rebosan en espíritu de vida. Ahora, por el contrario, decidme, ¡oh Dios! decidme, ¿no echáis de ver cómo los ojos se apagan; cómo el sonrosado decae en esa hermosa niña; cómo los carrillos, voluptuosamente repujados, se van hundiendo; cómo los labios rubicundos palidecen; cómo la garganta se adelgaza y alarga; cómo el seno pierde la convexidad grandiosa por cuyos declivios gustaban de jugar resbalando los amores; cómo el donaire de la persona se vuelve flojedad y desfallecimiento? Cuando esa niña hablaba, las musas invisibles estaban secreteando en sus labios; cuando reía, las Gracias la señalaban sonriendo como el dechado de la modesta alegría y la belleza; en callando, su silencio mismo era armonioso y seductor. De pie, una imagen de la Virgen; andando, una ninfa de la mitología. Ahora es un espectro: sombra taciturna, va á desvanecerse y perderse en las regiones del olvido. Murió; murió de amor: amor es muerte en ocasiones, amor es vida; el amor grande es vida ó muerte.

Don Juan de Flor es uno que no ha perdido punto de tiempo en que no en-

viase el corazón al cielo, ya por este lado, ya por ese, ó al infierno en los amores terribles, esos de desconfianzas, cóleras y desesperaciones. Á los siete años de edad ya era familiar con los ensueños, los devaneos, las esperanzas y las pesadumbres del amor. Desde entonces hasta hoy, pues vive el monstruo, no se acuerda haber pasado dos meses sin amores, un día sin delirios, ni una hora sin tormentos ó sin júbilos. La protuberancia que el Doctor Gall señala como el órgano de la más pungente de las pasiones, en su cráneo es enorme; en poco está que no sea una deformidad, puesta sobre el colodrillo á modo de escollo á flor de agua, debajo de ondas espesas de cabello ensortijado y negro. Hombre de grandes facultades intelectuales y sensitivas, el amor prevalece sobre todas y las gobierna cual hélice de esa naturaleza tempestuosa. Centro de sus pensamientos, el amor; centro de sus afectos, el amor: en torno suyo está girando perpetuamente sin género de mudanza. «Sólo el objeto varía, dice; el amor siempre es el mismo»; y haciendo pie en principio semejante, se da á entender que la constancia es una de sus virtudes, aun cuando vaya tomando la flor de planta en planta,

y dejándolas en triste marchitez. Niño aún, se puso á suspirar por una cierta Aloysia, cervatilla vivaz, que morando vecina, de la una casa á la otra no hacía sino un salto, con esas piernas blancas, gordas, que en las estatuas griegas rechazan el vestido. Aloysia le llevaba en edad: sobradamente viva y alegre, no era para comprender la pasión infantil de ese muchacho, el cual la estaba contemplando separado y taciturno cuando ella andaba á saltar, gritar y revolver la casa con la muchedumbre de granujas que allí concurrían de los alrededores. Cabrita de los rebaños de Virgilio, de esas que se encaraman en las peñas y alcanzan la flor del cactus con la rosada lengua, Aloysia hacía prodigios de agilidad y presteza en sus juegos procelosos. El otro, poeta en ciernes, principio de filósofo, línea ó punto de una figura complicadísima veinte años después, era espectador mudo, y algunas veces víctima inocente de esa que, siendo tierna Dafnis, se convertía con frecuencia en Medea enfurecida, y le pinchaba las orejas á carrera, llamándole «hermanito». Don Juan de Flor levantó un día un templo con trozos de teja usada, lodo batido con sus manos y cañitas silvestres para el maderamen ó

techumbre. De cera blanca labró una figurilla, tanto cuanto bien hecha, y la colocó en uno que él tuvo por altar. El templo, menor que él; pero así adoraba desde afuera á su divinidad, pues á ese entecillo insensible lo vistió de púrpura y lo llamó Aloysia. Anduvo el tiempo, vino la ausencia; Don Juan no sabe quién habrá sido esa por él idolatrada, á menos que no la tome por tal á la mujer madura que le iba cogiendo las vueltas y recordándole su nombre con llamarle ingrato.

Creció Don Juan de Flor; fué estudiante: ni de gentil parecer, ni de prendas físicas que le recomendasen á los que estiman fuerza y hermosura, si no era una altitud de frente y una mirada con las cuales pudiera contrarrestar los disparos encendidos del padre de los dioses. En siendo preciso venir á las manos, allí estaba él, y al más pintado le ponía en calzas prietas, aun cuando de él á su contracampeón fuesen cuatro años y dos palmos de cuerpo. En la clase, el primero; en los juegos, nunca el segundo; en las guerras, don Jaime *el Conquistador*. Activo, tempestuoso, infatigable, héle allí acurrucado en una ventana de los claustros, lejos de sus compañeros, pálido el rostro, profunda la

vista, inmóvil y callado como una estatua diminuta del silencio. Las accesiones de sensibilidad empapada en lágrimas, los arranques de dolor sin causa, las oleadas de tristeza que caen sobre él, son de tal modo frecuentes, que harto descuentan sus amarguras los triunfos efímeros del buen humor transitorio. Melancolía, inquietud, silencio, todo es amor en ese niño; ya es amor. Donde los otros ríen, llora él; donde los otros juegan, padece él; donde los otros se manifiestan ignorantes de los secretos del alma y las zozobras del corazón, ama él; y es un loco. Somnábulo apasionado, levántase á media noche, y va á tirarse de rodillas delante de la fantástica hermosura que la fiebre de su sangre le está enseñando allí, sentada en un sillón de su aposento. Don Juan de Flor es uno que no puede amar sin correspondencia: timidez, vanidad ó noble orgullo, donde su corazón, latiendo sobre otro, no le despierta al primer golpe, no se apasiona ni echa lágrimas que no enjuga mano amiga. Las penas del desengaño no las ha devorado; las vergüenzas del desaire nunca le han humillado; y esto de raro en él, que sus grandes pasiones han nacido siempre de la imperceptible iniciativa de las sus dulces

enemigas. Teodosia le ganó el corazón con el corazón, se hizo amar con el amor. Un día, mirándole sin pestañear, al frente de él, inmóvil, en silencio, la bella señorita rompió en llanto y cayó á sus plantas sollozando desesperadamente. Las puertas del Paraíso le fueron abiertas á Don Juan desde ese instante, y rebotó como un sér bienaventurado adentro de esas regiones encantadas; y tan poético su delirio, que pasando por la calle de la hermosa, la veía en su balcón sin que ella estuviese presente, y él iba andando como en el aire, sobre el suelo, convertido en espíritu á quien rodeasen y alzasen llamas invisibles. Tienen avistamientos secretos estos dos amables locos; la iglesia es el teatro de sus goces immaculados, sus dolores celestiales. Margarita arrodillada ante la Virgen santa, pidiéndole fuerzas para resistir las seducciones de Fausto, y después bañándola los pies con lágrimas de arrepentimiento, es la figura de esa apasionada muchacha, que llama á su amante hoy á una iglesia, mañana á otra, consumando cada día un inocente sacrilegio. El amor, de paloma sin mancha se convirtió en águila desaforada: las cuatro paredes del templo no ofrecen espacio para ese vuelo infinito; el devorarse con

la vista no les satisface á esas almas hambrientas de placeres y dolores, á esos corazones cuyos vuelcos son tempestades que rugen por encontrarse y confundirse, aun cuando sea en el crimen y la ruina. Armado, resuelto, atrevido, el mancebo es un héroe en su ánimo: rompe por todo, y ha de verla, aun cuando tiemblen cielos y tierra: una vez que se clava de hinojos ante su ídolo, bien en jardín amigo, á la luz del día, bien de noche, en santuario audazmente violado, ese hombre es un Dios por la facultad casi infinita de dar expansión á la naturaleza con esas sus sensaciones, alta y profundamente desenvueltas en su vasto pecho. Teodosia no es huérfana sin amparo, ni pobrecita cuya virtud no depende sino de sus propias fuerzas: hija noble es, y mujer de porvenir, y la suya familia de entronques poderosos y miembros para quienes hasta el cariño secreto sería ofensa de lavar con sangre. Pero Don Juan se las tiene tiesas á todos: si se ha menester la espada, allí está la suya ostentando la marca antigua de Toledo: *No me saques sin razón, ni me envaines sin honor.*

Teodosia se moría; llamóle ingrato, pérfido, hombre de pecho bronco; pero él se fué, jurando mil veces no olvidar y vol-

ver pronto. Se fué el ingrato; y, traidor, no pudo ver una morena de ojos grandes, en cuyas pupilas ardía el fuego devorador de Safo, sin sentirse devoto fanático de esa hurí del cielo de Mahoma. Un poder sobrenatural, bien el de la serpiente que atrae por obra del espíritu de la muerte, bien el de los entes celestiales, que prometen gloria á los que adoran la belleza, influyó en él, y le subyugó, y le privó del juicio. Teodosia es para él un recuerdo temible; mas Lucrecia está presente á sus ojos, y sin ser poderosa á defenderse, se acerca á ese bello monstruo, desmaya, cae debajo del poder del demonio del amor, y se condena en el paraíso de las felicidades criminales y las sensaciones luminosas que fulguran en medio de las tinieblas del pecado. Y ella fué casta, pura, hasta cuando hubo caído en sus manos; manos que arden y devoran y consumen lo que tocan. Lucrecia fué infeliz, tanto más, cuanto que el sueño de los dioses, enajenamiento que trae consigo esos arranques inefables que constituyen la dicha; ese sueño, digo, tuvo pronta despertada, y ver la luz del día fué terrible cosa; fué, en verdad, terrible cosa para ella. Cuando abrió los ojos, su amante estaba lejos, corría el mundo, y ni siquiera

juramentos de volver y llamarla su mujer en ningún tiempo. Perdida la esperanza los recuerdos suelen ser, mientras más dulces, más amargos. ¡Oh, y cómo le roía el corazón los de esos que, cuando era presentes, días eran de felicidad! Venir al galope en su caballo blanco, al por la planicie del frente; descender rápido á la playa, echarse al río, vencer en esguazo poderoso, y, húmeda la frente de sudor, de agua los vestidos, tirarse á sus plantas y adorarla como á divinidad á su vez apasionada; gloria para ella como la del cielo comparable. Un día estaba crecido el río: negro, encrespado, iba furiosamente rompiéndose en las piedras echando al aire altos penachos de olas despedazadas. Lucrecia, entrepareciéndose por un bosque de membrillos, sacó el cuerpo en ademán desesperado, y tendidos los brazos, juntas las manos, le suplicaba á su amante no acometiese á pasar ese homicida torrente. No era Don Juan para dejarse poner miedo ni por la muerte misma: está su estrella al otro lado, al Aqueronte se echara de cabeza. Tiróse al río: su caballo, ni por grande, ni por vigoroso, pudo resistir el empuje violento de ese dragón líquido, que cargó con él rugiendo, y se fué como á echarlo en lo

infiernos á mil leguas de distancia. Si-
guióle con el alma en los ojos la enamo-
rada mujer: cuando ya no le vió, sepul-
tado en una tumba de lodo negro y re-
vuelto, cayó muerta. Pero no lo estaba,
pues cuando Don Juan, chorreando agua
de la cabeza á los pies, le gritó al oído:
«¡Lucrecia! ¡Lucrecia!», abrió los ojos la
difunta hermosa, y volviéndole súbito la
vida, con un tumbo de amor le echó los
brazos al cuello á su amante, exclamando:
«¡Don Juan, culpable sois!»

Después de ésta, poseyó el corazón de
Laida von Krelin, doncella alemana de
las nobles familias de Silesia; pues Don
Juan, en sus viajes, cansado de tanto andar
y tanto ver, se había detenido, como para
vivir siempre, en una ciudad de los Alpes
Marítimos, orilla del Mediterráneo. Llámase el jardín de la Europa esa comarca:
toda es un solo bosque la ciudad de Niza.
Entre el verde claro de los olivares, sotos
de naranjos cargados de gruesos pomos
completamente maduros, hacen la más
agradable figura y pintoresca que uno
puede imaginar. Las casas de recreo son
palacios que están resplandeciendo de
blancos entre la frondosidad de los huer-
tos que los circunvalan: las quintas son
mansiones de hadas, cuyos pies besan las

mil y mil flores que forman sus jardines. Colinas verdes, donde la aceituna se está ofreciendo á la cosecha, sirven como de nudos ó lazos primorosos en el peplum de esa ciudad infanta. El cielo allí, las tardes de verano, es un cardenal vestido de púrpura: pelotones enormes de nubes rojas se mueven lentamente, como peñascos encendidos que el pirofilacio hubiera escupido al firmamento. La luz, casi palpable como polvillo de diamante, llena el horizonte cuando el sol se está poniendo. El mar es un espejo infinito donde se mira el Creador en los instantes más bellos de la naturaleza, la cual está amando apasionadamente al sér invisible que la viste y la mantiene, al paso que convida á los mortales á que suspiren de amor y echen ayes de felicidad. Para los felices no hay ni país desapacible, ni día feo, ni hora menguada: la alegría viste de ella misma á cuanto la rodea, y á sus ojos todo es plácido y alegre. Para los desgraciados, no hay cosa que más oprima el corazón que un sol hermoso, debajo del cual se pasean contentos nuestros semejantes, sin caer en la cuenta de la angustia de nuestro pecho y lo negro de nuestra fortuna. Don Juan de Flor, extranjero, gustaba de ver cosas nuevas y comparar-

las con las de su patria. Él de suyo es propenso á la melancolía, y hombre tan raro á veces, que de buena gana trueca un día de ventura por uno de negra aflicción, durante el cual la duda, el pensamiento agudo, le desgarran las entrañas. Llámase desgraciado, y suspira por un amor, cual si nunca le hubiera tenido; y entonces mismo ya está debajo de su yugo ésa que ha de morir por él, hija del Norte, en cuyo pecho se dilata el fuego de la zona tórrida. Altiva, orgullosa, Laida von Krelin nunca pensó que pudiera amar á un desconocido, cuya sangre no sabía si fuese de Girones de España ó de Alencastres de Portugal. «¡Sabed que soy noble de Alemania!», le dijo á Don Juan con ira, una vez que éste, fundado en la larga conversación, se había adelantado á tocarle la punta de los dedos. Desde entonces, este soberbio hijo del Nuevo Mundo aprendió, no solamente á estarse quedo, sino también á callar, y con profundo silencio. Laida, subyugada por esa naturaleza imperiosa, sintió el desdén, y allí fué el rugirle el corazón como león herido. Profundo se volvió su amor en cuatro días: sin reparo de ninguna clase rompía á llorar en presencia de todos; al menor desquido de sus parientes y criadas, ciega,

loca, veloz como un espíritu, corría y se precipitaba en el aposento de su amigo á echarle los brazos al cuello, suceda lo que sucediere. Y tan delicada, tan sensitiva criatura, que un día que el hijo del sol se había derribado el pelo, montón revuelto de sortijas negras y relucientes, Laida, sorprendida, como aterrada, exclama: «¿Qué habéis hecho de vuestra cabellera? ¿No me amáis ya?» Y á llorar otra vez. Lágrimas requiere en todo caso el alma tocada con esa piedra infernal que llamamos amor, y excoriada de arriba abajo en desollones estupendos. La Baronesa de Schuningfeld, su tía, incapaz de contener ese torrente, ni con ruegos, ni con amenazas, escribió al padre de la señorita: «Laida se pierde: enviad á vuestros hijos sin tardanza.» Los hijos, dos jóvenes oficiales de la Guardia del Rey, hab'án salido á campaña contra el emperador Napoleón III: el anciano estaba solo, y contestó: «¡Sacarla de allí, volando!» En cumplimiento de esta orden, Laida, más muerta que viva, se embarcó, y Don Juan, devorando con los ojos el buque desde una colina sobre el mar, la vió alejarse y la siguió hasta cuando la nave iba perdiéndose allá por la altura de la isla de Córcega.

De este golpe sí que no se pudo levan-

tar Don Juan, en tanto que, vuelto á su patria, cayó en los lazos que le tendió la más extraordinaria de las mujeres. Cuando, rugiendo como tigre, se revolcaba en el pavimento á media noche, mordiéndose las manos, veía bien y conocía que ése era su primero, su grande amor, si amor es una pasión infernal que mucho tiene de odio y venganza. Si amor es ése, es amor abismo, amor infierno; en plena



posesión del objeto amado, desea más ansía más, exige más, y la desesperación, como una fiera, le despedaza las entrañas. Demencia es ésa; ó ya la felicidad, exacerbada con el presentimiento de la desdicha futura, le está ofreciendo ponzoña en copa rebozante de placeres indescibles. Flora, ¡pobre Flora! bella es y apasionada; mas no conoce ni las virtudes de su sexo, ni las delicadezas con que

se angelizan las mujeres para quienes → amor es felicidad mundana y gloria eterna. Su corazón, grande, sonoro, espacioso, pero irregular, de figura no enseñada por la geometría. En ese amor no concurren ni el enternecimiento, ni la abnegación, ni la santa tristeza que sirve de perdón, y va siguiendo al pecado y borrando sus negras huellas. Ama esa mujer como una Estinfálida; su mundo es la laguna Estigia; algo hay de muerte y condenación en esa vida con que se sorbe el mundo, en esa gloria aterrante con que llena la lóbrega noche de su alma. Nada le gusta, nada le satisface; la dicha misma es ira en ella, y quisiera coronar su egoísmo con la ruina del género humano. Hija de las Parcas, aborrece la vida en sus semejantes, y ella misma, en arranques de dolor inmotivado, ofrece la suya á los abismos. Parece que el crimen, revestido de felicidad, anda engañando á esos dos monstruos con una salvación que no es sino la horrenda suerte del precito. Flora es un bello demonio endiosado por la cólera; echa fuego por los ojos; sus ayes son rugidos, sus caricias manotones que sacan sangre. Y no que sea grosera en su modo, ni brutal en sus ademanes; culta es, y graciosa de

persona; su alma es la fuerte, su corazón el tirano, movido por la soberbia, pasión que en una como ella rompe abismos, alza montes. Sed vehemente de placer, y cólera de haberse humillado hasta dar en él; dón de señorío, ímpetu de mando y despecho de verse á los pies de uno más imperioso y violento que ella. Orgullo de la virtud, orgullo profundo y desesperación de verse hundida, no en el vicio, pero sí en las acciones fuertemente reprobadas por la virtud sincera. «¿Cuándo te vas? ¿Cuándo te mueres?», le decía á su amante, hirviendo su alma en negra espuma. El amor era odio entre estos dos inocentes bribones; el odio era amor, amor excoriado de los pies á la cabeza, cuyas carnes vivas estaban siempre chirriando, como si cada palabra, cada acontecimiento, fuera un ascua aplicada á ellas por mano invisible, mano cruel. En cada uno de estos arranques feroces, Don Juan se ponía á huir de esa Medea, teniéndose, en su miedo fingido, por un Absirto, expuesto á ser despedazado; pero ella iba tras él, gritando desesperada: «¡Perdón, perdón!» Un día tomó al niño (hubo un niño entre ellos), lo tomó por el bracito, y mirando á su padre con ojos extraviados, «¡le mató!»,

dijo, «¡le mato!», y estuvo para echarle al agua. Don Juan de Flor, espantado, se tiró encima y salvó al niño.

Esta pobre mujer vive todavía en un hospicio de locas.

¡Quién creyera que Don Juan, después de este amor, tuviese otro y otros! Pues los tuvo, sí, los tuvo; y uno, el más amable, el más dichoso, el que le hubiera resarcido de todos los dolores y las amarguras de la vida, si no tuviera fin tan pronto é infeliz. Estrella sí que era buena, santa en medio de la maldad involuntaria. Si corazón bien formado encierra pecho de mujer, el suyo era. Las virtudes del cristianismo, las de su sexo, todas las posee. Caritativa, cumple sin olvidar el precepto del Señor: «Si tienes dos túnicas, da la una al pobre.» Si tiene dos vestidos, el uno es de la mujer desnuda; y si no tiene más que un pan, entero se le da al hambriento. Una época dió en salir de casa y desaparecer, sin que nadie supiese á dónde iba; ni confidente, ni compañera, á nadie decía nada. Su amante, harto orgulloso para dejar asomarse afuera los celos, ó sobradamente justo para concebir alguna sospe-

cha respecto de ella, no mostró empeño por saber de su boca qué salidas misteriosas fueran ésas; en cuanto á curiosidad, curioso anduvo, sin doblez ni indiscreción. Un día, en sus paseos solitarios, allá por una casita perdida debajo de unos árboles, donde cantaba el gallo y ladraba el perro, oyó una voz triste, bien como gemidos de dolor que estuviese echando un moribundo. Enderezó sus pasos hacia la rústica mansión, y mirando adentro, ¿qué vió, ¡gran Dios! qué vió? Una mujer joven tenía medio levantado á un anciano de barba y cabello completamente canos, mientras la blanca mano de otra más joven y bella, le estaba descubriendo y curando una inmensa llaga desde el muslo hasta el tobillo. La una era hija del enfermo; la otra, esa Hermana de la Caridad prolija y delicada, era Estrella. Tiempo había que esta piadosa mujer estaba en ese santo ministerio: paños de lino usado, unguentos, hilas hechas con su mano, todo abunda en la cabaña. Echando de ver á su amante, Estrella se conturbó; pero como le conocía un corazón igual al suyo, sonriendo le dijo: «Ayúdame.» Él ayudó, y dió en mirar á su querida con religiosa veneración.

Estrella no es sobria de palabras; ha-

bla mucho, pero no abunda en murmuración, mentiras, y menos en calumnias; habla con gracia incomparable; sal provechosa ó miel de Himeto fluyen de sus labios. Su mirada, luz; su risa, música. Pulcra, bien traída, todo tiene de Musa, menos la inocencia, porque Estrella, ¡ay! si llora, es porque la ha perdido. Su alma blanca, divina, está surcada por largas vetas negras, huellas del amor, el dolor y el crimen; en la más inocente de todas, el desliz ha sido caída mortal, el pecado crimen. Estrella, la pura, la buena, no tuvo derecho á concebir nuevo amor, ya que había jurado en el altar que el suyo sería perpetuamente de su marido, poniendo por testigo al cielo. Si los remordimientos son lejía encantada con la cual quedan limpias las mujeres; si el dolor profundo en medio del amor inmenso; si las amarguras que desmejoran y matan, mezcladas con los deleites que robustecen y animan, pueden ser contrarresto de tan principal delito, harto ha descontado Estrella la pena que impone la sociedad humana; la de Dios, remitida le está. Murió Estrella: murió amando, pero santificada; padeciendo de amor, pero salvada desde este mundo con la virtud puesta á Dios en forma de humildad, re-

signación y arrepentimiento. Arrepentimiento de sus afecciones, no; esto no pudo; mas sí de sus obras; arrepentimiento profundo, acendrado; afección que escariza las llagas del pecho con mano enérgica, dura, pero certera; afección que cae sobre ellas, hace arder mortalmente, pero extirpa los malos humores y vuelve la salud; afección dolorosa, pero salvadora, de la cual no son capaces los réprobos, porque el arrepentimiento mete fuego al tiempo de atrás, y junto con él, reduce á cenizas faltas, descarríos y delitos.

Esto había pasado, y mucho más, don Juan de Flor: y ¿habrá quien piense que aún tuvo fuerzas para amar ese hombre? Era seis de Marzo cuando el dueño de corazones, infatigable labrador de dichas y desventuras, estaba sentado en profundo silencio delante de su mesa. Tomó una carta de un montón que estaba allí acumulado por correos de dos meses, dos meses de una ausencia misteriosa; la tomó y leyó para sí:

«Don Juan:

»No me engañé: cuando V. me prometió volver, sin más que por manifestarme su cariño, yo no tuve tristes dudas

acerca de él; pero nunca pensé que su amor fuera de tanto bulto, que le obligase á venir á país extraño, tan apartado y triste, no sino por ver y consolar á una mujer que había puesto en V. su presente y su porvenir, como si estas cosas duraran. Si piensa V. en mí, no sé; no sé sino que me escribe de vez en cuando, y que de sus cartas se levanta un airecillo amargo que se me entra para adentro y me envenena el corazón. ¡Olvido es eso, ingrato, olvido! ¿Dónde está, pues, esa expresión ardiente que me encendía el alma y me arrancaba lágrimas de felicidad? ¿Dónde esos términos felices que se imprimían en mi suerte y me proclamaban la mujer dichosa? ¿Dónde esos ayes varoniles, pero suaves, que me comunicaban la grata y profunda tristeza con la cual me ponía á llorar en su seno? Frialdad impía la de V., Don Juan; impía, porque el fuego de mi pecho es devorador, inextinguible. La ausencia nada puede conmigo; pienso, amo, padezco, y no espero, ¡ay! no espero, y ésta es mi muerte, hombre sin memoria ni compasión.

• Rosita está creciendo en cuerpo y en belleza; es viva, risueña; se va tras las mariposas del jardín, da gritos infantiles,

llena la casa de alegría. Desde que me perdonaron, es el ídolo de la familia, el Genio propicio de la casa. ¿Se acuerda de ella, ingrato? ¿La quiere? Antes no solía yo firmar mis cartas; ahora, á dicha tuviera volver á perderme por V.—*Beatriz.*»

Cuando hubo leído esta carta, Don Juan de Flor se quedó pensativo, y sin decir palabra, tomó otra y leyó:

«Señor:

»En sus últimos instantes, mi ama, la señorita Laida von Krelin, me ha ordenado escribiros, comunicándoos su fallecimiento. El Señor Conde, tan luego como llegó su hija á Coblenza, la mandó encerrar en un castillo casi arruinado, sin verla ni oirla. Á gracia tuvimos el que consintiera en que yo acompañase á mi querida señorita, y á dicha tengo yo el haberla cerrado con mi mano los ojos. Según la pesadumbre de mi corazón, pronto voy á seguirla á la eternidad. Rogad por ella, vuestra amiga, y por mí, vuestra criada.—*María Kluber.*»

Una gruesa lágrima cayó sobre el papel, y dijo Don Juan: «¡Laida, Laida, te

has ido!.....» Y ésta ¿de dónde vendrá? Es del Norte. ¡Ah!..... ¡La Juanchita!»

«Señor Don Juan:

»Esperando la carta prometida, nunca llegaría para mí el día de escribirle. El orgullo no es más que suplefaltas del amor: donde éste se halla, ése es humilde sirviente que hace lo que el amo ordena. Yo sé muy bien que si mi cariño fuera de los que se usan, el orgullo estuviera muy alto sobre mi alma, y nada se me diera del silencio de V., ni me pasara por la cabeza el recomendarme á su memoria. Los hombres son así: nos llaman veleidosas á las mujeres, inconstantes y variables, reservándose el privilegio de olvidar á la vuelta de una esquina. Cuando salió usted á encaminarme á caballo por los llanos de Tusandala, y galopando á mi lado, atrás la comitiva, me iba haciendo esas amables promesas, yo no pensaba que en tan poco tuviera V. mi cariño y las pruebas que de él le tenía dadas. Nunca, nunca olvido esa despedida furtiva, cuando le dejé mi alma en sus brazos, deshecha en lágrimas, cuando le puse mi anillo en el dedo y escondí su retrato en mi seno. Entonces pactamos que la ausencia sería un ir y venir de apasiona-

das cartas: ¿en dónde están? Dos años han transcurrido, y ni un recuerdo, ni una fineza, ni siquiera un acto de cortesía de parte del hombre afamado de cortés y galante. Usted es poseedor de varias prendas mías: pañuelo con mi cifra, anillo, pelo, de cuanto ha querido ha sido dueño; no las reclamo; guárdese las, aun cuando *la pobre* esté olvidada, que siempre será honor para ella tener alguna parte en la vida del hombre que ha estado á punto de causarle la muerte á fuerza de amor y de dolor. ¿Sabe quién le escribe, hombre leal y constante? ¿Se acuerda siquiera de mi nombre? Pues sepa que soy esa á quien, besándole la blanca mano, llamaba V. *Fuanchita.*»

«¡Juana, Juana hermosa, no te hemos olvidado! Esos ojos negros, lánguidos, que sonreían deliciosamente, junto con tus labios encendidos; esas mejillas bañadas de amorosa vergüenza; ese pecho alojado, blanco, gordo, que se estaba rebelando contra la chaqueta de la saya; esa cabellera crespa y undosa, todo era en ti de ángel convertido en mujer, la mujer más amable de la tierra.....»

Aquí estaba Don Juan de sus memorias, cuando, abriéndose de súbito una puerta

medianil, una joven se precipitó adentro, y metiéndole la mano en el pecho, dijo: «¡Tome V., tome V., y adiós!» Salió en seguida como un relámpago, fulgurante de hermosura, pues ésa sí que parecía la más hermosa de cuantas son las hijas de Eva. «¡Frue!», exclamó Don Juan en uno como espanto; mas ella estaba ya desvanecida á sus ojos. El objeto que esa aparición divina había depositado en su seno, era un rizo de cabellos artísticamente atados con seda verde, envuelto en una hoja de papel, la cual decía:

«Todo lo saben. Me han notificado mi destierro: me mandan al Cuzco, al convento de Carmelitas, cuya priora es mi tía paterna. Dicen que si dentro de diez y ocho meses doy pruebas de arrepentimiento y juro olvidar, ocurrirán por mí. Yo no juraré eso; lo que juro es no olvidar. — *Frue!.*»

Don Juan, leyendo esto, se irguió, y dando una soberbia calabazada en el aire, «¡Negra fortuna!», dijo. «Ahora, veamos qué reza esta cartita perfumada.»

«Amigo del alma:

«Loca estoy de placer: cuento los días,

cuento las horas: largos me parecen ellos, largas ellas. En Julio, ¿no es verdad? En Julio..... Sí, te veo, te estrecho en mis brazos, me muero en los tuyos..... Éste mi corazón es un mundo, un universo; tanto amor abrigo en él, que pudiera apasionarles á todos los ángeles del cielo si ellos valieran más que un simple mortal. ¿Mortal he dicho? No: cuando me infundes con tu espíritu ésta conciencia de la inmortalidad que me vuelve grande; cuando me haces experimentar esas sensaciones monstruos, que si no fueran celestiales, serían del infierno, por lo profundo y encendido; cuando gozo en junta tuya de ese caudal inmenso de gloria, no te juzgo simple mortal, sino un dios; un dios, ya que eres capaz de comunicar tanta alegría al corazón, tanta felicidad á la vida. Ven, ven. Me hallarás en donde me citas; engañaré á todos; romperé por mil dificultades, y pasando sobre el género humano, iré á verte.—*Celinina.*»

Don Juan besó cien veces esta carta, la estrechó contra el corazón, y cuando, poniéndola á un lado, iba á tomar otra de las que estaban aún cerradas, una negra se presentó y alargó una esquila, diciendo esta única palabra: «La niña.» Don Juan leyó:

«Á las cinco en punto: en la quinta, en el bosque de abajo.»

—Son las dos. ¿Ya ella se fué?

—Allí ha pasado el día.

—Dile que está bien.

Tres horas después, Don Juan de Flor iba galopando por una hermosa calle de álamos, á la luz del sol horizontal, que se quebraba poéticamente en las ramas de los árboles. Llegado á la quinta, arrendó su caballo, oculto tras una pared cubierta de alverjilla, y á pie tiró hacia donde le esperaban.

—¡Clara! —dijo, alargando la mano á una mujer hermosa, que estaba sentada debajo de un peral cargado de fruta.

—¿La mano? ¿La mano á un traidor, un pérfido? No os he llamado para amaros de cuerpo presente, para ser vuestra, malvado, sino para deciros que os aborrezco é intimaros no os volváis á poner en mi presencia.

—¿Pierdes el juicio, mujer?

—¡Pluguiese al cielo que lo hubiese perdido dos años ha, y en este negro día fuera loca feliz, y no la mujer más desgraciada de la tierra!

—Desgraciada..... ¡Clara! ¿qué estás diciendo? ¿Desgraciada en cuanto á qué?

—En cuanto á que soy engañada. ¿Con quién fuisteis, adónde fuisteis á caballo el jueves, solos, sin compañeros ni criados?

—¿Esas tenemos?..... Y ¿quién te lo ha dicho?

—Quien os vió, ¡canalla!

—Dile que miente.

—Por las venas de mi hermana corre sangre de Ladrones de Guevara: Dolores no miente.

—¡Ella....., ella me vió! ¿y de dónde?

—Eso es lo de menos, miserable. Confesad, y cubríos de rubor.

—No digo que no me haya visto; pero eso, ¿qué tiene? No fué sino Isabel Usarsisa, quien me dijo iba á visitar á las Urbinas en su hacienda.

—Y ¿sois vos su hermano, su mayordomo, su paje? Sabéis de muy atrás que tengo celos, que aborrezco á esa mujer, y que mil veces me habéis hecho verter lágrimas amargas, como las que ahora mismo han encharcado el suelo donde me veis; triste escoria de la virtud, perdida á la esperanza. ¿Qué no he arrosado, qué no he hecho por vos? Posición, porvenir, trato social, amistades, nada tengo; completo ha sido mi sacrificio. Castigada cruelmente de mi padre, repudiada de mi familia, vista con desprecio

por las mujeres orgullosas, con lástima por las buenas, aquí me tenéis sin saber dónde ni á quién volver los ojos, en tanto que vos, mi seductor, mi cómplice, que debía ser uno conmigo en las pesadumbres y las amarguras, os andáis en busca de nuevas víctimas, mintiendo para ellas como para las otras. Sin el temor de Dios, que me sustenta en medio de mi flaqueza y me alumbra en medio de mi obscuridad, ahora fuera y me echara de cabeza en el río, ó me clavara un puñal en el corazón.

—Clara, vuelve en tí. ¿Qué deseas, qué exiges? Haré lo que tú quieras.

—Juan, no me mates.

—¿Cómo quedarías satisfecha?

—Huye de ésa. Es una hechicera: te ha de dar filtros, hierbas malas.

—Eso no digas: inocente, casi niña, no puede estar en esos embustes y patrañas.

—¿La defiendes?

—No. Dí lo que debo hacer: quiero verte contenta y feliz. El mismo soy que en todo tiempo: ¡te amo, Clara, te amo!

Soltóse en llanto la hermosa furia: Don Juan cayó á sus pies. El sol se había puesto, la noche cubrió la tierra, y Dios, sobre la obscuridad, los hombres, sus pa-

siones y sus secretos, estaba oyendo el silencio, viendo lo invisible, juzgando y condenando las malas obras, si ya no las



perdonaba mediante las reparaciones del pecado hechas á la virtud en los tiempos que vendrían después de esos tan malos y doblados.

Á las doce de la noche del mismo día, Don Juan de Flor se hallaba nuevamente sentado á su escritorio; y la primera que echó á leer fué la que su criado le había puesto en las manos como entraba á su casa. Esquela de cerradura fresca, sin motete, decía así:

«Desgracias como la mía no tienen remedio, en cuanto á la pérdida que hacemos los que, amando á nuestras esposas, nos vemos súbitamente caídos del cielo en el infierno. Por dicha, la sociedad humana admite reparación en cuanto á la honra. Tiempo ha, señor de Flor, que una horrible duda me ha servido de carcoma. El feo aspecto de la ridiculez me ha obligado á sepultar mi indignación en el silencio, ahogando á duras penas los gritos furiosos de mis celos. Ahora que la incertidumbre está convertida en pura verdad, necesito vuestra sangre, ó que, sobre el adulterio, os hartéis de la mía. Anteanoche salisteis de mi casa á las cuatro de la mañana: os aprovechasteis de mi ausencia como vil. Mañana á las diez irán mis padrinos á buscaros.—*Aureliano Rústico.*»

Don Juan, sonriendo amargamente, dijo: «¡Pobre Rústico: pobre Obdulia!.... ¡Padrinos!.... Los esperaremos.»

Abrió en seguida una carta cuadrada, enorme, y la echó ahí sin leerla. «Política, razón de Estado: no estoy para eso.» Fué apartando cuantas ostentaban letra de puño masculino en el sobrescrito, hasta que dió con una cuyos caracteres le eran harto conocidos, y leyó:

«En el correo pasado no me fué posible darle cuenta á V. del suceso debajo del cual estoy abrumada. En poco estuvo que no perdiese el juicio. ¡Qué día, qué instantes! ¿Vivimos para esto, amigo mío? Cuando más segura me juzgaba yo, oigo un ruido súbito de golpes con que están echando la puerta abajo, y la voz furiosa de un hombre que grita afuera: «¡Aquí estás, aquí estás, lo sé! ¡Abre, ó prendo fuego á la casa!» La voz, ya la ha reconocido V.: era la suya, la de él, la de mi padre. Sorprendida, aterrada, más por instinto que por conocimiento y providencia, vuelo al jardín y gano la casa vecina merced á un paso secreto. Vínose la puerta al suelo: entró mi padre, hizo gran escándalo, trajo fuerza armada de la Policía, lo allanó todo y no halló nada. Aun no vuelvo en mí: ¡qué espanto! ¿Hasta cuándo me tiene V. así?»

La Elvirita sería capaz de saltar por

las picas de Flandes, y darle un papirotazo al ave fénix, dijo Don Juan. No es el pobre viejo quien la ha de coger ni el día del Juicio. ¿Y ésta? ¡Miren qué traza de carta! ¡Como no sea de alguna antigua! Digo que no sé de la misa la media.

«Señor mío:

«Si me he envejecido, no tengo yo la culpa, sino V., que tanto me ha hecho padecer y llorar. Eso tiene dejarse persuadir por un barbilampiño, que tan luego como se cansa de una, se pone á llamarla *mamá*, y darle sogas, y deshorrar la deshonra con la perfidia y la burla. Verdad es que yo fui mayor que V. cuando le quise; pero bien debió haber visto V. lo que hacía, pues á quien le sobra malicia para engañar no le debe faltar razón para tener juicio. Por V. no me he casado; nada heredo hasta ahora á nadie; no tengo hacienda; las modas de este año empiezan á llegar; envíeme mil pesos por el correo, y mire no sean en billetes, sino en soles peruanos.—*Eufrosina.*»

Paréceme que el de Flor no es muy propenso á la risa, pues, lejos de reirse, tuvo cólera, y echó lejos la interesante epístola, exclamando: «¿Por qué no pidió dos mil

la Doña Eufrosina? ¿Hay vieja simple?.....»

La que leyó en seguida el galán infatigable fué ésta:

«Ya no puedo: yo no nací perversa; me han corrompido. Cuando trato de engañar á Dios con una de estas falsas confesiones; cuando me burlo de él con tomar en mi lengua mendaz el Cuerpo de Cristo, no quedo satisfecha de mí, ni siquiera soy indiferente al sacrilegio. Tengo insomnios, pesadillas, terrores. Las penas eternas, en forma de demonios, están rodeándome la cama, y con ojos encendidos, dientes largos y cuernos altos, me parece que se ríen de mí y alargan las uñas para quitarme el alma de entre las carnes. Amor, desliz, pecado solamente, no me matarán; desgracias son éstas inevitables para la humana criatura, y bañándolas con suaves lágrimas de pesadumbre, pasarán quizá sin atragantarnos. El embuste, la ficción, el sacrilegio, esto sí que me hace temblar. Yo no sé cómo compareceré delante del Juez el día de la cuenta. Apoderados de mi casa los religiosos que V. sabe, imposible le ha sido á ninguna de nosotras ser mala franca y lealmente, arrostrando los embates de la

murmuración y reconociéndonos culpables contra el Creador. En medio de esta familia de santas, pecados hay muy grandes. Mérito es el disimulo, virtud la hipocresía. Este rebujo debajo del cual va una cara marchita por la fuerza de los deleites mundanos, y un alma ennegrecida por las pasiones reprobadas, es ya para mí una máscara insoportable; me ahogo dentro de ella. Vergüenza me dan este vestido obscuro, este paso lento, esta estampa de beata, cuando me hierva en el corazón el fuego del mundo y tengo sed del amor y sus favores. El Padre Carlos está contento con mis mentiras: él sabe que lo son; pero como yo se las diga, no ha menester otra cosa para la salvación de mi alma. *Quietismo* llaman ellos esto de entregar el cuerpo al demonio, mientras el espíritu esté colgado de Dios por medio de una oración imposible en el pecado. Yo no sé quién será un Molinos que me está citando cada día; pero si ése ha enseñado la virtud al alma y el vicio á la carne, como si fueran cosas congruentes, pienso que debió ser algún perverso fraile. Hoy se acaba para mí esta negra vida: ó me arranca usted de este sumidero y me lleva adonde pueda yo ponerle cara atrevida al mundo, ó me echa en olvido para siempre. Quiero

ser mala con nobleza ó buena sin hipocresía.—*Inés.*»

Inés..... Esta mujer tiene arranques sublimes. Sin esos, sin esos que la han corrompido, como ella misma dice, habría sido modelo de mujeres brillantes, ó dechado de humildad y virtudes. Sacarla....., llevarla..... ¿A dónde la he de llevar? Piensa la pobre que es la única. Veamos estotra, y no leo más.

«Señor Don Juan:

»Si en mi casa hubiera un hombre, no serían las lágrimas las que fuesen á persuadirle á V., sino la fuerza. Rica, bien posicionada, mujer de campanillas, ¿qué importa todo para casos en que marido ó hijo son necesarios? El puñal pudiera también hacer de las suyas en una buena mano femenina; pero el temor de Dios es una de mis prosperidades, ó más bien la fuente de todas ellas. ¿Por qué no quiere usted casarse con mi hija? Yo sé que no la ha engañado, que nada ha prometido; la seducción no por eso es hecho menos positivo y terrible. Nada hay que ofrecerle á V., puesto que todo lo tiene; mas la hidalguía, el pundonor, la generosidad, ¿no son á los ojos de un caballero consideraciones que le deciden á las bue-

nas obras ó acciones dignas de memoria? No la deshonra puramente me pone en el artículo de escribir á V.; la vida de mi hija me constriñe á esta dura providencia: se va á morir. ¿Qué poder es el suyo, hombre infernal, sobre las mujeres? Dé usted por terminada su profesión de caballeresco libertinaje, y busque la felicidad verdadera en el seno de una familia virtuosa, descansando en hogar tranquilo y respetable. Por el amor, el cuidado, la vigilancia, yo seré su madre. ¡De rodillas, ante Dios que nos está viendo, salve usted á mi hija! — *Catalina Zaldúa de Paredes.*

¡Delfina, Delfina! De buena gana me casaría yo con ella. Este paquetito de orilla negra, ¿qué será? Es un diario. Ella....., ella....., la más amada de todas, mi verdadera, mi única querida; la madre de Cipariso, mi Cipariso, ése que se está criando para Alejandro Magno. Veamos qué nos dice Aifosa.

•Marzo 15.

•Hoy vino el niño. Un mundo ha costado hacerle entrar. Teresa ha tenido que dar mil vueltas para distraer la atención de la gente. Es tan sumamente hermoso,

que no hay quien no se detenga en la calle á verle, admirarle, preguntarle de quién es ese serafín. El aire del campo le concilia esa frescura, esos colores, esa vivacidad con que le veo saltar en mis brazos lleno de júbilo. ¡No poder criar á mi hijo á la faz del mundo! La nodriza me ha aterrado: dice que cuatro ó cinco veces ha caído el niño con una convulsión, después de la cual queda muerto una hora. Hoy está encendido: será del sol del camino. Me parece que tiene calentura.»

«Marzo 20.

«¿Qué nos sucede? Cipariso tiene epilepsia: ¡epilepsia, te digo, epilepsia! En cinco días, veinte accesiones horribles. Teresa disminuyó por no afligirme: ahora confiesa que *los ataques*, como ella dice, eran diarios en su casa. Como hay día fijo para traerle, y como el mes pasado no pudo venir, en dos meses sin tratamiento, la enfermedad se ha desenvuelto con espantosa rapidez. ¡Muerta estoy!»

«Marzo 28.

«Me he descubierto, ¡me he vendido para salvarle, á esclava hubiera bajado. Vino un médico, lo supo todo: Si ese

hombre es caballero, me salvará á su vez con el silencio. Se llenó de admiración al ver al niño. «Éste es un ángel, dijo: tiene »que subir al cielo.» Como yo perdiese el color y empezase á vacilar sobre los pies, «no, dijo él: le salvaremos. Adelante, »muy adelante está el mal; mas para todo »hay medios de composición en la ciencia »de la medicina. La madre de este niño, »agregó sonriendo, ha padecido grandes »zozobras durante su preñez: tan delicada »cosa es el feto humano, que las sensacio- »nes de la madre hieren de muerte, mu- »chas veces, al hijo en sus entrañas.» De lívida, me puse que me brotaba la sangre por las mejillas. Los sustos, los peligros, los horrendos espectáculos de la invasión y las barricadas, hirieron, como dijo el médico, el fruto idolatrado en mis entrañas. Si muere Cipariso, á él y á su madre los llorarás al mismo tiempo.»

«Marzo 30.

«Le tengo envuelto en una túnica empapada en tinta añil. Las convulsiones no han cesado. Cuando pasa el acceso, el niño queda inánime: un difunto no es más pálido, inmóvil: ¡pobrecito! ¡Le vieras cómo á la vuelta de una hora empieza á levantar pesadamente los párpados y mi-

rarme! ¿Si el médico dijo verdad cuando afirmó que el cielo está reclamando este ángel?»

«Abril 2.

»Murió.—*Aifosa.*»

Cubrióse Don Juan el rostro, como la estatua de Niobe, y se quedó petrificado toda la noche. Á las cinco de la mañana dió un gemido profundo, atrás del cual sonaron estos nombres: «¡Cipariso, Cipariso!..... ¡Aifosa!»

El corazón de Don Juan de Flor es, no el compendio, sino la obra magna de la Geometría moral. Todas las figuras, en grandes proporciones están trazadas en él de mano maestra. Amó sucesivamente, amó á un tiempo á muchas mujeres: la muerte de la bella Aifosa y su hijo Cipariso le tienen envuelto en noche lóbrega. Si Dios amanece y brilla el sol, ¿quién sabe si no tendrá amores nuevos? Todo es posible.

rarme! ¿Si el médico dijo verdad cuando afirmó que el cielo está reclamando este ángel?»

«Abril 2.

»Murió.—*Aifosa.*»

Cubrióse Don Juan el rostro, como la estatua de Niobe, y se quedó petrificado toda la noche. Á las cinco de la mañana dió un gemido profundo, atrás del cual sonaron estos nombres: «¡Cipariso, Cipariso!..... ¡Aifosa!»

El corazón de Don Juan de Flor es, no el compendio, sino la obra magna de la Geometría moral. Todas las figuras, en grandes proporciones están trazadas en él de mano maestra. Amó sucesivamente, amó á un tiempo á muchas mujeres: la muerte de la bella Aifosa y su hijo Cipariso le tienen envuelto en noche lóbrega. Si Dios amanece y brilla el sol, ¿quién sabe si no tendrá amores nuevos? Todo es posible.